

The image features a scenic view of a sunset over a body of water. The sky is filled with warm, golden and orange hues, transitioning into a soft greenish-blue near the horizon. In the foreground, two wooden chairs with a slatted backrest are positioned on a wooden deck. The chairs are made of dark wood and have a reddish-brown seat. The water in the background is a deep blue-green color. The entire scene is framed by a white border with a scalloped edge.

Tu

no eres para mí

Sophie Saint Rose

Tú no eres para mí

Sophie Saint Rose

# Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo](#)

## Capítulo 1

Bernadette esperó impaciente ante la empresa donde trabajaba su hermana. Miró de nuevo el reloj y preocupada se mordió su grueso labio inferior. Ya pasaban diez minutos de la hora y no la había avisado. Tenía que haber quedado en el restaurante e ir pidiendo, porque ella no podía regresar tarde al trabajo. El señor Kanda era inflexible con la hora.

Se apartó un largo mechón de cabello rubio platino pensando que tenía que habérselo recogido, cuando Darla salió colocándose la correa de su bolso de firma sobre el hombro. Impaciente bufó subiendo los escalones. —Sabes que tienes que avisarme si vas a salir tarde.

—Solo han sido diez minutos. No seas pesada. —Miró su vestido negro. —¿Vas a un funeral?

—Ya te he dicho que se ha muerto el jefe de contabilidad. Esta tarde nos dan permiso para ir a su sepelio.

—Leche, qué lúgubre. ¿Le conocías?

—Claro, mi empresa no es como la tuya. Nos conocemos todos —dijo llegando al semáforo. Impaciente tocó el botón aunque no servía de nada.

—Ya te he dicho que buscan ayudantes de dirección. Podrías tener un puesto mejor.

Miró sus ojos color miel igualitos a los suyos, que eran en lo único que se parecían porque en todo lo demás eran totalmente distintas. Darla era despampanante. Morena con esos ojos rasgados y tan alta que podría ser modelo, se había casado con un abogado forradísimo que la trataba como una reina. Ella medía poco más de metro y medio, su color de cabello la hacía parecer una muerta la mayor parte del tiempo, porque su piel jamás se ponía morena, y no había

tenido una cita en año y medio. Y para colmo se la había conseguido su hermana. Lo que menos quería era trabajar en la misma empresa para que las compararan continuamente. Eso sin mencionar que para hacer un trabajo que odiaba mejor quedarse donde estaba. —No, gracias. Sabes que con el señor Kanda estoy estupendamente.

—Ese japonés es un tirano.

Hizo una mueca cruzando la calle. —Sí, un poco sí.

—Y tiene muy mala leche. Para él nunca haces nada bien. En mi empresa estarían encantados contigo. Y con el curriculum que tienes... Menudo desperdicio. Los de las entrevistas de trabajo estaban ciegos.

No estaban ciegos y ese era el problema. La veían demasiado tímida, demasiado callada. Por su cultura al señor Kanda le vino genial, por supuesto. Ella lo entendió perfectamente cuando conoció a su esposa en la fiesta de Navidad. Ni abrió la boca. Así que era comprensible lo que había ocurrido el día de la entrevista, porque en cuanto la vio le ofreció el puesto. Y no pagaba mal, la verdad. Pero era insoportable su tonito irónico a todas horas. Igual su hermana tenía razón y era momento de cambiar de aires. Pero en la empresa de Darla ni hablar.

Sonrió a su hermana que seguía indignada. —Tú me miras con muy buenos ojos. Cómo se nota que eres mi melliza.

—Es que estás desperdiciada en esa empresa de fotocopias.

—Fotocopiadoras.

—Eso. —Darla empujó la puerta de la cafetería a donde iban todos los días y vieron a sus amigas que ya estaban comiendo. —Pero qué prisa tenéis todas —dijo molesta.

—Es que nosotras no tenemos un jefe que besa por donde pisamos.

Darla se echó a reír de esa manera tan cantarina que hacía que media cafetería se girara para mirarla, pero Bernadette acostumbrada lo ignoró y se sentó al lado de Katey que masticando su ensalada de pasta le guiñó un ojo. Al ver sus largas pestañas negras entrecerró los ojos. —¿Te

pones pestañas postizas?

—Te has dado cuenta —dijo desilusionada.

—Claro. Son enormes.

—Y se te ha salido el pegamento. Menudos abanicos te has puesto —dijo Fiona intentando no reírse. —¿A quién le has echado el ojo?

—No sé cómo se llama. —Apartó su flequillo moreno de su frente. —Trabaja en el piso veintidós.

—Ingeniero —dijeron todas a la vez. Aunque Bernadette no trabajaba en la misma empresa, por los ligues de las chicas ya sabía que había en cada planta. Ambas eran abogadas especializadas en patentes y trabajaban codo con codo. Darla las había metido en la empresa pues las cuatro eran amigas desde la universidad, aunque no habían estudiado lo mismo.

—¿No habéis pensado en salir con alguien de fuera de Henderson Technologies? Lo pregunto porque ya son muchas citas con empleados de allí.

—Pero si allí trabaja mucha gente. —Katey la miró fijamente con sus bonitos ojos azules. —¿Me estás diciendo que van a murmurar de mí? —Se llevó la mano al pecho como si fuera la primera vez que se le ocurría algo así. —¿Creéis que puede pasar?

Darla hizo una mueca y sonrió a la camarera. —Lo mismo que ellas.

—Yo también, Daisy. Y de beber lo de siempre.

—Perfecto. Sois la mesa más fácil del local. —La chica les guiñó un ojo antes de alejarse.

—¿Lo creéis? —insistió Katey.

—¡No! —exclamó Fiona que también estaba para hablar—. No, ¿verdad?

Las hermanas se miraron a los ojos y fue Darla la primera en hablar. —Pues la verdad es que hay tantos hombres en Nueva York que no sé por qué siempre tenéis que salir con compañeros de trabajo. A mi David lo conocí en el gimnasio. Deberíais ir. Allí se liga mucho.

Katey chasqueó la lengua y Fiona hizo un gesto con la mano como si lo que hubiera dicho fuera una tontería. —¿Por qué ir tan lejos cuando en la empresa tenemos tantos?

—Cierto. Así ahorramos tiempo, que somos mujeres muy ocupadas.

—¿Para qué preguntas entonces? —preguntó Bernadette sorprendida.

—Por si acaso creían en la empresa que éramos unos pendones.

—¡Es que es lo que van a pensar, Katey! Has salido con al menos quince tíos de allí.

—Pero no me he acostado con todos.

—Déjalo, Bernie —dijo Darla exasperada.

—¿Y a ti qué te pasa? —Fiona entrecerró sus ojos castaños apartándose un mechón de cabello cobrizo del hombro. —Estás enfadada.

—¿Yo?

—No —respondió Bernadette por ella—. No está enfadada.

—Sí que lo está. Frunce el ceño y siempre lo hace cuando algo la cabrea.

Miró a su hermana fijamente y esta forzó una sonrisa. —¿Qué pasa? Ahora que lo pienso no estás enfadada... Estás preocupada.

Las tres pendientes de sus palabras provocaron que se sonrojara ligeramente. —Estoy embarazada.

Dejó caer la mandíbula del asombro porque de todas las cosas que podía decirle eso era lo que menos se esperaba.

—Es estupendo —dijo Fiona muy contenta abrazándola—. Felicidades.

Katey la felicitó mientras ellas se miraban a los ojos. Se levantó viendo la angustia en el rostro de su hermana y la abrazó. —No te preocupes, es una noticia maravillosa. Me alegro muchísimo por vosotros, vais a ser unos padres increíbles.

—Me he enterado esta mañana. Quería decírtelo a ti sola, pero tenías prisa y...

—Lo entiendo, no te preocupes.

—A ver cómo se lo toma —dijo Darla apartándose.

—Se va a cabrear, pero se le pasará. Te quiere mucho —dijo Bernadette cortándoles todo el rollo a sus amigas que las miraron asombradas mientras volvía a su sitio.

—¿Quién se va a cabrear? ¿David? —preguntó Fiona atónita—. ¿Por qué se iba a cabrear? Él también estaba allí. ¿O no?

—Claro que estaba allí —dijo Bernie indignada—. Pero habían quedado que esperarían otro año porque acaban de mudarse a la casa nueva que ella se empeñó en comprar. Eso unido a que han tenido que cambiar de coche, después de que ella hubiera destrozado el BMW de su marido y que eligieran ese modelo carísimo porque a Darla le encantaba ese Jaguar... Un coche nada práctico para llevar el carrito del bebé. —Reprimió la risa mientras era ahora su hermana la que la miraba indignada.

—Estás muy graciosa.

—Esa soy yo, la tía graciosa. —Sonrió con cariño. —Te pidió un año para recuperarse porque lo ha invertido todo en esa casa, pero no tienes que preocuparte porque te perdonaría cualquier cosa.

—Dios... Menuda mierda.

—¿No lo quieres? —preguntó Katey impresionada—. Si siempre te han encantado los niños.

—Claro que lo quiero. Ahora ya está aquí. —Preocupada miró la mesa de al lado bajando la voz. —Pero no lo deseábamos ahora. Ninguno de los dos. Además él trabaja muchísimo y decidimos que no fuera en este momento, porque cuando sea padre quiere dedicarle tiempo a sus hijos. Tiempo que ahora no tiene.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Fiona preocupada.

—Tendremos que fastidiarnos porque está aquí. Ni loca voy a abortar.

—David tampoco querría algo así —dijo Bernie preocupada porque debía ser uno de los momentos más felices en la vida de su hermana. Le sonrió—. Seréis unos padres maravillosos.

La miró a los ojos y vio un pequeño brillo de ilusión. —¿Eso crees?

—Por supuesto —dijeron todas asintiendo.

Observó a su hermana mientras les servían la ensalada y las botellas de agua. Ese brillo de ilusión en sus ojos desapareció enseguida pensando en el cabreo de su marido cuando se enterara. La camarera dejó la ensalada ante ella y Bernie sonrió. —Gracias, Daisy.

—De nada.

En cuanto se alejó todas se quedaron en silencio durante unos segundos esperando que su hermana dijera algo, pero sumida en sus pensamientos solo comía. —No te preocupes. —Alargó la mano y cogió la de su hermana. —Te adora. Ha sido un error.

Chasqueó la lengua. —Sí, un error de tres días. Ya verás cuando se entere. Porque no puedo mentirle. —Bernie la miró sorprendida. —El fin de semana en los Hamptons se me olvidó llevar las píldoras.

—¿Y no fuiste a la farmacia? —preguntó Katey alucinada.

Bernie bebió de su agua. —Es que tenía que reconocer su error y no quiere que David piense que es imperfecta.

—No es así.

—Sí que lo es. Te he dicho mil veces que nadie es perfecto y tú aún menos, que te conozco desde la barriga de mamá.

Darla gruñó. —Mi marido sabe muy bien que no soy perfecta.

—Ya, claro. —Miró a sus amigas que carraspearon incómodas.

—¡Hablo en serio! —protestó su hermana indignada—. El otro día me tiré un pedo y se dio cuenta.

Se echaron a reír a carcajadas cuando se puso como un tomate como si se hubiera dado cuenta de lo que había dicho, pero luego sonrió. Bernadette preguntó —¿Y qué te dijo?

—Cariño, abre la ventanilla. Es que el Jaguar es demasiado pequeño.

Hasta le dolía la barriga carcajeándose al imaginarse la cara de su hermana en ese momento. —Mira, esto te va a venir genial para cambiar el coche.

Sus amigas lloraban y todo de la risa mientras Darla gruñía cogiendo su tenedor. —Por cierto, Katey se te está despegando el abanico.

Bernie se giró y se echó a reír de nuevo cuando vio que era cierto. Ni sabía cómo veía, pero su amiga parpadeó como si nada. —Pues no tengo pegamento, así que se queda así hasta que llegue a la oficina.

—No puedes ir a... —Fiona miró hacia la puerta. —Disimulad, disimulad que vienen.

Todas se hicieron las locas. Todas excepto Bernie que sin darse cuenta giró la cabeza hacia la puerta para ver como un grupo de tres hombres entraba en el local riendo. Él iba el segundo y le dio una palmada a su amigo en la espalda mientras caminaban hacia su mesa. Ese día llevaba puesto un traje azul con una corbata roja. Sonrió sin poder evitarlo porque eso demostraba que estaba de muy buen humor. Cuando estaba cabreado siempre se las ponía oscuras. Se lo comió con los ojos de la que iban hacia su parte del local. Su cabello negro estaba más repeinado que de costumbre, lo que indicaba que ese día había tenido una cita importante que al parecer había salido bien. Separó los labios cuando él miró a su alrededor distraído y sus ojos coincidieron durante una décima de segundo provocando que su corazón saltara de felicidad en su pecho, pero como siempre, como cada día durante ese último año, se sentó en su mesa sin mostrar que la conocía de nada. Y era cierto que no la conocía, pero a los habituales de la cafetería a veces les saludaba. A su hermana casi la había saludado seis veces en ese año. Una simple inclinación de cabeza, nada más. Algo apenas perceptible, pero si se lo hubiera hecho a ella se hubiera sentido como si le hubiera tocado la lotería. Se dio cuenta de que no la había reconocido y eso significaba

que ese último año yendo a comer todos los días al mismo sitio no servían de nada.

—Hoy Cawley está muy guapo —susurró Fiona mirándola con una sonrisa en el rostro.

—Sí. —Revolvió su ensalada mirándoles disimuladamente.

Se habían sentado dos mesas más allá tras su hermana y esta se adelantó llamando su atención. —Igual deberías hablar con él con cualquier excusa. Pídele un boli.

—Si necesitara un boli, que no lo necesito porque tengo tres en el bolso, se lo pediría a Daisy que es lo que hace todo el mundo.

Darla hizo una mueca. —Pues tienes razón.

Vio como Daisy se acercaba a ellos con tres cervezas como siempre y les decía algo que hizo que se levantaran riendo y se sentaran en la mesa justo detrás de su hermana. Cuando la camarera se volvió le guiñó un ojo disimuladamente y gimió por dentro porque era evidente que la había pillado. Era para morir de la vergüenza lo patética que era.

—Así que la comisión ha sido la leche. Qué callado te lo tenías. ¿Y qué vas a hacer con tanta pasta? —preguntó Donovan sentándose justo detrás de su hermana mientras que Luis se sentaba a su lado y Cawley frente a Donovan—. Tengo unos bonos con una rentabilidad...

—Eres la competencia. A ti no te digo ni pío que luego me quitas el cliente. Y sobre los bonos sigue soñando. —Su voz ronca llegó hasta ella erizándole la piel mientras su amigo se reía sin tomárselo a mal.

—Lo que vamos a hacer es irnos de vacaciones —dijo Luis antes de beber de su cerveza. Las chicas se miraron a los ojos—. El mes que viene estoy libre treinta días. ¿Y vosotros?

—Joder, al fin llega agosto. —Donovan se adelantó en su mesa. —Podemos irnos a las Vegas unos días para celebrarlo y después al Caribe.

—No fastidies. ¿Otra vez? Además tú no tienes que celebrar nada. Perdiste cien mil el mes pasado. —Cawley bebió de la boquilla de su cerveza de una manera tan masculina que le provocó un nudo en la garganta. Sonrió porque él no quería ir y su hermana hizo lo mismo por su respuesta.

—Tíos, olvidaos de la pasta unos minutos, ¿queréis? Tengo las vacaciones perfectas. Al menos diez días —dijo Luis mirándoles con picardía con sus ojos castaños.

—Don ponte a temblar.

—Un crucero de solteros por el Mediterráneo.

Se echaron a reír mientras a ellas se les cortaba el aliento y las chicas se miraron las unas a las otras. Sí, por favor.... Fiona se inclinó más hacia atrás para escuchar mejor. Gimió porque se iban a dar cuenta.

—¿Un crucero de solteros? —preguntó Cawley—. ¿Crees que tengo problemas para ligar?

Darla hizo una mueca antes de negar con la cabeza.

—Vamos, tío... Últimamente estoy tan liado en el hospital que solo me tiro enfermeras con ganas de pillar a un cirujano.

Katey jadeó indignada y Fiona le pegó una patada que la hizo gemir. Ellos miraron hacia allí y Darla dijo a toda prisa —Bueno, entonces le digo a mi marido que estoy embarazada.

—Sí, claro —contestaron todas a la vez.

Ellos volvieron a su conversación y Luis continuó —No os riais. Es un crucero de lujo. Lo mejor de lo mejor.

—Para eso me alquilo un barco y podemos invitar a unas amigas —dijo Donovan.

—Ni hablar. La última vez se pusieron muy pesadas. —Luis negó con la cabeza.

—¿Qué dices tú, Cawley?

—Creo que me voy a alquilar una casa en México. Necesito descansar, ha sido un año duro.

—Vamos, en el crucero descansarás.

—Sí, entre juerga y juerga. Tío, tenemos ya treinta y dos años. Creo que ya va siendo hora de sentar la cabeza. —A Bernie se le cortó el aliento mirando los ojos de su hermana que sonrió.

—Quiero tener mocosos. Mi padre nos tuvo a esta edad y dice que es lo mejor. Hago caso al viejo —dijo divertido.

—¿Te ha dado un ultimátum? —preguntó Donovan con sorna.

—Sí. O me caso y termino con esta vida de crápula o no me habla más. Y la casa y todo lo demás lo heredaré mi hermana.

—Joder, si en tu trabajo eres el mejor.

—Dice que el matrimonio me dará estabilidad.

—Entonces el crucero es perfecto —dijo Luis emocionado—. Allí estarán las mujeres de dinero de Nueva York que buscan marido.

—¿De Nueva York?

—¿No te lo había dicho? Solo serán solteros de la ciudad. Lo mejor de lo mejor por lo que cuesta el pasaje. Si buscas una que apruebe tu padre, allí tendrás material.

Daisy llegó en ese momento con sus hamburguesas y Bernie frunció el ceño porque siempre comía lo mismo. Su hermana la miró interrogante y negó con la cabeza.

—¿Habéis escuchado? —susurró Fiona—. Tenemos que saber en qué fecha van a ir.

—No está mal —dijo Donovan—. Niñas ricas con ganas de fiesta. Puede ser divertido.

—El día veinte es la boda de mi hermana. —Cawley dio un mordisco a su hamburguesa.

—No hay problema, salimos el cinco. Yo me encargo de los billetes, pero tenéis que darme el número de pasaporte. —Luis estaba encantado. —Y después a los Hamptons a descansar. La casa de mi padre está libre.

—Si consigo mi objetivo no voy a ir —dijo Cawley poniéndola muy nerviosa—. Tengo un noviazgo por delante. Así que tendré que preguntarle a mi novia. —Sus amigos se echaron a reír como si hubiera dicho lo más gracioso del mundo y las chicas se miraron entrecerrando los ojos. Aquello era la guerra.

—Tranquilas chicas, yo me encargo —dijo Darla levantándose y dejando veinte pavos sobre la mesa—. Os llamo con lo que me diga David.

—Suerte. —Sonrió a su hermana de la que se iba y al mirar al frente vio que Cawley la miraba frunciendo el ceño mientras masticaba. Se puso como un tomate agachando la cabeza de golpe. —Yo también tengo que irme. El tirano de mi jefe, ya sabéis. —Sacó el dinero del bolso levantándose y de lo nerviosa que se puso se le cayó el bolso al suelo. —Mierda. —Se agachó recogiendo la agenda, el móvil, los bolígrafos y el tampón que le quedó a Donovan cerca del zapato. Agachada gimió estirando la mano cogiendo el tampón rápidamente.

Donovan miró hacia abajo levantando sus cejas castañas. —¿Necesitas algo?

Como un tomate miró a Cawley de reojo y se levantó de un salto. —No, gracias.

El hombre de sus sueños la miró de arriba abajo antes de ignorarla para continuar hablando con sus amigos. Hala, ya la había olvidado. Pero por primera vez en su vida eso no le importó. Dejó los veinte dólares sobre la mesa radiante. —Os llamo.

—Sí, que tenemos muchas cosas que contarnos —dijo Fiona. Esta miró a Katey—. Oh, por Dios... quítate eso. Es que no se ni dónde mirarte.

—¿Entonces me olvido del ingeniero?

Los ojos castaños de Fiona brillaron. —Es hora de hacerle caso a las chicas y no salir con los de la empresa.

—Perfecto.

## Capítulo 2

Tirando de su maleta para entrar en el aeropuerto, Bernie miró hacia atrás con el teléfono en el oído. —No, no les vemos. Mira que como hayamos metido la pata y no sea este crucero...

—Te digo que sí, hermana. Es el único que sale en esa fecha y está lo mejorcito de la ciudad. El agente de viajes de mi jefe me ha dicho que es un crucero de lujo. Tiene que ser ese.

Las chicas miraron las pantallas para buscar el número de su vuelo. —Igual van en otro avión.

—Puede ser. Vais a pasar la noche en Venecia, así que puede que ellos lleguen en otro vuelo. Lo importante es el barco. Habrás llevado ropa sexy.

—Que sí... Sexy y elegante como me dijiste.

—Tenía que haber ido contigo de compras.

—Estás muy ocupada.

—Cómo me alegro por ti. Vas a pasar unas vacaciones de ensueño mientras mi marido y yo decoramos el salón.

—Seguro que te lleva a algún viajecito. —Siguió a las chicas tirando de su enorme maleta mientras su hermana soltaba una risita y eso significaba que David seguramente le daría una sorpresa en cualquier momento. —Además, no estoy muy convencida de esto. Te apuesto cinco pavos a que cuando acaben las vacaciones tú tendrás un salón de lujo y yo un disgusto enorme porque se habrá comprometido con otra.

—¡Sé positiva y diviértete, leche! —gritó su hermana.

Apartó el teléfono haciendo una mueca y dijo irónica —David no está por ahí, ¿verdad?

—Claro que no.

Lo suponía.

—¿Y cómo está el futuro papá? ¿Ha dejado de llamar a todo el mundo para decírselo?

Su hermana se echó a reír. —¿Te ha llamado?

—Tres veces. Quiere asegurarse de que seré la niñera.

Darla se partía de la risa. —Sí, está encantado. Tantos nervios para nada. Ni siquiera se enfadó. Demasiadas preocupaciones por su reacción y no podía haber sido mejor. A ver si consigues uno así.

—A ver si es verdad.

—Pásalo bien.

—Te quiero.

Colgó el teléfono colocándose al lado de Fiona en la cola de facturación, pero la maleta se le enganchó en uno de los pivotes que dividían las calles y al tirar de ella el pivote cayó al suelo tirándolos todos uno por uno. ¡No, no, no! Gimió haciéndose la loca mientras sus amigas la miraban como si fuera un desastre. —Ha sido sin querer.

—Nos están mirando —dijo Fiona entre dientes—. Colócalos.

Puso los ojos en blanco y se agachó para coger el primero. Siguió la fila y cogió el siguiente poniéndolo de pie. Al poner el siguiente de pie se incorporó y al ver los ojos grises de Cawley se puso como un tomate. Estaba a su lado vestido con un polo azul y unas bermudas beige. Dios, estaba guapísimo. Muy tiesa se giró lentamente antes de caminar hacia sus amigas que estaban algo más adelante.

—¿Ya los has...?

—Están detrás.

Tres cabezas salieron de la fila en distintas direcciones mirando hacia atrás y sonrieron

como tontas al verles de espaldas a ellas mirando el culo de una tía que llevaba unos shorts blancos cortísimos.

Las chicas se enderezaron y Fiona dijo —Muy bien. Plan en marcha.

—Luis está guapísimo. —Katey sonrió como una loca. —Diez días nuestros.

—Nuestros y de quinientas tías más —dijo desmoralizada al ver a una chica que parecía sacada de una revista de modas con un bolso que ella tardaría un año en pagar con su sueldo. Aquello no iba bien. No tenía mucho en común con la gente que las rodeaba. —Son niñas ricas —murmuró. Sus amigas la miraron levantando sus cejas y carraspeó —. Bueno, ya me entendéis. ¡Son pijas! ¡No tienen nada que ver conmigo!

Fiona chasqueó la lengua. —Sabíamos que iba a haber gente de dinero. Pero tenemos una oportunidad más que ayer, así que no te amargues tan pronto.

Jadeó indignada. —Yo no me amargo. —Sus amigas levantaron las cejas. —¡Qué no!

—Siempre ves el lado negativo de las cosas —dijeron a la vez.

Se sonrojó ligeramente. —¿Yo?

Fiona la señaló. —¡Mira, vas a cambiar de actitud y a ser la chica más positiva y alegre del barco o te tiro por la borda! Nos los vamos a ligar y el año que viene quiero tres bodas. —Katey la apoyó asintiendo como si fueran a la batalla. —Así que vete poniéndote las pilas. Ya no eres tímida.

—Ya no soy tímida.

—Vas a por todas.

—Voy a por todas.

—Como vea que vuelves a agachar la mirada, te pego un pellizco. Te voy a dejar el culo morado, te lo advierto.

—Me lo adviertes...

—¿Vas a repetir todo lo que digo?

—Es que das algo de miedo.

Katey reprimió la risa.

—¡No tiene gracia!

—Sí que la tiene —dijo su amiga apartando su flequillo—. ¿Te has cambiado el color de cabello?

Fiona sonrió. —Es que me lo he puesto de mi color natural. —Miraron su cabello pelirrojo intenso. —¿Qué? ¿No cuela?

—No.

—Vaya.

—¡Siguiente!

Miraron a la chica del mostrador y riendo se acercaron con los pasaportes en la mano. Todas menos Bernie que empezó a buscarlo en el bolso.

—¿Quiere darse prisa, por favor? —preguntó la chica de detrás.

Miró a la rubia oxigenada. —Sí, por supuesto. Eso hago —dijo con ironía—. Y si no me interrumpiera tardaría menos.

Mientras la chica chasqueaba la lengua vio que Cawley miraba hacia ella con el ceño fruncido. Giró el cuerpo sin dejar de mirarle y dejó el pasaporte sobre el mostrador. —Señorita...

Miró a la de la aerolínea distraída. —¿Si?

—El billete.

—Espabila, Bernie —la apuró Fiona excitadísima.

Sacó el billete del bolsillo trasero del vaquero y lo puso sobre el mostrador. —Perdona.

—No pasa nada —dijo la chica. Miró a un lado y a otro antes de susurrar —Tengo tres asientos libres en primera, si los queréis.

Se le cortó el aliento y asintió. —Sí, sí, por favor...

La chica sonrió. —Hubo una cancelación y no se han vendido. Y como en ese vuelo solo va el crucero, dudo que los usen ya.

—¿Por qué eres tan amable con nosotras? —susurró Fiona.

—Por ella. Desde que estoy aquí es la única que me ha pedido disculpas por hacerme esperar.

Sus amigas sonrieron de oreja a oreja y Bernie cogió su billete. —Pues gracias. Te lo agradecemos muchísimo.

—A ver si tenéis suerte. Hay hombres guapísimos. Que tengáis buen viaje.

—Gracias.

Sus amigas la siguieron. —Dios mío, primera. Este viaje empieza genial.

Yendo hacia la puerta miró hacia la fila y vio que Cawley hablaba con sus amigos. —Sí, tiene buena pinta.

Estuvieron un rato por las tiendas del aeropuerto y Fiona quiso entrar en Victoria's Secret por si en el barco triunfaba. Al parecer tenía ropa interior de monja, cosa que Bernadette dudaba mucho. Sus amigas emocionadas fueron de un lado a otro y ella distraída en un puesto de bragas miraba los modelos de encaje de distintos colores. Levantó unas en color rosa suave que le gustaron y miró la talla. Eran una S y las estiró porque le parecían que eran su talla.

—¿Nos estáis siguiendo?

Se sobresaltó del susto y vio a su lado a Cawley. —¿Qué?

—¿Que si nos estáis siguiendo? No te hagas la tonta. Coméis en nuestra cafetería todos los días desde hace un año —dijo fulminándola con sus ojos grises—. ¡Me parece mucha casualidad

que mis amigos me hablaran de este viaje allí y nos encontremos en el aeropuerto!

Se puso como un tomate y miró a su alrededor, pero sus amigas estaban tan distraídas que no iban a ser de mucha ayuda. —Trabajo allí cerca y se come bien.

Él se cruzó de brazos mostrando unos vellitos negros que no le había visto nunca. Se le secó la boca muriéndose por acariciarlos. —¿Y el viaje?

No sabía si mentir. Siempre lo había hecho fatal. —Nos lo buscó mi hermana —dijo sinceramente—. Una conocida le dijo que iba a estar muy bien y... —Se sonrojó aún más. —Somos solteras. Las tres.

La observó con desconfianza. —Así que buscas pareja.

Dios, quería morirse. Miró a su alrededor de nuevo buscando una salida y al ver que aún tenía las bragas en la mano las tiró sobre el expositor. —Sí. —Alargó la mano. —Me llamo Bernadette Haverhill, ¿y tú? Creo haber escuchado en la cafetería que te llamas Cawley Rodway, ¿es así?

Él miró su mano levantando una de sus cejas morenas. —Te he visto durante todo un año. ¿Crees que si tuviera la intención de presentarme, no lo hubiera hecho ya?

Se quedó de piedra por el corte y más aún cuando se volvió para regresar con sus amigos a los que no había visto. Al ver sus sonrisas irónicas se volvió sintiéndose humillada.

—¡Cómprate las azules! —gritó Donovan entre risas antes de que el grupo se alejara. Vio por el escaparate que se reían y muerta de la vergüenza sintió unas ganas de llorar terribles. Jamás en la vida había sentido una decepción tan enorme como la que experimentaba en ese momento, porque fue totalmente consciente de que Cawley jamás querría nada con ella.

Una mujer se puso a su lado y cogió las braguitas rosas que había tenido en la mano. —Tiene razón. Las azules son más sexis.

La miró sorprendida con sus ojos llenos de lágrimas. Era rubia con una melena en ondas que le quedaba perfecta y vestía de marca de pies a cabeza. Confundida vio que cogía las bragas

azul eléctrico y se las mostraba. —¿Perdón?

—Eres muy rubia. Tu pelo es casi blanco. Debes ponerte colores más fuertes. Verde esmeralda, azul eléctrico que tanto se lleva ahora... Si quieres rosa que sea chicle. —La miró con sus hermosos ojos azules impecablemente maquillados. —Y no llores. No es tan indiferente como aparenta.

—¿Ah, no?

Sonrió divertida. —¿Es cierto? ¿Le has seguido?

Se sonrojó ligeramente, pero decidió ser sincera. —Sí.

—Y has hecho bien. Siempre hay que luchar por lo que se quiere. —Miró a sus amigas y chasqueó la lengua. —¿Son muy amigas?

—Mi mejor amiga es mi hermana. Pero las quiero mucho.

—No te ayudarán demasiado. No saben lo que hacen. Solo hay que ver la ropa interior que eligen. —Suspiró y la miró de arriba abajo. —Menudo desastre.

Se puso como un tomate. —Es un viaje largo.

—Para eso están los leggins que marcan la figura y el trasero aparte de ser cómodos. No unos vaqueros que te quedan enormes y esa camisa de seda que parece de abuela.

—Es nueva...

—Y no es del color adecuado. Pero bueno, se ha fijado en ti... Eso ya es mucho.

—¿Eso crees? —preguntó esperanzada.

—Claro, sino ni se hubiera acercado. —Cogió unas braguitas negras y las desechó dejándolas en su sitio antes de alejarse al stand de sujetadores.

Miró a sus amigas sobre su hombro que ya llevaban un montón de cosas en sus manos y ni se habían fijado en ellos. Estaba claro que necesitaba ayuda, así que se puso el bolso al hombro antes de acercarse a la mujer. Disimuladamente miró un sujetador violeta. —Muy bien. Veo que

aprendes rápido. ¿Quieres que te dé un consejo?

—Por favor...

Sonrió mirándola bien. —Maquillaje ligero. Tienes una piel perfecta. Algo de rímel para resaltar tus preciosos ojos y sombras suaves. En la ropa colores. No tengas miedo al color y a entallar tu figura. La tienes, debes sacarte partido aunque no seas muy alta. Eso no es malo. A algunos hombres les gustan así, mujeres estilo muñequitas. —Entrecerró los ojos. —Vestidos de noche en rojo y blanco.

—¿Blanco?

—Solo blanco si es un total look, ¿entiendes? Un largo vestido blanco de tirantes entallado con sandalias plateadas... y con el cabello recogido. En ese caso destaca los labios, en rojo. Solo eso y el rímel.

—¿Eres estilista?

Asintió divertida. —Asesoro en muchas cosas. —Alargó la mano. —Paris Hopkins.

—Tienes un nombre precioso. Bernadette Haverhill.

La mujer levantó una ceja. —El tuyo tampoco está nada mal. ¿Te llaman Bernie?

—Sí.

—Eso era antes. Has hecho muy bien en presentarte con tu nombre completo. Pareces una cría, pero no tienes nombre de cría. —Bernie no entendía. —Ese tipo de hombre es muy seguro de sí mismo. Tiene la posición y el físico. Las tiene a patadas. En cuanto llegue al barco...

—¿Cómo sabes que vamos a un crucero?

—Lo dijo él.

—No lo dijo.

—¿Ah, no? —Hizo un gesto con la mano sin darle importancia. —He debido relacionarlo por lo del viaje de solteros.

—Ah...

—Bueno, a lo que iba. —La miró molesta. —¿Me estás escuchando?

—Cada palabra.

—En cuanto ese tipo se acerque al barco las tendrá a puñados. Así que debes espabilarte para que no te olvide, porque como te he dicho ya te ha echado el ojo.

—Me ha tratado mal.

—No seas tonta. Lo que ha hecho, es dejarte claro que no quiere nada contigo.

—Pues eso.

—Pero lo que ha hecho inconscientemente es decirte: Mira tía, me gustas, pero no creo que esto vaya a funcionar porque no estás a mi altura. Los hombres son así de idiotas.

—¿De veras ha dicho eso? —preguntó pasmada.

—Seguro que está acostumbrado a mujeres como yo, pero estaba a tu lado y ni se ha fijado en mí. Solo en ti. De hecho el grupo lleva siguiéndoos disimuladamente desde facturación.

—Me estás metiendo una trola.

—No sabe todavía que le gustas y no te equivoques, si pasa algo que le guste más adiós a todo su interés. Debes mantener ese interés hasta que se lance.

—¿Y cómo hago eso?

Paris entrecerró los ojos mirando a su alrededor y dio un paso hacia ella. —De momento debes mantener la atención en él. Puede que aparente que no está halagado, pero lo está. Y cómprate otra ropa si no tienes lo que te he dicho.

—Vale.

—Te hará desplantes. Estará con otras. Incluso puede que se burle de ti ante sus amigos, pero cuando ya hayas pasado dos días en el barco tú cambiarás tu objetivo. Ignórale del todo aunque sigue siendo amable si te habla, pero hazlo como si ya no tuviera tu interés. No querrá

perder a su presa y ahí tendrás tu oportunidad si eres lista.

La miró aterrada. —¿Y si no encuentro otro objetivo?

Sonrió maliciosa. —Tranquila, lo encontrarás. Allí hay de todo.

—¿Trabajas en el barco?

—¡Por Dios, no! Pero he ido a un par y sé lo que hay. Soy una romántica. —Le guiñó un ojo y se alejó. —Mucha suerte, Bernadette.

Quería hacerle mil preguntas, pero era evidente que tenía que irse. —Gracias.

La mujer sonrió saliendo de la tienda y miró los sujetadores entrecerrando los ojos. Una empleada pasó ante ella. —Perdona, ¿puedes ayudarme? No tengo mucho tiempo...

## Capítulo 3

Entró en el avión la primera del pasaje cargada de bolsas al igual que sus amigas, que aún estaban alucinadas por el repente que le había dado. Ahora sí que había dejado la cuenta temblando, porque la ropa en el aeropuerto no era precisamente barata. La azafata de primera se acercó de inmediato sonriendo. —Cuántas compras. ¿Quiere que le guarde las bolsas?

—Oh sí, gracias. Menos esta y... —Miró hacia atrás cogiendo una bolsa que Katey llevaba en la mano. —Y esta. Es un viaje largo y quiero ponerme cómoda.

—Entiendo. Si quiere puede usar el baño. Puedo abrirle uno mientras el pasaje se acomoda.

—Es muy amable, gracias. —Miró los asientos. —¿Estos son nuestros sitios? —Mostró su tarjeta y la chica asintió. —Chicas es aquí.

—Yo me pido ventanilla —dijo Fiona sentándose al otro lado del pasillo al lado de la ventanilla a toda prisa.

—Vale. —Katie se sentó a su lado, así que a ella le tocaba el sitio al otro lado del pasillo. Le entregó las bolsas a la azafata. —Gracias, es muy amable.

—Si me acompaña...

Con el bolso y las dos bolsas de compras en la mano fueron hasta el baño. Se miró al espejo y suspiró dejando las bolsas en el suelo antes de apartarse el cabello de la cara. Hizo una mueca al ver su camisa de seda de tirantes. Paris tenía razón, ese color rosa no le quedaba bien. La hacía parecer más pálida si era posible. Se quitó la camisa y a toda prisa abrió su bolso sacando el neceser de mano. Se echó desodorante porque eso nunca sobraba y se puso la camiseta

que acababa de comprar. Roja de tirantes. Debía ser lo más barato que había comprado. Diez pavos. Al ver que se le marcaba el sujetador se lo quitó. Total, casi no tenía nada. Se quitó los vaqueros y se puso los leggins negros calzándose las manoleínas de nuevo. Hizo una mueca porque parecía que iba a salir a correr. De hecho era la ropa que se ponía para hacerlo cada mañana. Pero que estaba cómoda, mucho más que con los vaqueros, de eso no había duda. Lo guardó todo en una de las bolsas y tiró la otra antes de cepillarse el cabello. No se lo recogió porque la coleta la incomodaría en el asiento.

Suspiró y se dijo que debía olvidarse de él hasta llegar al barco. Total, seguro que ya no le vería hasta llegar allí. Habían tenido que coger por su cuenta el hotel en Venecia y seguro que no habían elegido el mismo con todos los que había. Así que lo que tenía que hacer era descansar y disfrutar, porque le daba la sensación de que cuando llegara al barco iba a gastar muchas energías solo intentando demostrar que no le importaba la actitud de Cawley.

Salió del baño y casi se choca con una mujer que pasaba en ese momento. —Disculpe.

—No pasa nada.

Pasó tras ella y caminó cuatro pasos deteniéndose en su asiento. Miró hacia la cola del avión que ya estaba lleno de gente intentando no estorbar a los que buscaban su asiento y levantó los brazos para abrir el compartimiento superior. Cogió las bolsas de su asiento y al levantarlas para meterlas en el compartimiento se quedó de piedra porque Cawley estaba en el asiento de ventanilla y ni le había visto. Con los brazos levantados sintió que su corazón se detenía mientras él la miraba de arriba abajo deteniéndose en sus pechos antes de chasquear la lengua para luego hojear la revista que tenía en las manos. Roja como un tomate porque era evidente que sus pechos no le habían impresionado nada, bajó los brazos y disimuladamente se los miró. Vale que eran pequeños, pero estaban ahí. Pequeñitos y firmes, pero estaban. Después de cerrar el compartimiento se sentó en el asiento sin dirigirle la palabra y se abrochó el cinturón. Miró a sus amigas que la observaban con los ojos como platos antes de levantar sus pulgares. Muy discretas, pero no pudo evitar sonreír porque era evidente que se alegraban por ella. Luis sentado ante Katey

giró la cabeza y sonrió divertido. Ese tío empezaba a caerle gordo.

—Amigo, ¿quieres que te cambie el sitio? —preguntó Donovan intentando no reírse.

—Tranquilo, puedo soportarlo —respondió Cawley lo bastante alto para que le oyera medio avión.

Sus amigas jadearon indignadas al escuchar las risas de sus amigos y ambas dieron un golpe al asiento que tenían delante. Ambos levantaron la cabeza por encima del asiento mosqueados y ellas sonrieron inocentes antes de decir a coro —Lo siento.

El pasaje dejó de embarcar y la azafata cerró la cortina de separación con la clase turista. Al pasar a su lado sonrió. —Mucho mejor, ¿verdad?

—Sí.

—Enseguida despegamos.

—Gracias.

Apoyó la espalda en el respaldo del asiento y suspiró intentando no demostrar que estaba nerviosa por tenerle tan cerca. El olor de su after-shave llegó hasta ella y se apretó las manos pensando en lo bien que olía. Apoyó el codo sobre el reposabrazos y su piel rozó la suya provocando que su corazón diera un vuelco. Apartó el brazo a toda prisa sintiendo que su corazón latía alocado y sonrojada susurró —Perdón.

Él gruñó dando la vuelta a la hoja. De reojo vio que era un reportaje de las Maldivas y se mordió su grueso labio inferior porque Paris le había dicho que él fuera consciente de su interés. ¿Debía hablar con él?

—Tienes la misma revista delante de ti. —Sin entender le miró a los ojos. Él se adelantó cogiendo la revista y tendiéndosela. —Odio que lean lo que tengo en las manos.

Era un borde de primera. —No, gracias. Ya la he leído.

Él levantó una ceja como si lo dudara mucho antes de dejarla de nuevo en su sitio y

chasquear la lengua. La azafata pasó repartiendo unos caramelos y nerviosa cogió un puñado mientras Cawley negaba con la cabeza. Desenvolvió el primero y se lo metió en la boca a toda prisa sintiéndola seca. Madre mía, no iba a pegar ojo con tantas horas por delante. Escuchó como encendían los motores y suspiró del alivio. Al menos aquello ya empezaba. Repartieron periódicos y para entretenerse cogió el Times demasiado consciente de su acompañante, que cogió el mismo periódico. Lo abrieron y como no cabían los dos abiertos ella a toda prisa dobló la hoja hacia atrás. La azafata dio las instrucciones por si aquello se caía, pero ninguno de los dos le hizo ni caso. Y ella menos que nadie porque hasta la respiración de Cawley la estaba alterando, y mucho. Mordiéndose el labio inferior al sentir sus pezones erectos, pensó que aquella camiseta sin sujetador no había sido buena idea. Dio la vuelta al periódico para ver su apellido en letras bien grandes. Jadeó al ver una foto de su abuela y Cawley la miró. Se sonrojó con fuerza al ser consciente de que la estaba mirando y ella se inclinó a un lado antes de empezar a leer el artículo a toda prisa. Sintió que alguien le tocaba el brazo sobresaltándola. Sus amigas la miraban asombradas con el periódico en la mano y gimió. —Lo estoy leyendo.

El titular ya era para ponerse a temblar. Darla Haverhill pone a la venta su editorial por setecientos millones de dólares. La mataba. Y no les había dicho nada. Es que era para ponerse a gritar allí mismo. Arrugó el periódico muy tensa sin dejar de leer el artículo. Su abuela se quejaba de que no había nadie que siguiera con su exitoso negocio porque su hija era una mujer que prefería la vida familiar y sus nietas nunca habían sentido interés por la literatura. Cuando la pillara...

—¿Ocurre algo?

Se volvió hacia el Cawley con los ojos como platos. —¿Qué?

—¿La conoces? Se apellida como tú.

Entrecerró los ojos. —¿Por qué quieres saberlo? ¿Es que si fuera mi abuela, que no digo que lo sea, ya te parezco más interesante?

Cawley apretó los labios. —Ni cubierta de oro.

—¡Pues a tu periódico! ¡A mí tampoco me gusta que lean del mío!

Sus amigas dejaron caer la mandíbula del asombro y Fiona susurró —¿Qué te pasa? ¿Estás loca?

Gruñó mirando la foto de su abuela. Mierda, ahora tenía que llamarla y cuanto antes, porque eso era un toque de atención y de los gordos. La azafata pasó en ese momento. —Disculpe, ¿tienen teléfono a bordo? Es urgente.

La chica la miró confusa. —En cuanto despeguemos le traigo el teléfono.

—Gracias.

Empezó a dar toquitos con el pie en el suelo. ¿Cuándo despegaban? Cuando su hermana se enterara iba a ponerse histérica. Y David al verla así se cabrearía con la abuela. Iban a saltar fuegos artificiales. Gimió pensando en su madre. Seguro que estaba llorando a lágrima viva. El avión empezó a rodar sobre la pista y mientras tanto leyó el artículo palabra por palabra. Era lista la muy puñetera. Solo lo hacía para cabrearlas. Setecientos millones... Ni por mil la vendía. Ni se dio cuenta de que despegaban y cuando la azafata se acercó con el teléfono en la mano la miró como si le ofreciera la luna. —Gracias. —Se quitó el cinturón levantándose a toda prisa y abrió el compartimento para sacar su bolso. Lo tiró sobre el asiento y como una desquiciada sacó su cartera cogiendo la primera tarjeta de crédito que pilló. La colocó en la pestaña del teléfono siendo muy consciente de la mirada de Cawley sobre ella. Se alejó con el teléfono hasta la zona de los baños y marcó el número de su hermana primero.

—Darla Morrison.

—Soy yo.

—¿Bernie?

—¿Has leído el Times de hoy?

—¿No estás en el avión?

—Sí, estoy en el avión. ¿Has leído el Times?

—No, no he tenido tiempo. David va a dar una cena esta noche para el bufete, ya lo sabes.

—¿Y no te ha llamado nadie? —preguntó incrédula.

—Bernie, ¿qué pasa?

Al ver que Luis estaba inclinado hacia el pasillo mirándola se volvió para darle la espalda y susurró —La abuela ha dado una entrevista diciendo que va a vender la editorial.

—¿Qué? —El grito de su hermana la sobresaltó. —¿Pero qué dices? ¡Eso es un error!

—No es un error. Y se ha quedado a gusto. Que no la queremos porque tenemos nuestras vidas y mamá a su marido...

—¿Qué? ¡La mato! ¡Si fue culpa suya que no trabajáramos allí!

—Que no nos interesa la literatura —dijo con ironía.

—¡Si has escrito tres libros! ¡La mato! ¿Hemos hecho lo que ella ha querido toda la puñetera vida y ahora nos viene con esto? ¡Me cago en todo!

Nerviosa se pasó la mano por la frente. —Darla tranquilízate.

—¡Estudié económicas porque ella quiso! ¡Y tú literatura porque ella lo creyó conveniente! Acabamos las carreras y dice que no nos dará trabajo. Que la editorial es muy sacrificada y que quiere que tengamos vidas normales como mamá.

—Sí, creímos que era otra de sus locuras. Que nos estaba probando a ver si salíamos adelante solas, pero al parecer va en serio.

—Esta vende la editorial, ya verás.

Su decepción fue enorme porque era el trabajo que siempre había esperado y su abuela lo sabía. —¿Eso crees?

Darla suspiró. —Esto es culpa mía.

—¿Por qué dices eso?

—Cuando le dije que estaba embarazada me miró fijamente y dijo que ese era el mejor regalo que le habían hecho jamás. Quiere biznietos. Muchos biznietos. De hecho me preguntó que si tenías perspectivas de casarte pronto.

Sí, últimamente estaba muy sensible con la familia. De hecho siempre estaba organizando cenas y meriendas para que todos se reunieran al menos dos veces a la semana. Apretó los labios. Igual era lo mejor porque a ella lo que realmente le apasionaba era escribir, aunque no había tenido éxito. En eso su abuela la había apoyado guiándola en lo que había podido. Igual fue eso lo que la había decidido. Tenían sus vidas y eran relativamente felices. La editorial era mucho trabajo. La abuela había vivido dos divorcios porque siempre estaba ocupada con sus innumerables reuniones y sabía que no quería eso para ellas. Aunque había criticado a su madre en la entrevista, estaba orgullosa de su hija y era feliz por ella. Además a su madre nunca le había interesado la editorial. En eso no había mentido.

—Voy a llamarla —dijo Darla.

—No, deja que lo haga yo que sois muy iguales y vais a discutir.

—¡Pues luego me llamas! Ya verás cuando se entere David. ¡No estudié arquitectura por su culpa! ¡Es que es para matarla!

Apretó los labios antes de decir —Te llamo enseguida.

—¡Aquí te espero!

Colgó el teléfono y nerviosa se pasó la mano por la frente mirando el pasillo. Sus amigas estaban preocupadas, pero ella forzó una sonrisa antes de empezar a marcar de nuevo. Al ponerse el teléfono al oído vio que Cawley la miraba por encima del asiento de enfrente, pero ella se volvió de nuevo escuchando el tono.

—¿Diga?

—Buena la has hecho.

—¿Quién es?

—Soy Bernadette —siseó—. ¿Cómo se te ocurre hacer esa entrevista y no decirnos nada, abu? —Sus ojos se llenaron de lágrimas, no por su decisión sino porque se sentía traicionada. —  
¿No merecíamos que nos lo dijeras?

Su abuela suspiró. —Cielo... Creo que es la decisión más acertada que he tomado nunca.

—Estudié...

—Me equivoqué —dijo interrumpiéndola—. Me equivoqué en todo. ¿Estás en el avión?

—Sí. —Sorbió por la nariz y se pasó la mano por la mejilla borrando las lágrimas. —  
Mira donde me entero.

—Lo siento, pero no quería que me convencierais.

—¿Pero por qué? ¿Es alguna de tus tretas para presionarnos como siempre?

—No, cielo. Eso se acabó. No tenía que haber interferido en vuestras vidas y me he dado cuenta demasiado tarde. Tu madre me lo advirtió cuando erais apenas unas crías, pero en ese momento no me daba cuenta. Quería que fuerais como yo. Estaba tan orgullosa... —Escuchó como se emocionaba y una lágrima cayó por su mejilla. —¿Pero recuerdas cuando me dio la angina de pecho? Estabas en la universidad y tu madre pasando unos días en Montana con la familia de tu padre.

—Lo recuerdo.

—Tardasteis seis horas en llegar al hospital y durante ese tiempo me di cuenta de que lo único realmente importante era la familia. Durante esas horas sentí que había desperdiciado mi vida y me dije que si no me hubiera centrado tanto en la editorial podría haber tenido más hijos. Tu madre siempre quiso hermanos. Podía haber tenido una gran familia como quería tu abuelo. Pero no, siempre leyendo para buscar el best seller del momento ¿y para qué? ¿Para qué, cielo? Tu madre y vosotras sois lo que más quiero en la vida y tenía que haber aprovechado para estar más tiempo a vuestro lado.

Sorbió por la nariz sonriendo. —Has pasado con nosotras todo el tiempo que has podido.

—No el suficiente. Sabes que no. —Suspiró al otro lado de la línea. —Lo que más deseo en esta vida es que seáis felices y sé que la editorial solo sería un impedimento. Darla es muy feliz y David es un hombre maravilloso que la quiere por encima de todo. Solo deseo que encuentres lo mismo. A ver si hay suerte en ese crucero. —Su abuela se quedó en silencio. — Siento haber alterado tu vida, cielo. Lo siento de verdad.

—No te disculpes. Pero setecientos es poco.

Su abuela se echó a reír. —En realidad son mil ciento cincuenta.

Abrió los ojos como platos. —¡Abuela!

—Y solo por el cincuenta y un por ciento de las acciones. Pierdo el control pero seguiré en el puesto de dirección. Somos una editorial internacional. Es un buen trato. Es hora de que me jubile.

—¿Y qué vas a hacer con tanto tiempo libre?

—Irme de crucero. Uno de esos de solteros a ver si hay suerte. —Rio por lo bajo y se dio cuenta de que su decisión era lo mejor para todos. —Y no quiero influirte, pero me gustaría que dejaras ese trabajo. —Se le cortó el aliento. —Y te dediques a escribir, que es lo que te gusta. Gracias a todo lo que he trabajado, tendréis la vida asegurada y quiero que cumplas tu sueño. Mira, de algo ha servido todos los cumpleaños que me he perdido. Para que seas lo que siempre has querido ser, en lugar de leer los manuscritos de los que buscan su oportunidad.

—Abuela... —dijo impresionada—. ¿Escritora? Pero si no vendí más de mil ejemplares entre los tres libros. Ya tuve mi oportunidad y no lo conseguí.

Su abuela se echó a reír. —Porque te guiaste por mí. Por lo que se vendía en ese momento. Tienes que elegir la temática que a ti te guste.

Sus ojos brillaron. —¿Ciencia ficción?

—Lo que te guste. Si no disfrutas lo suficiente no puedes hacer disfrutar al lector. Todavía tengo contactos y los tendré siempre.

—Quiero hacer esto sola, abuela.

—Lo entiendo, pero si necesitas ayuda sabes que estoy aquí.

Recordó a su madre y se preocupó. —Mamá...

—Hablé con ella de esto hace semanas. Y está de acuerdo. Nunca se ha dejado llevar por lo que yo le pedía y ha hecho de su vida lo que le ha dado la gana. Siempre hemos peleado porque intentaba influirnos y hablamos de esto hace unos años. Por eso no le sorprendió que no os contratara en la empresa.

Se le cortó el aliento. —¿Mamá lo sabía?

—Claro que lo sabía. Como sabe esto también. Y está encantada. Odia la editorial y seguramente es porque me alejó de ella muchos años.

—Lo siento, abuela.

—Lo que hicimos no se puede remediar, pero el futuro sí que podemos cambiarlo. Cuando regreses, y espero que sea con un novio bien hermoso, quiero que vengas por casa para contármelo todo. Y pásatelo muy bien. No te preocupes por el dinero.

—Abuela... No quiero...

—Mira, eso lo hice bien. Cuando no os di trabajo me di cuenta enseguida que cuidabas cada dólar que ganabas. Tú más que Darla que siempre fue más manirrota, pero tiene un marido que no quiere ni un solo dólar que provenga de mí, así que eligió muy bien.

—Tu dinero —terminó de decir haciéndola reír.

—He ingresado en tu cuenta dos millones y dos en la cuenta de tu hermana.

—¡Abuela!

—Eso os ayudará en este momento de vuestras vidas. A ella con la casa, aunque David se emperre en que no quiere mi dinero y a ti con tu nuevo trabajo. No os daré más hasta que la palme, así que disfrutad.

—No tenías que haberlo hecho.

—Quiero que disfrutéis un poco. Date un capricho. Hazlo por mí. Te quiero.

Se emocionó porque su abuela no se lo decía mucho, aunque sabía que la quería muchísimo. —Yo también te quiero, abuela.

—Lo sé. Llámame para saber que estás bien, ¿vale?

—Todos los días, como siempre. ¡Aunque tú te guardas cosas!

—Y lo seguiré haciendo. Es parte de mi encanto. —Su abuela riendo colgó el teléfono.

## Capítulo 4

Llamó a su hermana y esta se echó a llorar cuando le explicó todo lo que su abuela le había contado. Lloraron juntas sobre todo por lo de la angina de pecho que había sido un periodo muy duro para su madre y para ellas. Cuando le dijo que tenía dos millones más en la cuenta Darla se puso como loca gritando que iba a liquidar la hipoteca por internet antes de que llegara su marido.

—Ni se te ocurra, ¿me oyes? Se va a cabrear.

—¿Tú crees? Sí, es un poco orgulloso para esas cosas. Mejor se lo cuento todo a ver por donde me sale.

Suspiró del alivio. —Eso. Tú háblalo todo con tu marido.

—¿Sabes? Creo que es lo mejor. Yo estoy muy contenta en mi trabajo y ahora viene mi niño... ¿Tú estás contenta?

—Voy a escribir y dejar al japonés.

—¡Sí! —Sonrió emocionada. —¡Ya era hora! Creo que de esto van a salir muchas cosas buenas. Después del cabreo inicial, claro. Pero la abuela es así. ¿Cómo va todo? ¿Le has visto?

Le hizo un resumen rápido y miró sobre su hombro para ver que la seguía mirando. Igual Paris iba a tener razón.

—Será cabrito. Ese está en el bote.

—¿Tú crees? Esa mujer dijo lo mismo. Bueno, dijo que estaba interesado.

—¿Está sentado a tu lado? —preguntó divertida—. ¿Quieres saber si le interesas? Deja caer algo. Si lo recoge él es que está pendiente de ti. David se presentó así. Cogiendo mi toalla

del suelo en el gimnasio.

—Vale. —Estaba claro que cualquier consejo le era útil. —Lo intentaré. —Vio a la azafata con el carrito de las bebidas. —Tengo que dejarte. ¿Llamas tú a mamá para que no se preocupe por nuestra reacción?

—Tranquila, yo me encargo. Disfruta.

—Te quiero. —Colgó rápidamente y sacó la tarjeta para tenderle el teléfono a la azafata.

—Gracias.

—Espero que no haya sido nada —dijo mirando sus ojos enrojecidos.

—Afortunadamente se ha arreglado.

—Me alegro mucho.

—Es muy amable. Gracias.

—¿Un copazo para celebrarlo?

Sonrió mirando el carrito. ¿Por qué no? —Un ron cola.

—Estupendo. Enseguida se lo llevo.

Se volvió para regresar a su asiento y se detuvo al ver que los chicos disimulaban mientras que sus amigas la miraban impacientes. —¿Todo bien? —preguntó Fiona preocupada.

—Sí, ya está arreglado.

—¿Pero es cierto?

—Sí.

—Joder...

Cogió su bolso de su asiento mientras Cawley daba la vuelta a la hoja del periódico. Se sentó suspirando y al mirar el bolso vio que había dejado la cartera abierta con una foto de la familia en Navidad. Mierda. La cara de su abuela era totalmente reconocible a pesar del gorrito de papá Noel que llevaba. Metió la tarjeta de crédito en la cartera y la cerró antes de cerrar el

bolso. Después de guardarlo en el compartimento superior suspiró al sentarse de nuevo.

—Es un buen trato —dijo Cawley como si nada—. Yo hubiera sacado más por sus acciones, pero no está mal.

—Ha sacado más. Mucho más —Le fulminó con la mirada. —Y no es problema tuyo.

Él sonrió sin mirarla. —No esperaba menos de la bruja Haverhill.

Jadeó asombrada. —¿Has llamado bruja a mi abuela?

—Se ha ganado ese apodo a pulso. —Rio por lo bajo. —Y otros peores.

—Oye...

—Su ron.

Forzó una sonrisa a la azafata. —Que sea doble.

La chica levantó una ceja, pero le puso otro vaso con otra botellita y una lata de cola. —  
¿Señor?

—Lo mismo. Va a ser un vuelo larguísimo.

En cuanto la azafata se fue, cogió su vaso mirando a sus amigas decidida a ignorar lo que había dicho de su abuela. Sobre todo porque en los negocios sabía que la llamaban cosas peores. Se había ganado fama de una dura mujer de negocios y muchos la temían y otros la envidiaba. Orgullosa de ella levantó su vasito. —Por nuestras vacaciones.

—Van a ser inolvidables —dijo Katey chocando su vasito.

—Seguro —dijo Cawley tras ella aguantando la risa.

Le fulminó con la mirada. —¿Has dicho algo?

—¿Yo? No, qué va.

Le miró con desconfianza antes de girarse de nuevo a sus amigas.

—Ignórale —dijo Katey—. Te librarás de él en cuanto lleguemos a Venecia —dijo su amiga disimulando—. Solteros, allá vamos.

Las risas en los asientos de enfrente las hicieron gruñir y Bernie se tomó su copa en tres tragos. Leche, qué bueno estaba aquello. Pero tenía que controlar porque nunca le había sentado demasiado bien la bebida. Dejó el vaso sobre la mesilla y echó el resto de la cola en el otro vasito mirando al frente.

—¿Mejor?

—Oye... —Giró la cabeza hacia él. —Para no querer ni verme estás un poco pesado.

—Igual es que ahora estás forrada y eso atrae mucho —dijo con burla antes de beber. Perdió el poco color que tenía en la cara y se le quedó mirando durante varios segundos horrorizada por sus palabras. Cawley se tensó—. Pero ya te dije que ni cubierta de oro, así que olvídate.

Miró al frente intentando encajar el golpe y se dijo que no le conocía de nada. ¿Y si era así de gilipollas continuamente? Igual estaba perdiendo un tiempo precioso empleando sus vacaciones en conseguir a ese idiota. Porque hasta ahora solo le había demostrado que era idiota. Cogió su vasito y lo giró sobre la mesa. Igual estaba muy sensible con lo de su abuela y no podía con eso justo en ese momento. Miró a Katey que intentaba enterarse de algo. —¿Estás bien? —preguntó su amiga.

—Sí. —Forzó una sonrisa girándose porque necesitaba hablar y susurró —Ha sido la sorpresa, nada más. No nos lo esperábamos.

—La jefa es lista. Seguro que ha sido por el bien de todos.

Asintió sonriendo. —Sí. No ha sido un impulso. Quiere que llevemos otra vida.

Fiona sonrió. —Eso es bueno. Os adora. Seguro que lo hace porque quiere lo mejor para vosotras.

—Eso me ha dicho. Y si cree que es lo mejor, estoy de su lado. —Sus ojos brillaron. — Voy a dejar el trabajo.

Las chicas chillaron de la alegría. —¿De veras? ¿Te lo ha pedido ella?

—Dice que lo deje si no me hace feliz.

—¿Vas a escribir otro libro?

—Ya lo tengo casi terminado. Solo me faltan detalles de edición. En cuanto llegue se lo llevo para que lo lea. —Rio por lo bajo. —Este no le va a gustar nada, pero lo voy a presentar así.

—Haces bien. Tienes que escribir lo que te gusta.

—Y a lo mejor me cambio de casa. Siempre he querido vivir en el Soho. Me encanta la zona.

—Hay un ático en el edificio de enfrente del mío que es perfecto para escribir. Me ha dicho el portero que tiene mucha luz natural —dijo Katie.

Abrió los ojos como platos. —¿Cómo no me lo has dicho antes? No estará cuando llegue.

—Es que no sabía que te querías cambiar. Lo siento.

—Bueno, ya encontraré algo. Necesito mucho más espacio si voy a trabajar desde casa en serio. Me hacía las fotocopias en la oficina.

—¿Y qué le vas a decir al chino? —preguntó Fiona antes de beber.

—Es japonés.

—Eso.

—Que le dejo. —Se encogió de hombros como si le diera igual.

Katey soltó una risita. —A ver si se hace el harakiri al quedarse sin asistente personal. Díselo con delicadeza.

—Solo hacen eso cuando es algo del honor o algo así —dijo Fiona divertida.

—Por la deshonra —dijo Luis exasperado.

—Eso. Oye, ¿no tenéis vida que tenéis que poner la oreja todo el tiempo?

—Es que habláis muy alto.

—Pues hazte un harakiri.

Las chicas se echaron a reír y Bernie que estaba bebiendo se le fue por el otro lado. Se puso a toser y cuando Cawley le dio unas suaves palmadas en la espalda se le cortó el aliento mirando sobre su hombro. —¿Mejor? —preguntó irónico.

—Sí, gracias —susurró porque no se lo esperaba.

Él apartó la mano como si le quemara y carraspeó antes de mirar de nuevo el periódico. Asombrada miró a las chicas que rieron por lo bajo y algo en su interior hizo que casi estallara de felicidad. Fiona sacó el folleto del barco y se pusieron a hablar de lo que iban a hacer. Ella gimió. —Sí, un masaje...

—Y manicura y pedicura —dijo Katey.

—Mira, hay tiendas... —Fiona admiró la foto.

Bernie estiró el cuello. —Tengo que llevarle un souvenir del barco a mi abuela. Tiene una vitrina entera llena de cosas así de nuestros viajes.

—Mira a la abuela, tan moderna para unas cosas y tan clásica para otras.

Rio por lo bajo. —Es cierto. No se lo digáis a Darla, pero... —Sus amigas se adelantaron para escuchar. —Le ha encargado una habitación al bebé que es divina. Para que les valga para el próximo ha encargado grabar las iniciales de Darla y David. Dos D entrelazadas. El diseño es precioso.

—Oh, qué bonito. ¿Y de qué color?

—Blanco. Todo va a ser blanco —dijo con ilusión.

—¿Y tú qué le vas a regalar? —preguntó Fiona—. Porque yo estoy perdidísima.

—Ella es distinta. Es la tía. El suyo tiene que ser especial.

Ambas la miraron esperando su respuesta. —¿No se lo diréis?

—Lo juramos —contestaron a la vez.

—En cuanto sepa que todo va bien y que ya estamos en marcha, le voy a comprar una estrella. —La miraron sin entender y ella se echó a reír por sus caras. —Darla lo entenderá. Antes de morir mi abuelo nos regaló una con nuestro nombre y nos hizo mucha ilusión. Quiero que el bebé tenga su propia estrella y que en el futuro cuando vaya creciendo sepa que una de ellas es suya.

—Eso es muy bonito.

—Y poco práctico —dijo Fiona.

Rio divertida. —Sí, pero quiero que sueñe. Mi abuelo me hacía soñar con sus historias y espero poder hacer lo mismo con el garbancito.

—Yo le regalaré el carrito. Eso lo va a usar más. —Fiona levantó su vaso mirando a la azafata.

—¿Te vas a tomar otra? —Katey miró a la chica. —Otra para mí. ¿Bernie?

—No, gracias.

—Menos mal —dijo Cawley por lo bajo tras ella.

Animada por el alcohol se volvió. —¿Qué has dicho?

—Que no es bueno beber demasiado en un avión.

—¿Lo dices por experiencia?

Sonrió mirando el periódico. —No.

Entrecerró los ojos al ver que leía las cotizaciones de bolsa. —¿En qué trabajas?

—Compro y vendo acciones.

—Bróker.

—Sí, aunque mi trabajo es mucho más amplio.

—Ya no me gustas. —Se volvió dándole la espalda de nuevo mientras sus amigas se quedaron de piedra sin perder ojo.

—¿Porque no sueño con estrellas?

Casi chillaba de la alegría cuando le hizo esa pregunta y le miró sobre su hombro. —Pues básicamente sí. Un hombre como tú no me entendería.

—Entonces es perfecto que no quiera nada contigo, ¿no?

—Sí, perfecto. —Miró a Luis. —Tú eres cirujano, ¿verdad? Lo oí en la cafetería.

—Sí, de cardiología.

—Vaya —dijo impresionada—. Cardiólogo. Os admiro mucho. Debe ser difícil tener el corazón de alguien en tus manos y saber que su vida depende de tus habilidades. Es mucha presión.

Luis se giró ligeramente. —Sí, gracias. A veces es muy duro. Sobre todo cuando lo das todo y no obtienes resultados. Pero cuando lo consigues... Joder, no hay nada mejor.

Se acercó más a él. —¿Es cierto que muchos dicen después de un trasplante de corazón que han visto la luz?

—Es curioso que digas eso porque... —Escucharon un carraspeo y Luis miró tras ella antes de enderezarse y decir —Pues no. No lo he oído nunca. —Miró al frente y parpadeó asombrada antes de girarse hacia Cawley que disimulando miró el periódico rápidamente.

—¿Tampoco podemos ser amigos?

—No. Tú a tus amigas y yo a los míos. Que luego os confundís.

—Ahora sí que ya no me gustas.

—Ya, claro.

—Eres un creído, ¿lo sabes? Seguro que no soy la primera que te lo dice.

Sonrió mirándola a los ojos y pensó que se le caerían los leggings del gusto. —Pues sí eres la primera. Normalmente les encanta mi personalidad.

—¿No me digas?

Pasó la hoja. —A ti te encantaba hasta hace dos horas.

—Eso era porque no habíamos cruzado dos palabras.

En ese momento llegó la azafata. —¿Para cenar carne o pescado?

—Carne —dijeron los dos a la vez. La chica lo apuntó antes de preguntarle a sus amigas.

Bebió el resto de su bebida y suspiró. —Soy muy tímida, ¿sabes?

—¿Cuando no bebes ron?

—Muy gracioso. Pues sí. Cuando no bebo ron.

—Ya me había dado cuenta.

—Pero voy a cambiar.

—Interesante.

—De momento me he apuntado a esto, que ya es un avance.

—Nena, lo has hecho por mí.

—No creas. Lo que sí voy a admitir es que me gustó la idea de un barco lleno de solteros.

—Vio que fruncía el ceño como si no le gustara lo que le estaba soltando. Ella sonrió radiante. —  
¿Pero sabes? Con todo lo que ha pasado este último año en este momento siento una satisfacción enorme. ¿Te interesa saber por qué?

—Por favor, ilumíname.

—Mi satisfacción se debe a que para no haberte fijado en mí, te has fijado un montón.

Sus amigas rieron por lo bajo y él se tensó. —Eso es mentira. Es que era imposible no fijarse en tu mirada de carnero degollado cada vez que entraba en la cafetería.

—Eso era porque me mirabas. Si no me hubieras mirado no habrías visto mi mirada. —Le fulminó con sus preciosos ojos. —Y yo no te miraba así.

—¡Ja!

—Serás crío. De la que me he librado.

—Eso, amiga. Con todos los tíos que hay... —Fiona señaló hacia el asiento que tenía detrás y Bernie miró tras Katey para encontrarse un morenazo con unos músculos más que evidentes. Para su sorpresa el tipo le guiñó un ojo y ella se sonrojó de gusto. Forzó una sonrisa antes de volverse. Cawley mosqueado estiró el cuello mirando al de atrás y se sintió genial sonriendo de oreja a oreja antes de suspirar de manera exagerada. El tío se inclinó hacia adelante para hablar. —Hola, ¿cómo te llamas?

Se giró ligeramente. —Bernadette, ¿y tú?

—Harry. Supongo que irás al crucero. Todos debemos ir allí.

—Sí.

—Espero que nos pongan en la misma mesa para la cena.

—¿La misma mesa?

—Siempre dividen a la gente en grupos para las cenas y así siempre cenan los mismos cada noche. Es para que tengan oportunidad de conocerse bien y hacer amistad.

—Vaya, no lo sabía. ¿Has hecho más cruceros así?

Él rio por lo bajo. —Eso suelen hacerlo en todos los cruceros.

—No lo sabía. ¿En qué trabajas?

—Soy entrenador personal.

Ella miró sus músculos sin poder evitarlo. —Sí, se te nota que estás en forma.

Harry se echó a reír. —Tú estás perfecta.

Se sonrojó de gusto. —Gracias. Salgo a correr todas las mañanas.

—Tus glúteos me lo han dicho a gritos. Están bien firmes. —Se puso como un tomate. —  
¿Te molesta?

—¿El qué?

—Que te haya mirado el trasero. —Se acercó más. —Es que eres una muñequita tan preciosa que es imposible quitarte la vista de encima. —Jamás le habían dicho algo así y sin poder evitarlo se puso como un tomate haciéndole reír. —Si quieres podemos salir a correr juntos por la mañana o lo que tú quieras. Hay otros ejercicios que también vienen bien.

—Oh, pues... Ya hablaremos —dijo algo incómoda. Vio a la azafata con el carrito—. La cena.

—Que aproveche, preciosa.

Se enderezó y miró a Cawley de reojo que parecía algo tenso por como cogía el periódico. Parecía que quería partirlo por la mitad. —¿Esto es normal? —susurró sin poder evitarlo.

—¿Qué esperabas? Vienen a ligar.

—Yo solo quería hablar un rato.

—Si no le hubieras admirado los músculos —siseó arrugando aún más el periódico.

—Es que se les ve a un kilómetro.

La miró como si fuera un desastre. —Nena, no bebas más.

—Sí, será lo mejor. —Sonrió a la azafata. —Gracias. ¿Un poquito de agua?

Le puso una botella al lado de la bandeja. —¿Y usted, señor?

—Yo otro de estos. Creo que lo necesito aún más que antes.

Hambrienta empezó a comer. No estaba nada mal para ser comida de avión. Se metió los guisantes en la boca y masticó mirando la pantalla que tenía delante. —Oh, echan lo que el Viento se llevó.

—Pues que bien.

—Es la mejor película de la historia.

—Pues no quedan juntos. Creía que eres una romántica.

—No la has entendido. Rhett la quiere, solo que está molesto y ella es muy orgullosa, pero

lo arreglará porque el amor siempre triunfa.

—Sí que eres una romántica. —Tragó la ternera. —Ella es una caprichosa que toda su vida ha manejado a los que tiene a su alrededor a su antojo y él creyó que podía dominarla y se llevó el chasco de su vida al darse cuenta de que no era así. —Cortó otro pedazo de carne y sonrió antes de metérselo en la boca.

Sin poder evitarlo miró sus labios y gruñó por dentro al darse cuenta de lo que estaba haciendo. —Lo que decía, eres un cínico.

—No lo has dicho.

—Pues lo digo ahora.

—No todas las historias acaban bien.

—¡Si se quieren sí! —Cortó su ternera y molesta se la metió en la boca sin saber por qué la fastidiaba tanto que pensara así.

—Pero es que Scarlett no le quería.

—Sí que le quería.

—Se pasó toda la película llorando por ese otro. El blando. Y cuando pudo haberlo conseguido...

—Se equivocó al creer que Ashley era el amor de su vida, sin darse cuenta de que lo que quería lo tenía en Rhett.

—Lo que decía, una caprichosa.

Ella miró la pantalla pensando en sus palabras. ¿Y si le estaba pasando lo mismo empeñándose en algo con él cuando igual lo que estaba buscando estaba en otro sitio? Giró la cabeza y Harry le guiñó un ojo. Gimió sintiendo que tenía un follón mental que no podía con él. Mejor cenaba y se quedaba calladita hasta que llegaran a Venecia porque todo aquello la estaba descolocando un poco. Era el alcohol, seguro.

Cuando terminó de cenar se puso cómoda. La azafata les recogió las bandejas y él la miró de reojo, pero Bernie estaba sumida en sus pensamientos. Debía conocerle algo mejor antes de saber si le gustaba o no. Había que ser realista. Durante ese año le había idealizado y eso era solo culpa suya. Y claro, le había conocido y se había decepcionado porque había destrozado su cuento de hadas al decirle de esa manera tan rotunda que se olvidara de él. Pero, ¿y si Paris y su hermana tenían razón y había conseguido llamar su atención? No debía darse por vencida. Si había ido hasta allí... Entrecerró los ojos, claro que no. Debía luchar por lo que quería. ¿Pero le quería a él? ¿Seguro, seguro? Gimió llevándose una mano a la frente.

—Si te duele la cabeza es mejor que te tomes algo.

Miró hacia él para ver que tenía un libro en las manos. Al reconocer la portada gimió. ¡Aquello no podía estar pasando! —¿De dónde has sacado ese libro?

—Normalmente se compran o se regalan. Creía que lo sabías teniendo en cuenta quien es tu abuela.

Gruñó otra vez viendo que estaba nuevo. —¡No lo leas! —Intentó arrebatarárselo de las manos, pero él la miró asombrado reteniéndolo.

—¿Perdón?

—Te daré el dinero. —Tiró de nuevo.

—Ni hablar. Es mío. Si quieres luego... —Sus ojos brillaron con malicia. —No puede ser.

—¡No lo leas!

—No está a tu nombre.

—Es un seudónimo.

Él se echó a reír. —Esto mejora por momentos. Ahora no me lo perdería por nada del mundo.

Ella soltó el libro mirándole con rencor. —Te estoy cogiendo una tirria...

—Eso es frustración sexual, nena. Por eso estás tan tensa —dijo abriendo la portada.

—¡No estoy tensa!

—A mi abuela —leyó con sorna—. Tu apoyo, tu fuerza y tu amor son los cimientos de todo lo que soy. Qué poético. Esperemos que no todo sea así. Odio la poesía.

—Tienes toda la pinta. —Gimió al ver que volvía la página y empezaba a leer. Dios, quería morirse de la vergüenza. Que alguien leyera tu novela, delante de ti además, era como quedarse desnuda en medio del avión y que todos la miraran. ¡Y encima tenía que ser él! Pensaba que el viaje había empezado bien, pero se estaba torciendo. ¡Y mucho! ¿Dónde estaban las descompresiones de cabina cuando se necesitaban? En ese momento se apagaron las luces y sonrió, pero él elevó el brazo sin dejar de leer y encendió la lamparilla.

—¿Una almohada? —preguntó la azafata a su lado.

—Sí, gracias. —Cogió la almohada. —Y una manta, por favor.

—Para mí lo mismo —dijo Cawley sin dejar de leer.

Bernie cogió su almohada y su manta y cuando la azafata se alejó se las tiró encima. Cawley reprimió la risa. —Al parecer tenemos malos humos.

—¡Qué te den! —Con mala leche abrió la bolsa de plástico que envolvía la manta y la extendió sobre su cuerpo antes de colocar la almohada en su cuello, pero no estaba cómoda, así que inclinó el asiento hacia atrás. Los asientos de primera eran un lujo que iba a aprovechar. Tumbada de costado miró su perfil mientras leía. Dios, era tan guapo que le robaba el aliento. Recreándose en cada uno de sus rasgos durante minutos ni se dio cuenta de que sus ojos se iban cerrando y poco a poco se quedó dormida pensando en todo lo que ese viaje le deparaba.

## Capítulo 5

Sintió que una mano rozaba su muslo y se fue despertando poco a poco para ver a Cawley en el asiento de al lado totalmente dormido. Se quedó en shock hasta que escuchó el sonido de los motores del avión y se dio cuenta de donde estaban. Ahí fue consciente de su posición. ¡Durante la noche había levantado las piernas y las había puesto sobre sus muslos! Y encima él tenía las manos sobre ellos. Hasta se había descalzado. Es que era para matarla. Su hermana siempre había dicho que cuando dormían en la misma cama era muy pesada, ¿pero su cuerpo tenía que traicionarla precisamente en ese momento?

Muy lentamente fue moviendo sus piernas para bajarlas de él y agarrándose en el reposabrazos se giró muy despacio para sentarse de frente sobre el asiento. Miró hacia abajo, pero no vio sus bailarinas. Mierda. Entrecerró los ojos porque no es que se viera demasiado y se agachó estirando el brazo para palpar el suelo.

—Están en este lado.

Cerró los ojos jurando por lo bajo antes de levantar la cabeza. Él exasperado se agachó por el lado de la ventanilla y sacó sus bailarinas. —Tienes una manera de dormir de lo más interesante.

Se las arrebató de las manos. —Gracias.

—No era un cumplido. El que tenga la desgracia de compartir tu cama morirá antes de que le llegue su hora. Has intentado agarrarme varias veces durante la noche.

Se puso como un tomate. —Menuda mentira.

—Hasta me has arañado. —Se bajó el cuello de la camiseta y jadeó asombrada al ver un

pequeño arañazo.

—Lo siento, yo... —Entrecerró los ojos porque nunca había hecho eso. —¿Seguro que te lo he hecho yo?

Él chasqueó la lengua levantándose. —Tengo que ir al lavabo.

—Oh sí, claro. —Muerta de la vergüenza apartó las piernas para que pasara. Esas bermudas no le hacían justicia a su trasero. Con los pantalones del traje se le veía mejor y se notaba que estaba prieto y firme. Le prefería con traje. Cuando se alejó ella miró su sitio y al ver su libro en el compartimento del asiento de enfrente se mordió el labio inferior. Vio una marca como a mitad del libro y sorprendida se preguntó si habría leído hasta allí. Se moría por saber lo que pensaba de él, pero ni loca iba a preguntar. Antes se tiraba del avión en marcha que escuchar cómo la destripaba. Porque lo haría. Vaya si lo haría. Era evidente que disfrutaría mucho poniéndola verde si le daba la oportunidad. Se levantó en silencio para no molestar y dobló las mantas antes de coger su bolso del compartimento superior para sacar su neceser de viaje. Miró su reloj y vio que quedaban dos horas de vuelo todavía, pero algunos ya empezaban a despertar. Cawley llegó en ese momento y se sentó en su sitio. Vio que sacaba su bolsa de viaje de debajo del asiento. Ahora ya sabía de dónde había salido el libro. Algo avergonzada aún fue hasta el baño con el neceser en la mano y entró en él. Después de usar el wáter, se aseó como pudo porque aquello era enano y se lavó los dientes. Se cepilló el cabello y como ya no iba a dormir se lo recogió en una cola alta. Intentando animarse cogió el rímel y se lo pasó por las pestañas de arriba. Casi nunca se maquillaba, pero era cierto que eso hacía parecer sus ojos más grandes. Sacó una barra de labios en un color nude y se la pasó por su grueso labio inferior. Tampoco quería unos labios rojos, porque era de mañana. Movié un labio sobre el otro para asentarlo y cogió su perfume rociándose el cuello y las muñecas. Sonrió cuando estuvo lista y salió del baño. En nada de tiempo estarían en Venecia y... Se detuvo en seco cuando vio que la azafata estaba hablando con Cawley y sonreía de manera poco apropiada. Se acercó lentamente para escuchar que ella decía —Sí, esta noche nos quedamos en Venecia.

—¿Quieres que quedemos? Seguro que tienes mucho que enseñarme...

Ella soltó una risita tonta y a Bernie se le retorció el corazón de la decepción.

—¿En qué hotel estás?

—En el Sheraton.

El mismo que ella. Se le hizo un nudo en la garganta diciéndose que era una idiota.

—Preguntaré por ti si tengo tiempo.

—Estupendo —dijo comiéndosela con los ojos antes de volver la vista y encontrársela detrás de la azafata.

Esta se volvió. —Oh, lo siento.

Forzó una sonrisa. —No pasa nada.

La chica se apartó guiñando un ojo a Cawley y Bernie se sentó a su lado porque no tenía más remedio. Miró a sus amigas que dormían profundamente. Si estuvieran despiertas al menos podría disimular hablando de otra cosa. Abrió el neceser aparentando que buscaba algo y sacó la crema de manos. Echándose la suficiente tendría para estar un rato entretenida.

—No está mal.

Le miró sorprendida. —¿Qué?

—Tu libro. No está mal. Es entretenido, que es más de lo que puedo decir de mucha mierda que he leído últimamente.

Ni ese cumplido inesperado pudo paliar lo mal que se sentía en ese momento. —Gracias. —Abrió el bote de crema y se la echó en las manos empezando a extenderla. Se masajeó las manos inquieta y miró a su alrededor porque no quería hablar con él. No quería ni verle. No sabía porque se sentía altamente traicionada. Una estupidez teniendo en cuenta que no había nada entre ellos, pero no podía evitarlo.

—¿Ocurre algo?

—No —respondió sin mirarle—. ¿Por qué?

—Parece que quieres salir corriendo. ¿Ha vuelto esa timidez? —preguntó con burla sonrojándola aún más.

—Puede. Una pesadez, ya ves —dijo mosqueada sin mirarle y se levantó para abrir el compartimento superior.

Él apretó los labios observándola guardar sus cosas y cuando se sentó de nuevo miró hacia la azafata que estaba colocando las tazas del desayuno en el carrito. Dios, se moría por un café. Sintiéndose observada cogió la revista que tenía en frente. —Creía que ya la habías leído.

Suspiró exasperada y le miró con ganas de soltar cuatro gritos. —Mira, no nos caemos bien, eso ya ha quedado claro. Hemos tenido la desgracia de coincidir en estos asientos. Una casualidad del destino que pienso subsanar en el futuro porque me has criticado y te has burlado de mí desde que me has dirigido la primera palabra. ¿En serio crees que quiero seguir manteniendo una conversación contigo?

Cawley se tensó y ella se dio cuenta de que no se esperaba el ataque, lo que le demostraba que no pensaba en sus sentimientos en absoluto. —Está claro que por las mañanas necesitas un café.

—Pues sí. Necesito un café y que no me hablen. A ver si tienes la delicadeza de mantenerte en silencio.

—No tengo ningún interés en mantener una conversación contigo.

Sonrió falsamente. —Entonces perfecto. Ninguno de los dos quiere hablar el uno con el otro, así que mantengámonos en silencio. —Miró la revista y pasó la hoja de mala manera.

—Lo que pasa es que estás celosa porque he quedado con Amber.

Se detuvo en seco porque eso era lo que le faltaba por oír para sacarla de sus casillas. Pero eso era precisamente lo que estaba buscando y no iba a darle el gusto. Tenía que ser más lista que él.

Cawley sonrió malicioso. —¿Qué pasa, nena? ¿Querías ser tú la que paseara en góndola?

Que preguntara eso le cortó el aliento porque era precisamente lo que había soñado esa noche. Sintió ganas de llorar de la rabia, pero su orgullo la hizo sonreír divertida. —Tranquilo, cielo... Seguro que puedo encontrar a alguien que pasee conmigo.

—Bernie... —Sorprendida miró a Katey que no tenía muy buena cara. —¿Tienes algo para el dolor de cabeza?

—¿Te encuentras mal? —preguntó levantándose en el acto para coger su neceser.

—No tenía que haberme tomado el segundo ron.

Luis se volvió y al ver lo pálida que estaba se levantó. Preocupada dejó que le hiciera unas preguntas a su amiga y Harry sonrió. —Seguro que no es nada.

—Eso espero.

—¿Quieres ir a dar ese paseo en góndola conmigo?

Sonrió sin poder evitarlo porque sabía que le estaba echando un cable. —Si mi amiga está bien...

Harry satisfecho dijo —Yo también estoy en el Sheraton, ¿y tú?

Asintió antes de mirar a Luis que tenía la mano en el cuello de su amiga que le miraba a los ojos fascinada. Ver cómo se enamoraba y que él le sonreía hablándole suavemente, la emocionó muchísimo y sin poder evitarlo rodeó a Luis para ir hacia los baños encerrándose dentro. Las lágrimas corrieron sin control por sus mejillas sin saber por qué. Estaba claro que nada estaba ocurriendo como ella había soñado. Todo iba mal y para colmo casi había quedado con Harry cuando Paris le había dicho que no podía fijarse en nadie hasta dos días después. Pero es que estaba harta de sentirse humillada a su lado. El muy cabrito lo había hecho a propósito. Se le cortó el aliento porque era evidente. Había quedado con la azafata cuando sabía que ella se enteraría, en lugar de hacerlo discretamente cuando había estado dormida o en otro momento. Aunque era soltero para hacerlo cuando le viniera en gana, la verdad. No... la había provocado

desde el principio. ¿Qué tío se acercaba a alguien para preguntarle si le estaba siguiendo? ¡A una acosadora sí, pero ella no le había acosado! Había que ser un egocéntrico de primera para pensar algo así. Vale que tenía razón, pero él no tenía por qué saberlo.

Gruñó recordando cada una de las pullitas que le había soltado desde que se había sentado a su lado. Y lo de la azafata era una pullita más. Se miró al espejo y gimió porque estaba hecha un desastre. El rímel se le había corrido. Se lavó la cara intentando controlar los daños y cuando terminó de echarse rímel de nuevo vio que sus ojos brillaban delatando sus lágrimas, pero al menos no estaban rojos. Salió del baño ya más tranquila y se acercó a Katey que estaba tomando una infusión. —¿Te encuentras mejor?

—Sí, Luis me ha dado una pastilla. —Sus ojos brillaron de la alegría. —Ha sido muy amable.

—Enseguida llegamos. El aire puro te vendrá bien.

—Sí, el ambiente está un poco cargado. —Fiona estiró los brazos y una de sus manos rozó el pelo de Donovan. —Buenos días, cielito.

Reprimió la risa por su descaro y al escucharle gruñir. Ese era del equipo Cawley, eso estaba claro.

Al volverse vio a Cawley muy tenso, pero ella se sentó ignorándole. Exasperada porque no había guardado el neceser lo dejó bajo el asiento. —Al parecer el mal humor por las mañanas lo reservas solo para mí.

Nada, que volvía a la carga. —Pregúntate por qué.

—Ya sé por qué. Te lo he dicho hace unos minutos. Porque estás celosa.

—Pues si estoy celosa y sabes que me molesta ¿por qué sigues restregándomelo? ¿Para tu satisfacción? —Le miró a los ojos y vio como él se enderezaba. —¿Ya estás satisfecho? Pues me alegro muchísimo por ti. Espero que disfrutes mucho de tu cita. ¿Podemos dejar ya el tema? Porque te he pedido que no me hables y sigues machacando.

Fiona se levantó con ganas de guerra. —Bernie, cámbiame el asiento.

La miró aliviada y se levantó de inmediato haciendo que Cawley se tensara aún más. Sus amigos las observaron muy serios mientras se sentaba al lado de la ventanilla sin dirigirle una sola mirada.

—Eso no era necesario —le dijo Donovan por lo bajo.

Ella le vio a través de la rendija entre los asientos, pero fue Katey la que contestó —No ha dejado de fastidiarla desde que salimos de Nueva York. Todo el mundo tiene un límite.

Luis le dijo algo a su amigo que le hizo volverse y Katey cogió su mano. —¿Estás bien?

—Sí. Solo estoy deseando llegar.

Su amiga la miró con pena porque sabía muy bien todo lo que la había ilusionado ese viaje. Reprimiendo las lágrimas miró por la ventanilla.

—Todo irá bien, ya verás.

Forzó una sonrisa para su amiga y sin poder evitarlo vio que Cawley la observaba muy cabreado. Avergonzada volvió la vista hacia la ventanilla y así se quedó hasta que le sirvieron el desayuno. Katey le preguntó que a dónde iba a llevarlas. Ella ya había estado en Venecia y tenían todo el día para disfrutar porque no embarcaban hasta el día siguiente por la mañana. —Quiero que veáis cómo soplan el vidrio. Hacen cosas realmente hermosas y por supuesto montaremos en góndola. ¿Queréis que cojamos el vaporetto por el canal grande?

—¡Sí! —exclamó Fiona ignorando a Cawley del todo.

—Veremos palacios y edificios maravillosos como Ca´d´Oro que es increíble. Pero quiero que paremos en Ca´Rezzonico. Es un edificio barroco que ahora es un museo. Os encantará.

—Al parecer lo conoces bien —dijo Luis interesado.

—Se pasó aquí todo un verano con su abuela hace unos años.

—Tiene allí a un autor que fue su amante —dijo divertida—. Dice que no hay como un

amante italiano para recomponerte. Estaba pasando por su segundo divorcio e iba un poco depre. Volvió como nueva y con una novela que vendió seis millones de copias.

Luis sonrió. —Así que fue un verano redondo.

—Fue perfecto —dijo más relajada—. Yo iba a empezar la universidad y fue nuestro primer viaje a Europa. Alucinaba con lo que veía. Es muy distinto a América, así que recorrí con mi hermana todo lo que pude. Lo pasamos tan bien que a partir de entonces todos los veranos nos íbamos las tres juntas. Elegíamos una ciudad y la callejeábamos. Comíamos en sitios a los que no iban los turistas y preguntábamos qué había que ver que estuviera escondido y no hubiéramos encontrado. Fueron unos veranos geniales hasta que Darla se casó.

—¿Darla es tu hermana? ¿La otra chica que come con vosotras?

—Son mellizas —dijo Fiona.

Donovan y Luis se volvieron y se echó a reír por su cara de pasmo. Sorprendentemente no le molestó. —Sí, no nos parecemos en nada.

—Pues no. Una tan rubia y otra morena... —dijo Luis pensativo.

—Yo me parezco a mi madre y ella a mi padre. Con los ojos de la abuela. Así que mis padres están encantados porque tienen de todo.

—Menos el chico —dijo Katey divertida.

—Bah... Nunca quisieron chicos.

—Ya que Cawley va a quedar por su cuenta, igual podemos ir con vosotras —dijo Luis antes de gemir mirando a Donovan como si quisiera matarle.

Todos miraron a Cawley que seguía leyendo el libro. Fiona le dio un codazo. —¿Vas a quedar con esa o no?

—Podéis hacer los planes que queráis. Yo ya tengo los míos.

Bernie apretó los labios antes de estirar el cuello hacia atrás y preguntarle a Harry —

¿Quieres venir con nosotros?

Este sonrió. —Claro. Me encantará ver Venecia con una guía como tú.

—Perfecto. —Gruñó metiéndose el resto del croissant en la boca.

Cuando aterrizaron se acercó a coger sus cosas del compartimento de arriba y Cawley se agachó para sacar su neceser. Se le cortó el aliento cogiéndolo de sus manos. —Gracias.

Él asintió sin responder y se levantó cogiendo su bolsa de viaje. No supo por qué, pero se sintió mal. —Si quieres venir...

—Como ya he dicho, tengo planes. Espero que lo paséis muy bien —dijo con ironía.

—Igualmente. —Se volvió con su bolso en la mano dispuesta a seguir la fila y se puso tras ella lo que le provocó un nudo en la garganta al sentirle tan cerca. Avanzó unos pasos por el estrecho pasillo y cuando llegó a la azafata esta la esperaba con sus bolsas. —Gracias —dijo más seria.

—Es un placer. Espero que el vuelo haya sido de su gusto —dijo mecánicamente comiéndose con los ojos a Cawley que esperaba para salir.

Gruñendo salió del avión y caminó hasta sus amigas que la estaban esperando. Llegaron a la recogida de equipajes y vio a los chicos al otro lado de la cinta. Luis sonrió y ella correspondió a su sonrisa mientras que Donovan hablaba muy serio con Cawley que la observaba fijamente.

—Perdona, esta es la mía.

Se volvió sorprendida y Harry sin quitarle ojo agarró su maleta. Ella vio que no era muy grande para diez días. —Viajas ligero.

—Recurro mucho a la lavandería.

—Chico listo. —Vio su maleta y antes de poder cogerla ya lo había hecho él. —Se sonrojó

por su galantería. —Gracias.

—No hay de qué.

Cuando sus amigas recogieron sus maletas con su ayuda se dirigieron a la salida. Fiona le dijo por lo bajo —Se nos va a acoplar. Luis ya ha puesto mala cara. —Miraron sobre su hombro para ver como Harry hablaba con Katey que ni se había dado cuenta.

—No podía dejar de invitarle. Me parecía grosero no hacerlo.

—Si Cawley hubiera venido, ni lo habrías pensado siquiera.

Puede que tuviera razón, pero no lo reconocería ni muerta. —¿Qué más te da? Vienen Donovan y Luis. Para vosotras perfecto. No voy a ser la quinta en discordia.

Su amiga se encogió de hombros. —Tú misma. Pero a Cawley no le ha gustado nada. Le he escuchado gruñir cuando se lo has propuesto.

—Pues no sé por qué le molesta cuando ha quedado con esa. —Muy tiesa miró hacia atrás para cerciorarse de que los chicos venían detrás.

—Es que los tíos son muy raros. Mira Donovan. Le he visto mirarme el culo un par de veces, pero no hace más que gruñirme. —Su amiga levantó sus cejas interrogante. —¿Tú qué opinas?

—Que es tan imbécil como Cawley.

Fiona hizo una mueca. —Al menos el mío no ha quedado con nadie.

Luis se acercó a regañadientes y algo incómodo dijo —Venía a deciros que al final vamos por nuestra cuenta. ¿No os importa, verdad? —La cara de decepción de Katey fue evidente mientras que Fiona miró cabreada a Donovan. —Es que hemos decidido salir los tres juntos.

—Con amigas de la azafata —dijo Fiona sin cortarse—. Bueno, vosotros os lo perdéis. —Molesta se volvió y dijo —Chicas, allí está el cartel del hotel.

Katey pasó ante él sin decir una palabra obviamente decepcionada y parecía que Luis

quería decirle algo, pero no se atrevió. La rabia la recorrió y dijo molesta —Que lo paséis muy bien.

—Así que sois todas para mí —dijo Harry encantado antes de pegarle una palmada en la espalda a Luis que por poco le tira—. Joder tíos, qué mal gusto tenéis. —Riendo se acercó a ella y dobló su brazo. —¿Vamos, preciosa? Venecia nos espera.

Cogió su brazo y sonrió. —Por supuesto.

Se acercaron a la chica a la que sus amigas ya le habían dado sus nombres. Harry dio el suyo y les indicó que subieran al autobús azul que ponía número cuatro.

Estaban entregando sus maletas al conductor cuando aparecieron los chicos, pero muy dignas subieron al autobús. Harry se sentó a su lado.

—¿Y dónde trabajas? —preguntó intentando ignorar como se sentaban delante, lo más alejados de ellas que podían.

—Soy freelance. Trabajo solo con quien quiero.

—Y con quien puede pagarte.

—Eso también.

Rio por lo bajo. —¿Alguna famosa?

—Alguna. Pero son unas vagas...

—¿De veras? Creía que se tomaban muy en serio eso de las dietas y el ejercicio para mantener el tipo.

—Qué va. Tengo que cabrearme continuamente porque no dejan el puñetero móvil.

—Oh, el móvil. —Lo sacó haciéndole reír y le miró de reojo. —No soy una obsesa. Pero es por si me llama mi familia.

—¿Tienes redes sociales?

—No, por Dios —dijo con horror—. Yo a mis amigos les llamo por teléfono y nos vemos

cara a cara.

—Una chica como las de antes. Yo tampoco tengo.

—Odio estar en una conversación y que todos saquen sus móviles para chatear con otras personas.

—Nosotras nunca hacemos eso —dijo Katey metiendo baza tras ellos—. Nos lo prometimos hace tiempo.

Se pusieron los cuatro a hablar sobre ese tema y se rieron con Harry de las veces que había obligado a sus clientas a sacarse el móvil de las mallas. Una incluso se lo metió entre los pechos para ver si no se lo pillaba. Y los tenía enormes. Se echaron a reír y los chicos las fulminaron con la mirada, pero siguieron charlando como si no se hubieran dado cuenta.

En la recepción del hotel Harry ya con la llave en la mano dijo que bajaba enseguida y las tres más relajadas subieron en el ascensor con sus maletas minutos después. En cuanto las puertas se cerraron Katey dijo —Es majo. Y está buenísimo.

—Sí, pero le gusta Cawley. —Fiona levantó una ceja. —¿O no?

Miró las luces y las puertas se abrieron. Salió sin decir palabra y sus amigas se miraron con los ojos como platos antes de correr tras ella. —¿Te gusta?

—Es la setecientos tres —dijo mirando la tarjeta antes de buscar las placas del pasillo.

—No me fastidies. Me he gastado una pasta en estas vacaciones —protestó Fiona.

—Si estás encantada. Te mueres por Donovan, no disimules.

Fiona fulminó a Katey con la mirada. —Podría ligármelo en Nueva York.

—Ya, claro.

Corrieron hasta Bernadette que estaba abriendo la puerta de su habitación. Las dos se quedaron en la puerta esperando su respuesta. Suspiró sentándose en la cama. —Harry nos espera. Así que una ducha rápida y...

—¿Qué te pasa? —Fiona entró en la habitación dejando su maleta en el pasillo. —¿Te ha decepcionado?

—¿Tú qué crees?

Fiona se sentó a su lado. —No ha reaccionado muy bien. Lo que nos contaste del aeropuerto fue un poco fuerte.

—Y se ha comportado como un idiota con ella durante todo el vuelo —añadió Katey—. Y ha quedado con otra, que es para matarle.

—No sé... —Se pasó las manos por la cara. —Tenía tanta ilusión por conocerle y todo ha salido al revés.

—Quedan muchos días. Mi hermano odiaba a su mujer antes de empezar a salir juntos y ahora adora por donde pisa.

—¿Crees que me odia? —preguntó horrorizada.

—¡No! —exclamaron sus amigas.

—Se molestó cuando quedaste con Harry —dijo Fiona rápidamente.

—Y ha hablado mucho contigo cuando con mantenerse callado... esa mujer del aeropuerto te dio la clave. Tienes que insistir. No te rindas ahora. Yo no me voy a rendir con Luis. Me gusta. Si ha quedado con otra, ya se arrepentirá. —Se acercó y se agachó ante ella. —¿Sabes una cosa? El día que fui a recoger los billetes, la chica me dijo que si quería algo en el barco soltara una propinilla. —Ambas la miraron muy interesadas. —Ya podéis soltar la pasta porque si no quieren vernos nos van a ver hasta en la sopa. —Soltó una risita. —Empezando por la cena todos los días. Cuando Harry lo dijo pensé que era perfecto.

—¿Quieres sobornar a alguien para que nos los asignen en la cena?

—Pues sí.

—Es una idea buenísima —dijo Fiona abriendo su bolso—. ¿Cien pavos serán

suficientes?

—La que podía ligárselo en Nueva York. —Katey le cogió la pasta a toda prisa levantándose. —Bueno, voy a ducharme y a ponerme mona. Por si me lo encuentro por ahí.

—Yo también.

—Chicas, nada de tacones que vamos a patear. —Bernie las vio salir de su habitación y suspiró. Se levantó para tumbar la maleta, pero miró las bolsas con las cositas que había comprado. Se acercó y abrió una de ellas sacando un mono de pantalón corto en color azul eléctrico. Se mordió el labio inferior. Sus amigas y Paris tenían razón. No debía darse por vencida.

Tiró el mono sobre la cama y se quitó la camiseta para ir hacia el baño. Un movimiento la hizo mirar hacia la puerta para ver a Cawley pasar ante ella tirando de su maleta. Distraído miró hacia allí y ella chilló cubriéndose los pechos roja como un tomate sin saber dónde meterse de la vergüenza. Él chasqueó la lengua deteniéndose para mirarla de arriba abajo sin cortarse, antes de fulminarla con la mirada y estirar el brazo para cerrar la puerta de golpe como si no le gustara nada el espectáculo. Las mataba. ¿Cómo se les ocurría dejar la puerta abierta? Iba a pensar que estaba desesperada. Gimió yendo hacia el baño. Aquello empeoraba por momentos.

## Capítulo 6

Salieron del local donde soplaban el vidrio cargadas de bolsas. Sus amigas se habían vuelto locas comprando cosas para ellas o para sus familias. Harry también había comprado algo.

—Gracias, me ha encantado.

—Me alegro mucho. ¿Qué has comprado?

—Un regalo para mi hermana. Un pez. Le encantan los peces. Tiene un acuario enorme.

—Me encantan, pero como estoy de alquiler no me atrevo a comprar uno.

—Puedes empezar con uno pequeño. Mi hermana lo hizo así hasta que se volvió loca. Ahora tiene uno que le cubre toda una pared —dijo divertido.

—¿De veras? Qué envidia.

—Se pasa limpiándolo horas. Pero he de reconocer que es precioso. Incluso tiene un sistema para dar de comer a los peces si se va de vacaciones. Hasta los vigila por una cámara y si no está en la ciudad y ve algo raro, me llama para que vaya a contarlos.

Se echó a reír. —¿De veras? —Cruzaron un puente y había varios gondoleros. —¿Nos subimos?

—Sí —dijo Fiona emocionada—. No podemos irnos sin subir en góndola.

—Por favor, señoritas... —Harry las ayudó a subir y se sentó a su lado.

—Venecia es precioso —dijo Katey—. Y muy romántico.

Harry pasó el brazo tras ella y se sintió algo incómoda. Se sentía muy a gusto con él, pero como un amigo. Era muy atractivo, eso no podía negarlo, pero de ahí a tener algo con él... Debió sentir que estaba incómoda y quitó el brazo. Ella le miró avergonzada. —Lo siento.

—No, lo siento yo. Me pasé en el avión al lanzarme muy rápido y ahora he vuelto a hacerlo. Y tú no eres como muchas otras que van a lo que van. Tú sí que has venido a buscar una pareja de verdad. Discúlpame.

—No he venido a buscar una pareja cualquiera —susurró viendo como sus amigas señalaban edificios. La atmósfera era realmente romántica porque justo en ese momento empezaba a atardecer—. No sé si me entiendes.

—Cawley.

—Lo siento.

—¿Por utilizarme para darle celos? —preguntó divertido—. No te preocupes, me lo imaginaba desde el principio. Así que le conocías.

—Durante un año hemos coincidido en la misma cafetería para comer.

—Y él se ha dado cuenta de que te gusta.

—No está ciego.

—Ahora entiendo que haya quedado con otra teniéndote a ti. Está cabreado. —Le miró sin entender. —A los tíos nos gusta tomar la iniciativa, Bernie.

—Ya, pero él no la tomaba. —Harry se echó a reír a carcajadas. —¡No tiene gracia! Ni me dirigió la palabra en un año y de repente se me planta en el aeropuerto para preguntarme si le estaba siguiendo. Me quedé de piedra. Y encima me dice que me olvide, que eso no va a pasar jamás ni cubierta de oro.

—¿Se lo estás contando? —preguntó Fiona antes de mirarla exasperada—. ¿Es que no sabes seguir una estrategia?

—¿La estrategia soy yo?

—Bueno, eres parte de ella.

Las miró una por una. —Ya entiendo. —Señaló a Katey. —¿Luis? —Esta asintió antes de

que él mirara a Fiona. —Y el otro borde que no sé cómo se llama.

—Donovan. Se llama Donovan y no sabe que lo que quiere soy yo.

—Así que os habéis embarcado en este viaje con un objetivo claro cada una.

—Bueno, nosotras tonteábamos con otros porque no lo veíamos claro. La única que estaba enamorada era Bernie.

Se puso como un tomate. —Una tontería porque no le conocía.

—Pues para no conocerle ni interesarse por ti como te ha dicho, bien que te soba cuando duermes. —Dejó caer la mandíbula del asombro. —Oh, sí... Fui al baño y él estaba leyendo, por eso me di cuenta de que estabas dormida porque tenía su luz encendida. Al regresar te moviste incómoda y subiste las piernas, pero no encontrabas donde colocarlas por el reposabrazos. Él lo subió y te cogió las piernas poniéndoselas encima. Sentado en mi asiento vi cómo te acariciaba la pantorrilla un rato mientras leía. —Se echó a reír por su cara de pasmo. —Por eso por la mañana dudé en si erais pareja, porque él se comportaba como si lo fuerais hasta que te levantaste cabreada. Creía que era porque estaba ligando con otra, pero después me di cuenta de que no estabais juntos.

—Leche... —susurró Katey antes de reír—. ¡Le gustas!

—Pero en cuanto despertó quedó con esa...

—Quizá le da vergüenza reconocer que le gustas después de decirte que no. No sé los detalles, pero tiene toda la pinta. Si es orgulloso...

—No lo sé. —Suspiró desilusionada. —En realidad no le conozco.

—Pues tienes diez días para conocerle.

—Así se habla —dijo Fiona sonriendo.

—Tú sí que lo tienes difícil.

—¿Tú crees? Se resiste, el muy capullo.

—Pero te ha mirado el culo. Eso es un índice.

—¡Lo sé! Me he dado cuenta.

—La que lo tiene más fácil es Katey.

—¿Eso crees? —Ilusionada se llevó las manos al pecho. —Es tan mono. Tan atento.

—Y por ahí puedes tirar. —Le miraron sin comprender. —Es médico, ¿no? Le gusta cuidar a la gente.

Katie entrecerró los ojos. —Entiendo.

—¿Pero eso no os gusta a todos? —preguntó Fiona.

—Estamos programados para ser protectores con nuestra gente. Si un tío no te ayuda es que no le interesas en absoluto.

—Como cuando nos recogiste las maletas. —Katey entrecerró los ojos. —Lo voy pillando.

—Tampoco nos gustan esas tías que se quejan por todo. —Las tres asintieron. —Pero vosotras no sois así. —Negaron las tres a la vez. Rio divertido. —Estoy por pedir vuestra mesa para ver cómo acaba esto. Pero ya sois seis.

—¿Son de seis? —preguntó ansiosa.

—Creo que las hay más grandes. Depende del barco. Pero estorbaría.

—Harry...

—Además yo también quiero encontrar mi media naranja.

—Lo siento. Estoy muy avergonzada.

—Eh... Algo bueno va a salir de esto. Podemos ser amigos, ¿no?

Sonrió encantada. —Claro que sí. Y si quieres que salgamos a correr...

—Estupendo. ¿Dónde vamos a cenar?

—Os vais a morir al ver el sitio donde os voy a llevar.

El dueño del local la reconoció enseguida por su cabello y le preguntó por su abuela. A todos les encantó el sitio, donde los camareros iban vestidos como en el siglo dieciocho y todo estaba decorado de la misma manera. Era realmente fastuoso representando el carnaval y para que se metieran en el ambiente el dueño les regaló a las chicas unas máscaras hermosísimas y a Harry una de arlequín. Lo pasaron estupendamente.

Cuando horas después entraron en el hotel riendo aún con las máscaras puestas y fueron hacia los ascensores, Bernie vio a Luis en el hall mirando unos folletos en un expositor. Le dio un codazo a Katey que se volvió para mirar hacia allí. —Chicos... Os veo mañana.

—Pásatelo bien. —Observaron cómo se acercaba a él y se hizo el sorprendido antes de sonreír llevando la mano a su máscara y acariciando su encaje. Sus dedos acariciaron su sien provocando que Katie sonriera emocionada.

—Oh, qué bonito —dijo Fiona suspirando con exageración.

Harry las cogió de la mano metiéndolas en el ascensor. —A la cama, señoritas. Mañana nos vamos de crucero.

Se pusieron a hablar las dos a la vez sobre lo que pasaría a partir de ahora. Rieron muy contentas por su amiga y Harry las acompañó casi a hasta la puerta de su habitación cuando se abrió una puerta al final del pasillo y vieron como una mujer salía riendo con la chaqueta y los zapatos en la mano. Todos perdieron la sonrisa de golpe al reconocer a Amber, la eficiente azafata que era obvio que había ido a servir a Cawley a su habitación. Pasó ante ellos a toda prisa y no se cortaron en mirarla. Sabía que había quedado con ella, pero verla salir de su habitación fue como una puñalada. Sin decir palabra sacó la tarjeta de su habitación y la metió en la ranura.

—Bernie... —Harry se acercó preocupado.

—No pasa nada. —Levantó la vista hacia él y forzó una sonrisa. —¿Nos vemos mañana para el desayuno?

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, ¿a las ocho? Embarcamos a las diez.

Harry apretó los labios. —A las ocho es perfecto.

—Hasta mañana.

—Bernie, si quieres...

Miró a Fiona entrando en la habitación. —Estoy bien. Ya lo sabía. No iban a quedar para jugar a las cartas precisamente. No quiero pensar en ello. Me voy a la cama que estoy agotada.

—Hablamos mañana.

—Buenas noches. —Cerró la puerta y se negó a llorar por algo que ya sabía que iba a pasar. Se iba a ir a la cama y mañana era otro día.

Se duchó y se lavó el cabello intentando relajarse, pero no lo conseguía. Mientras se ponía un camisón de seda rosa que le llegaba por los muslos pensó en tomar una pastilla para dormir, pero no le gustaba recurrir a esas cosas, así que estuvo dando vueltas en la cama media noche. Escuchó llegar a Katie riendo y sonrió alegrándose por ella. Se puso boca arriba y suspiró apartándose el cabello del rostro. Se levantó y fue hasta la ventana apartando las cortinas para ver la ciudad. Abrió la ventana dejando que la brisa le diera en la cara y apoyó los codos en el alféizar mirando el canal. La luna se reflejaba en el agua y era precioso. Al mirar a su derecha vio que había una luz encendida varias habitaciones más allá. Uno de los visillos estaba moviéndose por el aire y vio una mano cogiéndolo para cerrar la ventana. Frunció el ceño por el reloj que llevaba ese hombre. Contó las ventanas y a toda prisa entró en la habitación contando las suyas para ver que había dos. Volvió a sacar la cabeza contando las que tenía a su derecha hasta el final del edificio. Ocho y el brazo había salido de la número seis. Entrecerró los ojos porque no le cuadraba y a toda prisa corrió hacia la puerta contando las que estaban a su lado del pasillo.

Cuatro. La azafata había salido de la cuarta habitación contando desde la suya. Se le cortó el aliento. Cuatro por dos ocho. Ocho no seis. No podía ser... Se mordió el labio inferior porque según sus cálculos él no debería estar en la última habitación. Dejando la puerta abierta caminó de puntillas hasta la tercera puerta y se agachó viendo luz bajo ella. ¡No se había confundido, Cawley estaba en esa habitación porque era la que tenía la luz encendida! Entonces la azafata... Jadeó enderezándose y apoyando el trasero en los talones. Volvió a agacharse ante la puerta aún incrédula cuando esta se abrió de golpe. Gimió viendo unos pies desnudos ante ella y queriendo morirse levantó la vista recorriendo las piernas hasta llegar a unos bóxer negros de lo más sexy. Casi se murió de la impresión por esos abdominales y ese pecho hasta llegar a su rostro que parecía a punto de soltar cuatro gritos. Carraspeó levantándose de golpe. —¿Te he despertado? Lo siento.

—Nena, ¿qué estás haciendo ahí a las cuatro de la mañana? —preguntó cabreadísimo.

—¿Sabes dónde está la habitación de Luis? Es que no puedo dormir y como es médico... ¿Pero es tan tarde? —preguntó como si no tuviera ni idea—. Uy, mejor no le molesto. —A toda prisa se giró para largarse, pero él la cogió por la muñeca metiéndola en la habitación. Sin aliento vio que cerraba la puerta y se volvía para mirarla de frente. —Creo que has malinterpretado lo que está pasando. —Forzó una sonrisa.

—¿Me estabas espiando?

—No. ¿Sabes quién está en la habitación de al lado? —preguntó señalando el tabique.

—¿Querías ver a Donovan? —preguntó incrédulo.

—¡No! —exclamó con cara de horror.

—Así que querías ver a Luis.

—Eso. Quería ver a Luis.

Dio un paso hacia ella. —Te cae muy bien, ¿verdad?

—¿Bien cómo? —Miró a su alrededor y vio su libro abierto sobre la cama. —Oh, que

estabas leyendo... Pues te dejo que seguro que estás en lo mejor y no quiero molestar. —Intentó esquivarle, pero Cawley le cortó el paso. Se puso como un tomate. —¡Vale!

—¡Estoy esperando una explicación para tu comportamiento de desquiciada!

—¡Vi a la azafata salir de la habitación de al lado! —Se cruzó de brazos levantando la barbilla.

Cawley entrecerró los ojos. —Viste a Amber salir de la habitación de al lado.

—¡Esa!

—¿Y? —Amenazante dio un paso más.

—Pues eso.

—¿Pues eso qué? ¡Ya puedes explicarte porque estoy a punto de llamar a seguridad!

—Pues que vi tu reloj en la ventana hace un momento y no me cuadraba.

—¿No te cuadraba qué?

—¡Qué la ventana no correspondía a la puerta! ¡Está muy claro!

La miró como si fuera una chiflada peligrosa y la señaló con el dedo. —Espera un momento. —Rodeó la cama para ir hasta el teléfono de la mesilla y ella chilló saltando sobre el colchón para arrebatárselo, pero no pudo. —¡Nena, se te está yendo la cabeza!

—¡Creía que te habías acostado con ella! ¡Al ver tu reloj, quería saber si esa era tu habitación o no porque no me cuadraba! ¡Ni se me había pasado por la cabeza que se acostara con Donovan!

Cawley la miró a los ojos y lentamente colgó el teléfono. Sinténdose una estúpida se sonrojó con fuerza porque no hacía más que hacer el ridículo. Saltó de la cama y corrió hasta la puerta abriéndola tan rápido como podía. Cuando llegó a su habitación cerró a toda prisa y suspiró del alivio apoyando las manos sobre la madera intentando controlar la respiración. — Estupendo, ahora sí que piensa que estás chiflada.

Dos golpecitos en la puerta la sobresaltaron y con el corazón a mil preguntó casi sin voz —¿Si?

—Bernadette abre.

—Ya hablamos mañana —dijo muy nerviosa.

—Abre la puta puerta.

Gimió girando el pomo y allí estaba ante su puerta en albornoz. —Mira... creo que no lo has entendido.

—¿No?

—No, no lo has entendido, aunque te lo he dejado muy claro.

—No quieres nada conmigo. ¿Es eso?

—¡Sí, básicamente sí! Tienes que dejar de comportarte como una loca.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y asintió. —Vale.

La miró como si quisiera matarla. —No hagas eso.

—¿El qué?

La cogió por la nuca y la besó ansioso agarrándola por la cintura con el otro brazo para elevarla. La metió en la habitación antes de cerrar la puerta con el pie. Maravillada por sentir sus labios, respondió a su beso acariciando su lengua y él gruñó pegándola a la pared antes de besarla como si la necesitara. Mareada de placer acarició su cuello entregándose y sintió su mano acariciando su muslo. Deseando mucho más Bernie elevó su pierna rodeando su cintura y en respuesta su mano acarició la suave piel de su muslo hasta su trasero. Gimió por la necesidad que la recorrió de arriba abajo y Cawley sujetándola por el trasero la llevó hasta la cama tumbándola sin que dejaran de besarse como posesos. Él se quitó el albornoz de malos modos sin apartar sus labios y Bernie acarició su pecho desesperada por tocarle. Le necesitaba y cuando él se tumbó sobre ella fue la mejor sensación del mundo. Sus labios, su piel, su olor, todo era tan maravilloso

que se moría por más. Entrelazaron sus piernas y con el pie acarició su muslo con pasión antes de rodear sus caderas casi gritando de la alegría cuando sintió su sexo rozando el suyo a través de su calzoncillo. Cawley apartó su boca con la respiración agitada metiendo la mano entre ellos y Bernie gritó de la sorpresa cuando entró en ella de un solo empujón. —¿Todo bien? —preguntó con voz ronca mirándola a los ojos.

—Sí —susurró sin aliento antes de que se moviera en su interior. Apoyándose en sus antebrazos Cawley entró en ella de nuevo antes de volver a besarla con una pasión que hizo que se olvidara de todo excepto de lo que le hacía sentir. Con cada dura embestida fue necesitando más y más hasta que tensa como un arco gritó en su boca apretando la almohada entre sus manos, justo antes de que el mayor placer que había conocido en la vida hiciera explotar todo su cuerpo con una intensidad que la dejó sin aliento.

Le costó unos minutos recuperarse y sonrió girándose para tocar el colchón vacío. Abrió los ojos para ver que estaba sola en la cama y sorprendida se sentó sobre el colchón mirando su habitación. —¿Cawley? —Se levantó de un salto y fue hasta el baño para darse cuenta de que se había ido. Se quedó helada mirando el mármol rosa. No se lo podía creer. La había dejado sin decirle ni una sola palabra. Se llevó la mano al cuello sin saber ni cómo reaccionar. En shock regresó a la cama para ver la sangre que delataba su virginidad. Se tapó la boca aún impresionada por su manera de tratarla y temió haber cometido el mayor error de su vida. Mirando esa maldita mancha no pudo retener las lágrimas, porque jamás se hubiera imaginado por cómo le había hecho el amor que para él fuera menos que nada. Sus sentimientos no le importaban en absoluto y asqueada consigo misma por haber sido tan estúpida, sintió como la bilis subía por su garganta. Sollozando corrió hacia el baño reprimiendo una arcada. En apenas unos minutos había pasado del cielo al infierno y no lo entendía.

## Capítulo 7

Entró en la sala del desayuno y forzó una sonrisa yendo hasta la mesa donde estaban sus amigos. Katey aún no había llegado, pero Harry y Fiona estaban allí hablando animadamente. — Buenos días.

Fiona sonrió, pero perdió la sonrisa poco a poco al ver que estaba pálida bajo sus gafas de sol.

Harry levantó una ceja. —¿Qué ha pasado?

—Nada. —Miró al camarero y dijo —Un zumo de naranja, por favor.

—Enseguida, signorina.

Fiona alargó la mano y cogió la suya sobre la mesa. —Si es por lo de la azafata...

Mierda, hasta ese momento estaba tan preocupada por ella misma, que no había pensado en lo que sentiría Fiona al enterarse de que había sido Donovan quien se había acostado con Amber. —Me ha afectado un poco, pero no pasa nada.

Fiona asintió. El sonido del teléfono de su amiga les interrumpió y ella dio las gracias al camarero que le servía el zumo. —Grazie.

—Prego.

El chico se alejó y mientras Fiona contestaba Harry la miró atentamente. —¿Has dormido algo?

Decidió ser sincera. —No. —Bebió de su zumo antes de mirar todas las cosas sabrosas que había sobre la mesa, pero ella tenía cerrado el estómago. No sería capaz de probar bocado.

—Katey baja ahora. Se preguntaba dónde estábamos.

Suspiró apoyando un codo sobre la mesa. —Perfecto.

Fiona y Harry se miraron de reajo. —Ya verás como todo mejora.

—No. No lo creo. Pero da igual.

Harry muy tenso dijo —Come algo. Necesitas azúcar para reponerte.

Sonrió sin poder evitarlo. —Esto no se soluciona con azúcar. —Perdió la sonrisa poco a poco mirando su zumo. —¿Qué coño hago aquí?

—Estamos de vacaciones —dijo Fiona intentando animarla—. Esta noche ni te acordarás de esto. Debes tener en cuenta que en realidad no has tenido nada con él, así que lo de la azafata no cuenta. —Harry carraspeó antes de beber de su café. —¡No cuenta!

—Sí que cuenta. Ya la conocía. Si a mí me gusta una mujer y se acuesta con otro paso página. Es así de simple. Si se acuesta con él es que no le gusto lo suficiente.

—Pero se acaban de conocer. Es lógico que si no la quiere haga su vida. Hay que diferenciar entre sentirse atraído y enamorarse. Es distinto. —Su amiga la miró a los ojos. —No te rindas.

—Estoy empezando a cansarme de esa frase.

En ese momento llegó Katey y gimió levantando la vista sin saber si iba a soportar su felicidad, pero para su sorpresa se sentó furiosa dejando el bolso en el suelo. —¡Café! —Apoyó los codos sobre la mesa pasándose la mano por las sienes. —Puto limoncello, putos spritz y puto todo.

—Puff, menuda mezcla. Y los spritz se suelen tomar de aperitivo, guapa.

La fulminó con sus ojos azules enrojecidos de la resaca. —¿Por qué llevas las gafas? ¿Os fuisteis de juerga?

—¿Te acostaste con él? —preguntó Fiona yendo al grano.

Harry reprimió la risa al ver que se ponía como un tomate haciendo juego con sus ojos. —

Esta ha caído.

—Así que ayer triunfaste, pillina. —Fiona mordió su tostada. —¿Y qué tal?

—¿Qué tal? ¿Qué tal? —preguntó más alto alterada.

—Katey, nos están mirando —dijo Harry entre dientes.

—El muy capullo me dejó a medias. —Los tres dejaron caer la mandíbula del asombro. —

Terminó y dijo: “Vaya”. Me quedé tan pasmada que no pude soltar palabra. Y encima se va sin acabar con el rabo entre las piernas. Nunca mejor dicho.

—Vaya —repitió Fiona haciendo asentir a su amiga—. Menudo capullo. —Miró de reojo a Harry que carraspeó.

Bajo las gafas entrecerró los ojos por esa mirada cómplice que la noche anterior no estaba ahí. —¿Os habéis liado?

Harry silbó y levantó la mano hacia el camarero. —Otro café, por favor.

Asombrada miró a Fiona que se encogió de hombros. —Tú no lo querías. Pobrecito, me dio pena.

—Preciosa, eres buenísima para mi autoestima.

Fiona le guiñó un ojo coqueta y asombrada vio que Harry reía. —Sí, ayer estaba loco por ti, pero ha entrado en razón.

—¿Y Donovan? —Katey gimió cuando recibió una patada por debajo de la mesa.

—Ella también ha entrado en razón —dijo Harry antes de besarla suavemente en los labios dejándole delante su taza de café—. Chicas, os dejo un momento. Aún no he podido terminar la maleta.

—Es que le he distraído.

Harry se echó a reír alejándose y asombradas miraron a Fiona. —Mira, la vida es demasiado corta como para esperar que un tío se dé cuenta de que existes cuando hay tantos por

ahí. —Al darse cuenta de lo que había dicho la miró. —No quería decir... La única excepción es si le quieres. Entonces hay que ser machacante hasta que se dé cuenta.

Suspiró quitándose las gafas. —Me he acostado con él.

Sus amigas dejaron caer la mandíbula con una cara de pasmo que no podían con ella. —¿Cómo? —preguntó Fiona asombrada—. Y después de lo de...

—Fue Donovan el que se acostó con ella. No te lo quería decir por si te molestaba... Cawley estaba en la habitación de al lado.

—Leche. —Katey se acercó más. —Por tu cara veo que no fue bien.

—Se fue antes de que me repusiera. Ni me di cuenta.

—Tía, debió dejarte en coma. —Fiona la miraba asombrada antes de fruncir el ceño. —¿Pero no dijo nada? ¿Simplemente se fue? —Asintió antes de beber lo que le quedaba de su zumo. —Menudo cabrón.

—¿Pero no te comentó nada? ¿Le dijiste que eras virgen y que llevabas toda la vida esperando ese momento con alguien realmente especial?

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —No me dio tiempo. Nos metimos en faena y...

—Catapum.

Asintió alargando la mano y cogiendo el café de Fiona. Su amiga llamó al camarero. —Más café. Para todas.

—Enseguida, signorina.

En cuanto el camarero se alejó después de servirles Fiona dijo —No me puedo creer que se largara después de desvirgarte.

—Fiona... —Katey la advirtió con la mirada.

—Es que no puedo creérmelo. ¿Ese tío no tiene ninguna sensibilidad?

—No sé lo que está pasando. Llevo un año, un maldito año soñando con él y ese sueño me

ha estallado en la cara.

En ese momento entraron los chicos en el comedor y reprimiendo las lágrimas se puso las gafas a toda prisa, viendo de reojo como se sentaban en una mesa a su derecha. Cawley, que ese día llevaba unas bermudas azules y una camiseta blanca, ni le dirigió una sola mirada. Luis apretó los labios antes de acercarse. —Buenos días.

Katey se levantó muy tensa y cogió su bolso. —Buenos días y adiós. Vamos, chicas.

Se levantó en silencio cogiendo su bolso y al salir miró hacia su mesa sin poder evitarlo para encontrarse con los ojos de Cawley que estaba muy tenso.

Al llegar al hall Katey levantó los cien pavos y Fiona se los cogió rápidamente. —Que les den.

Tres horas después estaba sentada en una hamaca tomando el sol e intentaba ignorar como Harry se comía a besos a Fiona desde hacía una hora. Katey chasqueó la lengua. —Chicos, ¿por qué no os vais al camarote? Así desahogáis.

Dos chicos muy monos pasaron ante ellas en bañador, pero ninguna de las dos les hizo caso. Una actitud un poco extraña en un sitio al que se iba a ligar. Y se ligaba, vaya si se ligaba porque ya había varias parejas comiéndose los morros.

—¿Un copazo? —preguntó Katey.

—¿No ha sido suficiente la resaca dos días seguidos?

—Creo que en este barco voy a tener resaca todos los días. —Se levantó sin molestarse en ponerse el pareo. Su minibikini blanco mostraba toda la nalga y varios le miraron el culo con descaro. Luis apareció de la nada pasando ante sus hamacas para ir hasta la barra colocándose tras ella como si quisiera cubrirla. Harry, Fiona y Bernie miraron hacia allí para ver como su amiga se volvía con una sonrisa en los labios y dos copas enormes con sombrillitas perdiendo la

sonrisa de golpe al ver a Luis tras ella. Vio que él intentó hablar con ella, pero Katey le rodeó acercándose a la hamaca y dándole su copa. —Es un zumo variado. No tiene alcohol.

—¿Y el nuestro? —preguntó Harry divertido.

—¿No estás a favor del ejercicio? Mueve ese culito que solo tengo dos manos.

Riendo se levantó y le dio un beso a Fiona que estaba encantada de la vida. Luis pasó ante ellas y observaron que rodeaba la piscina sentándose en una mesa donde estaban sus amigos. Vio que Cawley bebía de una copa sin quitarle la vista de encima mientras Donovan miraba el culo a una que pasaba por delante contoneándose con descaro.

—Observar cómo se le van los ojos. Parece un dibujo animado —gruñó Fiona haciendo que las dos la miraran. —¿Qué? Es la verdad.

—¿Seguro que ya no te gusta? No me gustaría que hicieras daño a Harry.

—¿Le has visto? ¡Me ha tocado la lotería! Me voy a agarrar a él como un koala. —Miró hacia la barra. —¡Eh, tú! ¡Sí, la rubia! ¡El musculitos es mío! —Se levantó a toda prisa y asombradas vieron como corría hasta la barra.

—Increíble. Si no lo veo no lo creo. Se ha enamorado de él.

—Será que le da lo suyo en la cama —dijo Katey molesta.

La miró preocupada. —Igual el alcohol...

—Eso puedo comprenderlo, ¿sabes? Un mal día puede tenerlo cualquiera y hasta llegar a ese punto fue genial.

—¿Entonces?

—Fue lo que ocurrió después. Parecía que le daba igual. Y encima se va.

—¿No crees que puede estar avergonzado? ¿Incómodo por defraudarte?

Katey agachó la mirada. —Podíamos haberlo hablado.

—Creo que ha querido hablarlo ahora y no le has escuchado.

Su amiga la miró. —¿Tú crees?

—Si hubiera querido pasar página ni se hubiera acercado a ti a diez metros.

Katey miró hacia ellos y algo debió ver porque se levantó alejándose. Bernadette no quiso mirar hacia allí. Ya no. Bebió de su copa y la saboreó porque estaba buenísima. La dejó en la mesilla y cogió un bote de crema. Con el día que hacía se iba a poner como un cangrejo como no se la pusiera. Empezó con los brazos y cuando terminó se echó crema en las piernas. Miró hacia la barra y vio como Fiona le echaba la bronca a Harry mientras él sonreía. Sonrió sin poder evitarlo porque sorprendentemente Harry estaba encantado con sus celos. Echó crema en la mano de nuevo cuando un tío se sentó en la hamaca sobresaltándola. Este sonrió de oreja a oreja. —Hola, me llamo Tomas.

Forzó una sonrisa porque tenía pinta de ser majó, aunque era delgado como un palillo y debía tener veintidós o por ahí.

—Hola Tomas. Soy Bernadette.

—¿Cuántos años tienes? ¿Dieciocho? —Frunció el ceño. —¿Menos?

Le miró sorprendida. —Tengo veintiséis.

—Hostia, tía... que bien te conservas.

—¿De veras me habías echado dieciocho?

—Yo y todos. Incluso menos. Será que eres bajita. —Le miró los pechos. —Y eso. —Asombrada se miró los pechos antes de mirarle a él que sonrió de oreja a oreja. —Me van las tías mayores.

—Pues es una pena, guapo. ¿Quién te ha pagado el billete? ¿Papá?

—Es mi regalo de graduación. A ver si maduro. Eso dice mi padre.

Se echó a reír sin poder evitarlo. Era surrealista. —Pues espero que tengas suerte.

—O sea, que me pira de manera delicada.

—Exacto.

—Lo pillo. —Se levantó y le dio un beso en la mejilla. —Te veo en la disco.

Asombrada vio que se alejaba y silbaba a una chica que salía de la piscina en ese momento. Se pasó la crema que aún tenía en la mano por la otra pierna y aún no la había extendido cuando se sentó otro en la hamaca de Fiona. Le miró quedándose de piedra porque era un cañón moreno de veintitantos. —Hola, muñequita. —Ella levantó las cejas por encima de las gafas. — Soy Robert. —Apoyó los codos sobre las rodillas acercándose. —¿Te ayudo a extender la crema?

—No, gracias. —Movi6 la mano arriba y abajo sobre la pierna. —¿Ves? Puedo sola.

—Por la espalda no puedes.

—Ahí se la doy yo. —Aliviada vio a Harry que hizo que el tipo prácticamente saliera corriendo.

Fiona rio por lo bajo. —¿Te acosan?

—¿Cuántos años aparento?

Harry hizo una mueca. —¿Hoy? ¿Dieciséis?

Chilló de la sorpresa haciendo que varios la miraran. —¿Será una broma! —Atónita miró a Fiona. —¿De veras?

Su amiga asintió. —Igual es el bikini que es algo soso en rosita. Y tiene corazoncitos.

Se sonrojó mirando el sujetador del bikini. La verdad es que cuando lo había metido en la maleta no pensó mucho en él y cuando Paris le dio el consejo de los colores intensos tampoco se acordó del bikini. Era un poco infantil. Además, su cola de caballo con su cabello trenzado... Gimió por dentro, pues no tenía otro. Miró hacia la mesa de los chicos para ver que Cawley estaba hablando con una rubia impresionante que llevaba un trikini blanco que mostraba su alucinante figura. Por Dios, si tenía su larga melena peinada en ondas sin un pelo fuera de su sitio y hasta llevaba tacones. Parecía sacada de la revista Playboy. Algo la recorrió por dentro y se levantó. —Voy a bañarme.

—Muy bien —dijo Fiona comiéndose con los ojos a su preparador particular.

Puso los ojos en blanco y tiró las gafas sobre la tumbona antes de acercarse a la piscina y lanzarse al agua de cabeza. Sin salir buceó hasta el final de la piscina y dio la vuelta bajo el agua para impulsarse saliendo al otro lado. Ni nadar se podía. Había que esquivar a veinte mil. Tomó aire cogiéndose al borde de la piscina cuando sintió unos brazos rodeando su cintura y se sobresaltó al mirar hacia atrás para ver un hombre que no conocía. Chilló apartándose y él se echó a reír. —Vamos, ¿eres tímida?

Una mano la cogió por su brazo tirando de ella fuera de la piscina antes de agarrarla por la cintura. Cuando su torso se pegó al de Cawley se le cortó el aliento mirando sus furiosos ojos grises, pero la dejó en el suelo antes de dirigirse al que estaba aún dentro del agua. —Mira gilipollas, vuelve a tocarla y te parto la boca.

—Eh, amigo... no sabía que tenía dueño.

—¡No es un juguete para tener dueño, imbécil! —gritó Katey mosqueadísima.

En ese momento llegó un hombre de la tripulación. —¿Qué ocurre aquí?

—¡Ese mamón, que cree que puede meter mano sin permiso porque se ha apuntado a un viaje de solteros! —gritó Fiona.

El hombre señaló al tipo. —Fuera de la piscina.

—Si no he hecho nada.

—Fuera de la piscina, señor. Ahora. O le aseguro que le sacará el personal.

Sintiéndose observada se sonrojó y sus amigos se acercaron a ella. —¿Estás bien?

—Sí, me asustó un poco, solo eso.

—Será imbécil —dijo Harry muy molesto viendo que el tipo salía de la piscina como si nada con una sonrisa en la cara.

Cawley apretó los puños. —¿De qué coño te ríes?

El tipo se echó a reír sacándole de sus casillas y Donovan le cogió por el brazo. —Déjale, solo quiere provocarte.

—Estás sangrando —dijo Luis levantándole el brazo.

Asombrada se miró para ver un arañazo que debió hacerse con su reloj al apartarse. —Me cago en la... —Cawley se tiró sobre él y le pegó un puñetazo haciendo que el tipo se tambaleara. Donovan y Luis intervinieron para separarles agarrando a su amigo y el muy cerdo aprovechó para pegarle un puñetazo a Cawley antes de que le agarraran dos de la tripulación.

—¡Basta! —gritó el que parecía que tenía más rango—. ¡Y tú prepárate para desembarcar en Split!

—¿Pero qué dices, imbécil? Yo no he hecho nada.

—Claro, y eso se lo ha hecho la chica sola. Vamos a hablar con el capitán.

Se alejaron y preocupada se acercó a Cawley. —¿Estás bien?

—Sí. —Se soltó de mala manera de sus amigos pasándose la mano por la boca y mostrando algo de sangre antes de alejarse hacia el bar jurando por lo bajo.

—Ven, vamos a la enfermería —dijo Luis agarrándola del brazo—. Eso necesita que lo desinfecten.

Mirando a Cawley dejó que sus amigas le tendieran la fina camisa que usaba sobre el bikini y Katey le acercó las chanclas. Se vistió mientras él se pedía un whisky y se dejó llevar hasta la puerta. Antes de salir de la piscina vio que se lo bebía de golpe. No entendía nada. Estaba furioso y no sabía si era porque ella había sido la víctima o por haberse metido, pero debía reconocer que le había encantado que la hubiera defendido y eso le hizo recordar lo que Harry había dicho. Estamos programados para ser protectores con nuestra gente.

Sentada en la camilla el doctor le pasó el algodón con el desinfectante mostrando el largo arañazo que rodeaba su cintura. —Vaya, espero que tengas bañador porque sino te va a quedar cicatriz. Aquí es algo profunda.

—¿Bañador? Pues no, no tengo.

—En la tienda encontrarás alguno —dijo Fiona sin darle importancia—. Pero está bien, ¿no?

—Cariño, ¿está bien? —preguntó Katey dándole un codazo a Luis que sonrió.

—No es nada. Como ha dicho el doctor que no le dé el sol hasta que cicatrice —dijo Luis.

Saltó de la camilla. —Pues muy bien. ¿Le debo algo?

—Regalo de la casa. —Lo dijo de una manera que todos le miraron con desconfianza y este se sonrojó. —Vamos, que no es nada.

Salieron de la consulta a toda prisa y Fiona dijo por lo bajo —Hija, últimamente estás irresistible.

La miró asombrada. —Sí, ¿verdad? He ligado más en tres días que en toda mi vida.

Luis reprimió la risa mientras Harry reía sin ningún disimulo. —¿Siempre son así?

—Sí, te partes con ellas. Chicas, tengo hambre.

—Uy, mi grandullón tiene hambre. Pues vamos al buffet.

Cuando los cinco ya estaban sentados a la mesa Bernie empezó a comer con ganas el enorme plato de pasta que había cogido. Harry miró su plato levantando una ceja.

—Lo quemo todo. Soy una dinamo —dijo con la boca llena.

—Estamos de vacaciones —dijo Luis guiñándole un ojo a Katey.

—Bernie, al parecer has recuperado el apetito —dijo Fiona maliciosa. Miró a Luis—. ¿Tú

de qué lado estás?

—Yo del mío. A mí no me lieis. —Entrecerró los ojos. —¿Es cierto que nos habéis seguido?

—¡No! —dijeron las tres a la vez con vehemencia mientras Harry reprimía la risa. Le advirtieron con la mirada y se metió un pedazo de pizza en la boca.

—Ya me parecía raro... Pero Cawley está convencido.

Katey gimió antes de beber de su zumo. En cuanto tragó le miró con sensualidad. — Cariño, ¿después nos echamos una siesta? La necesito.

Luis dejó caer el tenedor y se levantó cogiéndola en brazos. Katey se echó a reír rodeando su cuello con las manos mientras Fiona sonreía divertida al ver que la sacaba del comedor. —Ni la ha dejado comer. —Vio como Harry comía a dos carrillos. —Aliméntate cielo, que tú necesitas muchas más energías que ese canijo.

Harry se echó a reír y le dio un beso en los labios manchándola de salsa de tomate.

Les observó fascinada. —Es increíble lo bien que os lleváis en tan poco tiempo.

—Sí, ¿verdad? La primera sorprendida soy yo.

—Debo reconocer que yo también estoy algo chocado.

—Sí, ¿y eso por qué? —preguntó Fiona mosqueada.

Harry sonrió. —Preciosa, controla ese carácter. —Fiona jadeó asombrada. —Es muy impetuosa.

—Sí, lo es.

—¿Lo soy?

—¿Te sedujo ella?

—Su fina ironía, su sentido del humor, su mala leche... Todo eso me llamó la atención en la cena de ayer y me atrajo mucho.

Fiona sonrió como una tonta. —Está loquito por mis huesos. —La miró como si quisiera comérsela allí mismo y su amiga soltó una risita. —A mí me pasó lo mismo y cuando te fuiste a la cama hablamos de ti y de Cawley en su habitación. Tomamos una copa...

—Fue sencillo. Surgió sin más.

Ella miró su plato y giró el tenedor. —Con mi hermana también fue así. Fue sencillo, fluido... Surgió el amor y lo demás vino de manera natural.

—Estás pensando que igual estás forzando a Cawley.

—¿Lo estoy haciendo? —le preguntó a Harry que negó con la cabeza. Ella suspiró del alivio.

—Mira, si no quisiera nada contigo te ignoraría totalmente. Un tío al que no le importas no se hubiera metido en lo de la piscina y mucho menos le hubiera pegado.

—Eso pensaba, pero... —Se le cortó el aliento al ver que los chicos entraban en el comedor. Se sentaron en una mesa de dos y no parecían nada contentos.

—¿Por qué no dejas de agobiarte y disfrutas de tus vacaciones? —preguntó Fiona mirándola con cariño. —No pienses en él. ¿Qué tal si olvidas tus pretensiones y simplemente te diviertes? Te estás agobiando y es demasiado pronto para eso. Acabamos de subirnos al barco y mira todo lo que has avanzado. Cuando salimos de Nueva York casi ni sabía que existías y ya te has acostado con él. Relájate un poco. Quedan muchos días por delante.

Se dio cuenta que era el mejor consejo que había recibido en los últimos días.

—Opino lo mismo —dijo Harry.

—Lo que tenga que ser será. Miranos a nosotros. —Su amiga cogió su mano por encima de la mesa. —¿Qué tal si duermes un poco? Estás agotada. Descansar te hará verlo todo de manera distinta, ya verás.

—Tienes razón.

—Y después hay juegos en la piscina —dijo Harry alargando la mano y cogiendo la pizza de Fiona para darle un mordisco—. Seguro que nos divertimos.

## Capítulo 8

—Madre mía, me ha dejado temblando —dijo Katey cogiendo el globo en la mano.

Las chicas rieron por lo bajo. —Vaya con el cirujano.

—Estaba cansado y el alcohol... Vamos, que firmo ahora mismo por la mitad de lo que ha pasado en la siesta. ¡La mitad!

—Guau. —Fiona hizo una mueca mirando hacia el grupo de los chicos que estaban sentados en unas hamacas bajo una sombrilla. —Claro, es cirujano, sabe que fibras tocar...

Katey soltó una risita. —Vaya si sabe... —De repente miró el globo en sus manos. —  
¿Para qué es esto?

—¡Muy bien, chicos y chicas! —gritó una muchacha del barco desde el fondo de la piscina con un micro en la mano—. Cada globo tiene un secreto en su interior. Recordad que rosas para los chicos y azules para las chicas. —La gente se echó a reír. —¡Vaya, al revés! Ya me habéis entendido. Como veis los globos están hinchados y así van a seguir hasta que yo lo diga. Los ganadores, un chico y una chica de cada color, esta noche tendrán el honor de cenar en la cubierta sur. ¡Una cena romántica a cargo de nuestro prestigioso chef, algo de champán, velas y violines! —Varios silbaron haciéndolas sonreír. —¡Vamos, como el Titanic pero sin hundimiento! ¿Creéis que nos falta el diamante? —gritó desgañitada antes de levantar el brazo y mostrar una réplica exacta del collar de la película.

Fiona chilló —¡Harry mueve el culo! ¡Quiero ese collar!

—Bien dicho, chica —dijo la animadora—. Esperemos a que mis compañeros terminen de repartir los globos...

Bernie miró de reojo a Cawley sin poder evitarlo y vio como sentado en su tumbona cogía divertido uno de los globos azules que repartía un chico de animación.

—¿Sí? ¿Ya está? Pues para ganar tanto el collar como la cena solo tenéis que explotar el globo. Dentro hay una llave en los globos rosas y un candadito en los azules. ¿Qué hay que hacer para ganar esa estupenda cena y el regalo de ensueño? Correr a cuantos más candados para probar vuestra llave y la primera que abra el candado habrá encontrado a su príncipe azul para esta noche. —Varias chicas gritaron. —Así que si ya habéis conseguido pareja, que sí que sois rápidos... —dijo haciendo reír a varios—, podéis probar con ella o intercambiáoslas para conseguir a quien os proponéis para esa cena. —Señaló la cubierta de arriba donde había una enorme campana.

Uno de sus compañeros apareció allí y divertido gritó con un mazo en la mano —¿Estáis preparados?

—¡Sí! —respondió la multitud que estaba reunida alrededor de la piscina.

—¿Qué empiece el juego! —Golpeó la campana con fuerza haciendo que todos se pusieran en movimiento.

Fiona clavó sus uñas con saña rompiendo el globo y la llave cayó al agua. Chilló tirándose a la piscina y Bernie riendo explotó su globo. La llave cayó al suelo y la recogió mordiéndose el labio inferior. Vio como Katey intentaba abrir el candado de Luis antes de correr a Donovan, pero tampoco tuvo suerte. Como una loca cogió la mano de Cawley para intentar abrir el suyo, pero nada. Su amiga no se cortó y para asombro de Luis siguió corriendo como si el diamante del collar fuera de verdad buscando más candados. Bueno, había que jugar. Se acercó a Harry que con una mano sacaba a su chica del agua y probó su llave, pero nada. Como Luis estaba al lado probó con él. Gimió por dentro y para despistar probó con dos tíos que pasaban por allí y fue un alivio que no entrara siquiera. Donovan la miró con ironía y le dio tanta vergüenza que metió la llave, pero esta no giró. Se quedó mirando el candado entre sus manos y se dijo que ya estaba bien. Una cosa era seguirle hasta allí y otra muy distinta pasar esa vergüenza por compartir unas horas con

él. Ya no más. Sacó la llave y se giró dándoles la espalda para ir hacia otro de los chicos que divertido le entregó el candado.

—¿Qué pasa? ¡Chicas, no podemos estar así toda la tarde! ¡Corréis poco! —gritó la chica de animación—. ¡No se os ve muy entregadas en encontrar una relación!

—¿No pruebas conmigo?

Se le cortó el aliento al escuchar la voz de Cawley tras ella y se volvió para verle allí de pie. Parecía muy tenso, pero le mostró el candado sobre la palma de la mano.

—Si no quieres...

—Si no quisiera no me habría acercado, ¿no crees? —Mirandola a los ojos acercó la mano. Se sonrojó de gusto y cogió su candado metiendo la llave. Le miró tímidamente antes de girar y cuando el candado hizo click abrió los ojos como platos antes de chillar como una loca. Cawley sonrió viéndola levantar el brazo dando saltitos. —¡Yo! ¡Yo! ¡Yo soy la primera!

—¡Tenemos ganadora!

Se tiró sobre Cawley y le dio un beso en los morros muerta de la alegría antes de correr hasta la chica mostrándole el candado. Varias mujeres protestaron a su alrededor y la chica la cogió por el brazo para girarla y que la viera todo el mundo, lo que le dio una vergüenza enorme, pero estaba tan contenta que le daría igual estar desnuda ante toda esa gente. Iba a cenar con Cawley.

—Muy bien, eres la primera, ¿y quién es el afortunado?

Ella miró a Cawley y este se acercó mientras varios aplaudían. —Chica, qué suerte has tenido.

—¿Verdad que sí? —preguntó comiéndoselo con los ojos hasta que se puso a su lado.

—¿Os conocéis?

—Un poquito.

—¡Pues entonces esto es el destino, chicos! ¡Felicidades! —Con el micro en la mano miró a los demás. —¡Esta noche más juegos en la disco! ¡Ahora a beber y a disfrutar!

Varios aplaudieron y la chica se volvió hacia ellos. Un compañero le entregó el collar y una tarjeta. —A las siete aquí. Este es vuestro bono. —Les miró maliciosa. —Y si queréis podéis disfrutar del jacuzzi privado que hay en esa cubierta hasta las diez.

—Gracias. —Se sonrojó de gusto y miró a Cawley con la tarjeta en la mano. Este la cogió por la cintura para caminar hasta las tumbonas.

Fiona se acercó a toda prisa. —Qué suerte.

Le tendió el collar. —Para ti.

Abrió los ojos como platos. —No puedo aceptarlo.

—Sabes que yo no me pongo este tipo de collares y siempre te ha encantado la película. Lleva tu nombre.

—Gracias. —Emocionada se volvió con él en la mano para mostrárselo a su novio y Harry le dio las gracias con los ojos por hacerla feliz. Ella le hizo un gesto como si no fuera nada y se dejó llevar hasta la tumbona de Cawley que la sentó. Miró la tarjeta en sus manos y él se sentó en la tumbona de al lado mirándola de frente. —¿Tendremos que llevar bañador?

—Nena, creo que no piensan en eso cuando dicen que es un jacuzzi privado.

Abrió los ojos como platos. —¿Y que nos vea cualquiera? —Cawley reprimió la risa y ella fascinada le miró a los ojos. —¿Por qué has cambiado de opinión?

Él perdió la risa poco a poco y apretó los labios como si estuviera pensando muy bien su respuesta. —Tú no eres para mí.

—¿Por qué?

—Porque eres demasiado inocente y lo que pasó ayer me lo ha demostrado. —Se sonrojó sabiendo que hablaba de su virginidad. —Te voy a hacer daño.

Agachó la cabeza mirando la tarjeta. —No me has dicho por qué has cambiado de opinión —dijo suavemente. Él no contestó y le miró a los ojos sintiendo que su corazón pegaba un vuelco en su pecho porque parecía que la deseara muchísimo—. ¿Es solo sexo?

—¿Quieres sinceridad?

—Sí.

—Eres la mujer que más deseo de este barco.

No pudo evitar que su respuesta la decepcionara un poco. Pero tampoco podía pedir que le dijera que la amaba con locura cuando esa mañana después de hacerle el amor había salido huyendo. Decidió tomárselo por el lado bueno y preguntó sorprendida —¿Después de ver lo que hay me eliges a mí?

—De momento sí —respondió fríamente.

Bueno, menos daba una piedra. Prefirió ignorar también que le acababa de decir claramente que si otra le gustaba más le daría puerta. Sonrió radiante. —Pues muy bien.

—Te veo muy contenta —dijo con desconfianza.

Si quería sinceridad la iba a tener a borbotones. —Es que tengo mucho más de lo que tenía en Nueva York, así que estoy encantada. ¿Nos bañamos? —Dejó la tarjeta sobre la tumbona y se quitó su camisola mostrando el bañador que se había comprado en la tienda del barco. Rojo y con el trasero estilo brasileño mostrando parte de sus nalgas. Caminó hasta la piscina mientras él dejaba caer la mandíbula del asombro y sonrió por dentro como si no se hubiera dado cuenta quitándose la goma del cabello y soltándolo haciendo que rozara sus nalgas. Cawley se levantó como un resorte viéndola lanzarse al agua antes de mirar a Donovan que aún estaba bizco. —¿Qué coño miras?

—¿Yo? Nada. —Carraspeó antes de decir —Necesito una cerveza.

Cawley miró hacia la piscina de nuevo y se acercó para verla bucear hasta el otro extremo. Muchos ya se estaban retirando para prepararse para la cena y la piscina estaba casi

vacía. Ella regresó y se sujetó en el borde levantando la vista hacia él—¿No te bañas?

—Nena, ese bañador...

—¿Qué? —Entrecerró los ojos. —¿Qué le pasa?

—Que se te ve el culo, eso pasa —siseó mirando a su alrededor.

—¿Y?

Cawley parpadeó. —No es muy decente. ¿Dónde está el bikini de esta mañana?

—No me lo puedo poner más por el araño. Me lo ha dicho el médico. ¡Y no seas carca!

—¿Yo carca? —Asombrado preguntó —Nena, ¿has bebido?

Se echó a reír y se volvió para nadar hacia el otro extremo entre sorprendida y encantada. —Mira con el liberado —dijo por lo bajo llegando al otro lado—. Éste es de los que comen y no dejan comer. —Se volvió y le vio que seguía con los ojos entrecerrados observándola. —Vamos, cariño... Estoy esperando —susurró antes de que él se tirara al agua aún cabreado. Fue un auténtico triunfo y cuando llegó hasta ella sonrió sin poder evitarlo—. Nadas bien.

La cogió por la cintura pegándola a él. —No tanto como tú.

—Una hora tres veces a la semana —susurró cogiéndose a sus hombros. Sentirle pegado a su piel era la sensación más increíble del mundo.

—Y corres todas las mañanas. —Besó suavemente su labio inferior. —Yo tengo preparador —dijo con la voz enronquecida bajando las manos hasta sus nalgas mientras la miraba con deseo.

Le subió algo por el pecho que la hizo pegarse más a él y sintió como sus pezones se endurecían por su contacto. —Nena... ¿Estás dolorida?

—No. —Se quedó en silencio unos segundos mientras la acariciaba. —Te fuiste. —Vio en sus ojos grises que le molestaba que sacara ese tema.

Él apretó los labios. —No sabía qué decir. Me tomaste por sorpresa.

Bernie sonrió. —Hasta ese momento... fue perfecto.

Divertido la giró en el agua. —¿No me digas? No es que hayas comparado mucho.

—¿Puede ser todavía mejor? —preguntó sorprendida.

Cawley rio. —Tendría que pensarlo.

—Eso es que no —dijo levantando la barbilla con orgullo.

—Estoy acostumbrado a mujeres más activas.

—Oh... —Se sonrojó con fuerza. —Activas, ¿eh? Pero es que no me dejabas ni respirar, ¿cómo iba a pensar? Me faltaba oxígeno.

Él se echó a reír y Bernie acarició su cuello. Cawley perdió la sonrisa poco a poco. —Si me sigues mirando así nos perderemos la cena.

—Ah, no. Quiero mi cena romántica. —Acercó sus labios y los rozó con los suyos. —Y los violines. —Se apartó para mirarle. —Di violín ocho años.

—Yo tocaba la guitarra. Quería ser rockero.

—¿Cuántos años tenías?

—Quince. —La llevó hasta la escalerilla. —En el instituto ligaba mucho con ese rollo.

—Ah... ¿Y sabes algún acorde? ¿O solo la llevabas de un lado a otro?

Divertido le dio un cachete en el trasero. —Muy graciosa.

Subió las escaleras y se apartó el cabello sobre el hombro para escurrirlo. —¿Me tocarás la guitarra?

La cogió por la cintura y la besó en el cuello. —Te voy a tocar mil cosas.

Soltó una risita dándole un rápido beso en los labios antes de correr hasta la tumbona para coger la camisola. Él se acercó y después de ponérsela la cogió por la cintura pegándola a él. —  
¿Tu número de camarote?

—Doscientos cuarenta. —Él levantó una ceja. —¿Qué?

—Preciosa, estoy en el doscientos cincuenta y dos.

Le miró asombrada. —Me estás metiendo una trola.

—Todo esto es muy raro, ¿no crees? —Entrecerró los ojos. —¿También es cosa tuya?

—No, ¿cómo voy a hacer yo eso? Vale que cogí el mismo viaje, pero ahí se acaba todo — dijo indignada—. Lo organizaría la misma agencia de viaje.

Él asintió. —Sí, claro. —Cogió su toalla y sus cosas mientras ella iba a por su bolsa.

Donovan fue hasta ellos con una cerveza en la mano. —Vaya, tortolitos... A prepararse para la cena, ¿no?

Lo dijo de una manera que era evidente que ella le estorbaba y mucho. —Pues sí.

—Que lo paséis bien. —Bebió de su cerveza. —Yo he quedado con una rubia. —Indicó hacia atrás con la cabeza y vieron a una rubia guapísima esperándole impaciente. Le dio pena porque Donovan ni se acordaba de su nombre.

—Hablamos luego —dijo Cawley molesto. La cogió de la mano y tiró de ella hacia la puerta—. Nena, no pongas esa cara.

—Ni sabe su nombre —dijo molesta—. Una rubia... Como si fuera un pedazo de carne.

—Donovan no quiere nada con ella. Es un entretenimiento.

—¿Como yo?

Llegaron a los ascensores y él más tenso pulsó el botón. —Yo me sé tu nombre.

Entraron en el ascensor y le dio pena haber roto el momento con sus críticas. Se acercó a él. —Lo siento. Has sido sincero, que es mucho.

—Joder, nena... no te disculpes. —Apartó la mirada hacia las luces de encima de las puertas.

Se dio cuenta de que él era como Donovan y seguro que Luis también era así. Depredadores buscando su siguiente pieza. Pero con ella no era así. Entrecerró los ojos pensando

en cómo había ligado a la azafata que tampoco había tenido escrúpulos para cambiar al tío con el que había terminado en la cama. Separó los labios entendiendo. Nunca había estado con una mujer como ella y le daba miedo. Le miró asombrada y él frunció el ceño. —¿Qué?

—Me tienes miedo.

Cawley se tensó. —¿Qué coño dices?

—Me tienes miedo porque nunca has estado con una mujer como yo. —Asombrada se echó a reír. —Y yo pensando que no te gustaba. Claro que te gustaba, pero me temías.

—No digas tonterías.

—Por eso me has dicho que no me convienes. Para que si metes la pata no me extrañe. Porque tienes miedo de meter la pata.

—¡Es que cada cosa que te digo tengo que medirla! ¡Eres muy sensible!

—Ah, claro. ¡Es que la gente no va de borde por ahí solo para espantar novias! ¡Eso no es normal!

—¡Yo no voy espantando novias!

—¿No? ¡Si me has advertido antes de que casi pudiera abrir la boca! ¡Ni me había subido al barco y ya estabas allí preguntándome si te estaba siguiendo! ¿Quién hace algo así?

—¡Es que me estabas siguiendo!

—¡No! —Miró a las puertas. —Bueno, no del todo.

—¡Sinceridad Bernadette!

—¡Vale! ¡Me gustabas! ¡Y sí te seguí! ¡Y no me arrepiento!

Él la cogió por la cintura pegándola a su cuerpo antes de atrapar sus labios. Gimió dejando caer su bolsa para abrazarle por el cuello.

Alguien carraspeó y se separaron de golpe para ver a una pareja de unos cuarenta años que les miraban con diversión en los ojos. Al reconocer a la mujer sonrió. —Paris, qué sorpresa.

Creía... —Frunció el ceño. —¿No me habías dicho que no trabajabas en el barco?

—Y no trabajo. —Miró divertida a Cawley antes de guiñarle un ojo.

El hombre que entró con ella era de la tripulación y divertido se quitó la gorra.

—Capitán... —dijo Cawley algo incómodo.

—Espero que estén disfrutando de la travesía —dijo con cachondeo.

—Claro que sí, amor. Solo hay que verles.

—¿Estáis juntos?

Paris le cogió por el brazo. —Es mi marido.

—Mucho gusto. Bernadette Haverhill.

Él se la estrechó. —Capitán Christopher Hopkins.

Paris rio por lo bajo. —Cielo, qué formal. ¿Sabes que a Bernadette la conocí en el aeropuerto de Nueva York?

—Menuda casualidad —dijo su marido con una fina ironía que a Bernie no le pasó desapercibida.

La miró entrecerrando los ojos y empezando a hilar lo que había ocurrido. ¡Todo había sido cosa suya! Los billetes de primera, las habitaciones cercanas en Venecia y en el barco... ¡El juego del candado! Era la mujer del capitán, podía manipular lo que quisiera dentro del barco. Ya, ¿pero en Venecia? ¿Y los billetes en primera? Las dudas la asaltaron.

Paris la miró con picardía. —¿Y qué vais a hacer esta noche?

—Hemos ganado una cena —dijo Cawley antes de mirar al capitán—. ¿Sería posible ver el puente de mando?

—Sí, por supuesto. —Miró su carísimo reloj. —¿Les parece en una hora? El puente de mando está muy cerca de donde tienen la cena.

—Estupendo. —Las puertas se abrieron y Cawley cogió su mano. —Allí estaremos.

—Gracias —dijo ella ilusionada antes de volverse hacia Paris y decirle con la mirada que quería hablar con ella.

La esposa del capitán se hizo la loca despidiéndose con la mano. —Pasadlo bien...

Siguiendo a Cawley se dijo que ella no se iba a quedar con la duda. Ya la pillaría, tenía muchos días por delante. Llegaron a la puerta de la habitación y Cawley sonrió. —Tienes tres cuartos de hora.

—Estaré lista. —Le besó suavemente en los labios. —Y me sobra tiempo.

—Ya lo veremos. —La besó de nuevo antes de ir hacia su puerta. Emocionada vio como pasaba la tarjeta y entraba en su habitación sin mirarla de nuevo. Suspiró porque eso no había sido muy romántico, pero estaba claro que él de eso no tenía. Deseando reencontrarle en la cena entró en su camarote para correr hacia el baño.

## Capítulo 9

Miró el Cartier que le había regalado su abuela cuando se había graduado y vio que quedaban diez minutos para la hora en que tenían que estar en el puente de mando. Llevaba esperando veinte minutos. Se echó un último vistazo al espejo del baño y se pasó las manos por su recogido en la nuca, antes de revisar su impecable vestido blanco de tirantes para asegurarse de que no lo había manchado con el maquillaje. Tomó aire y fue hasta la puerta. Salió al pasillo cogiendo la tarjeta y fue hasta la habitación de Cawley.

—¡Ni hablar! ¡No me jodas, Laura! —Se tensó al escuchar que hablaba con una mujer. — ¡No! ¡Te he dicho que ya lo he arreglado! ¡Ahora no puedo hablar, tengo que irme! ¡Sí, estoy de vacaciones porque he trabajado todo el año como un cabrón! ¡Y aun así hay millones de cosas que tengo que solucionar desde aquí! —No escuchó nada durante unos segundos y acercó la cabeza. — Mira, no me llores ahora con eso que ya tengo bastante. ¡Joder, háblalo con tu futuro marido y dejadme en paz! ¡Estoy harto de solucionar los marrones de todo el mundo!

Le escuchó ir hacia la puerta y cuando la abrió ella forzó una sonrisa, pero dejó caer la mandíbula al ver que se había puesto un smoking y le quedaba de miedo. —Guau.

Él levantó una ceja. —Si tuviera quince años diría lo mismo de ti.

Soltó una risita antes de sonrojarse. —Gracias.

—Estás preciosa, nena.

Cerró la puerta y la cogió por la cintura, pero ella se arqueó hacia atrás. —¿Estabas hablando por teléfono?

—Sí, y me va a costar una fortuna por eso de la antena del barco. —Intentó besarla de

nuevo y al ver su mirada interrogante preguntó —Nena, ¿quieres saber con quién hablaba?

—¿Es demasiado pronto para esta conversación?

Él reprimió la sonrisa. —Era mi hermana, ¿contenta?

Suspiró de alivio y juntó los labios estirándolos como un pez para un casto besito. Él sonriendo besó su labio inferior suavemente antes de continuar por el superior haciéndola suspirar de placer y abrió la boca dándole la bienvenida llegando a un beso tan apasionado que le hizo olvidar hasta donde estaba. Cawley se tomó su tiempo para saborearla quedándose con todo el carmín. —Vaya...

Él sacó un pañuelo y se limpió los labios antes de pasárselo y jadeó mirándose en la chapita de la puerta. —¡Me lo has quitado todo! —Se limpió el contorno de los labios a toda prisa.

—¿Sabes que los hay fijos?

—Mucho sabes tú de esto.

—Algo. —Cogió su mano y tiró de ella. —Vamos, que llegaremos tarde.

—¿Quién tendrá la culpa?

Caminaron a toda prisa hacia el ascensor y ya dentro sacó su barra del bolso repasándose los labios. —Para lo que te va a durar —dijo él divertido.

—Parecías enfadado.

—Nena, no quiero hablar de mi hermana.

—Vale. —Sonrió radiante mostrando que se había manchado el diente.

Cawley se acercó y le pasó el dedo por él borrando cualquier rastro de carmín. A ella se le cortó el aliento porque eso era algo muy íntimo y sin poder evitarlo cerró los labios rozando su dedo. La miró intensamente. —Joder, nena... estoy deseando llegar a la habitación y quitarte ese vestido.

—Me he comprado ropa interior nueva. Pero no la he estrenado —dijo maliciosa—.  
Trasparenta.

—Esa es la información que necesitaba para saltarme la cena. —Su voz ronca la estremeció y más cuando apoyó su mano en la pared del ascensor y la besó en el cuello. —Me vuelve loco tu perfume.

—A mí me vuelves loca tú. —La miró como si fuera suya y se sintió como si lo fuera. Él cogió su mano entrelazando sus dedos con los suyos y se sintió tan especial que le siguió. Un cartel les indicaba donde estaba el puente de mando y caminaron hacia allí.

En ese momento salió un hombre vestido de blanco y preguntaron por el capitán. Les hizo pasar. —Les está esperando.

Encantada por hacer algo nuevo cruzaron la puerta y uno de los marineros avisó al capitán que estaba de espaldas a ellos mirando por la cristalera que rodeaba todo el puente. Fascinada miró a su alrededor por la cantidad de máquinas que allí había. Hombres sentados en sillas móviles revisaban los monitores. El capitán se acercó extendiendo la mano. —Me alegro de verles. Qué elegantes.

—Es una noche especial —dijo ella impresionada—. Y empieza muy bien.

—Vengan conmigo. Les voy a explicar su funcionamiento.

Era evidente que lo había hecho muchas veces porque lo explicó muy bien y de manera escueta para no aburrirles. Cawley parecía muy interesado e hizo varias preguntas. Alucinó cuando se enteró de que el barco podía ir marcha atrás. Eso no lo había escuchado nunca. —Debe tener unos retrovisores enormes.

Varios se echaron a reír y el capitán dijo divertido —Tenemos cámaras.

—Claro, mucho más moderno. —Se acercó a un chico. —Así que tú controlas que no choquemos con nada. ¿Quieres un café bien cargado para que no te duermas?

El capitán se echó a reír. —Su novia es muy divertida.

Cawley asintió. —Gracias por su tiempo.

—Ha sido un placer.

—Por cierto, me gustaría tomar un café con su mujer —dijo ella sin cortarse.

—Desgraciadamente para mí, mi esposa se ha ido hace una hora.

—Pero si no hemos llegado a puerto.

—Ha venido a recogerla un helicóptero.

Vaya. —Pues lo siento porque me cayó muy bien.

—Y usted también a ella.

—Por favor tutéeme, me llamo Bernadette.

—Tú también le has caído muy bien, Bernadette.

Sonrió. —Dele saludos de mi parte.

—Lo haré.

—Vamos preciosa.

Salieron de allí y ella dijo emocionada —Es increíble, ¿verdad? Me ha encantado. ¿Y a ti?

Él hizo una mueca. —Tenía que haber elegido esa profesión.

—¿No te gusta la que tienes?

—A veces puede ser muy estresante.

—Las vidas de muchas personas están en sus manos. Yo no podría.

—Seguramente yo tampoco. Ni tengo perro por no cuidarlo. —Suspiró yendo hasta el final del pasillo. —Te escuché en el avión que ibas a dejar tu trabajo. Es lo correcto, nena. Tienes talento, debes potenciarlo.

Se le cortó el aliento. —¿Eso crees?

—Claro que sí. El libro era muy bueno.

Se sintió como si le hubiera regalado la luna y llegaron a una puerta que tenía un camarero franqueándola. Al verles la abrió. —Bienvenidos a la cubierta estelar, señores. Que pasen una feliz velada.

—Gracias. —Sonrió a Cawley. —Esto mejora por... —Se quedó sin habla al ver el firmamento cuajado de estrellas. Era la cubierta más alta del barco y era como estar en el cielo. La mesa para dos, decorada con un primoroso mantel blanco y velas, estaba rodeada de flores en colores rosa y blanco. Un violinista empezó a tocar y miró a Cawley que la cogió por la cintura.

—Está claro que se han empleado a fondo.

—Es hermoso.

—No está mal para nuestra primera cita. —Se acercaron a la mesa y Cawley le apartó la silla para que se sentara. —Nada mal.

Se sentó frente a ella y un camarero llegó con una botella de champán. Su pareja la miró a los ojos. —¿Una copa?

—Sí, por favor.

Mientras les servían el champán se miraron a los ojos. —¿Si estuviéramos en Nueva York a dónde me hubieras llevado?

—¿Para descartarte o para seducirte?

—Ambos casos me interesan.

A él pareció divertirle el juego. —Para seducirte te invitaría a cenar en mi casa. Tengo un ático desde el que se ve toda la ciudad y por la noche tiene unas vistas estupendas.

—Espero poder conocerlo, aunque a mí ya me tienes totalmente seducida.

Él sonrió. —Y para descartarte al beisbol.

—Por favor no me digas que no eres de los Yankees porque me darías un disgusto enorme.

—Soy abonado.

—¡Y yo!

—Venga ya.

—¡En serio! Mi asiento está justo en frente de primera base. —Sonrió con cariño. —Mi padre es fan. Bueno, y yo. Nos llevaba de pequeñas, pero a Darla no le gusta tanto así que ahora va David.

—Su marido.

—A veces bromea diciendo que lo mejor de casarse con ella son los partidos, pero la adora. Van a tener su primer hijo.

—Sí, ya me enteré en la cafetería. Se casaron el año pasado.

Le miró asombrada mientras les servían un cóctel de gambas que tenía una pinta increíble.  
—¿Cómo lo sabes?

—No hacíais más que sacar cosas para organizar la boda. —Rio por lo bajo. —La cara que pusiste cuando dijo que los vestidos de las damas de honor serían azul celeste.

Encantada porque no había sido tan indiferente como había querido mostrar sonrió. — Siempre me vestían de ese color de pequeña y lo odio.

—Pero no dijiste nada.

—Es su boda. Ya me vengaré en la mía.

Él se tensó cogiendo su tenedor. —No sueñes tanto... Está bien en tu profesión, pero en la vida real viene mal.

—No he dicho que fuera a casarme contigo... Aunque busques candidatas.

—Tenéis un oído muy fino. Aunque no sé de qué me extraño si os enterasteis del viaje.

—¿Tu padre te ha amenazado en serio?

—Quiere que dirija su empresa cuando se jubile.

Al ver su expresión supo de inmediato lo que ocurría. —Pero tú no quieres.

—Desgraciadamente no piensa en venderla como tu abuela. Así nos quitaríamos el muerto de encima.

—¿Y es un muerto?

La miró a los ojos. —Eres muy lista. Sí, no va muy bien. Podría mejorar, pero necesita una inyección de capital que no tenemos.

—O un socio.

—O un socio, pero mi padre se niega.

—Así que tendrías que luchar con una empresa que no quieres y con tu padre por salirte con la tuya.

—Exacto.

—Tienes razón, es un muerto.

Cawley sonrió. —Por eso que me amenace con desheredarme no me impresiona demasiado, así que no te hagas ilusiones.

—No, si no me hago ilusiones.

—Nena, que nos conocemos.

—No me conoces para nada —dijo antes de probar el delicioso entrante.

Él se metió el tenedor en la boca y masticó mirándola. —Tienes un gato. —Sorprendida dejó de masticar. —Es blanco y lo quieres con locura.

—Pues no. No tengo gato. Se lo cuidé a una vecina hace unos meses. —Le miró asombrada. —¿Cómo lo sabes?

Rio por lo bajo. —Tenías pelos blancos en las piernas.

Se sonrojó. —Vaya, pues fui así a trabajar. —Se encogió de hombros. —¿Ves como no me conoces, Sherlock? —Cawley rio. —Y me odia, el muy puñetero. Me dejó unos arañazos... Yo también soy más de perro, pero desde que murió el nuestro hace diez años no quisimos más. Lo

pasamos muy mal cuando faltó.

—Lo entiendo.

—¿Qué más sabes de mí?

—Odias que coma hamburguesas. —Se puso como un tomate. —Pones una cara...

—Es que casi siempre pides lo mismo.

—Son las mejores de la ciudad.

—Y alucino con que Luis también las coma tan a menudo. ¡Es cardiólogo!

—Cirujano cardio torácico. Precisamente por eso, él nos reparará.

—¡Muy gracioso, Cawley! Hablo en serio. Tienes que cuidarte un poco.

—Esto está buenísimo —dijo cambiando de tema.

—Yo no soy una loca de las dietas, pero un poco de control... ¿Sabes? Mañana voy a correr con Harry. ¿Vienes?

La miró como si estuviera loca. —¿Con el musculitos?

—No le llames así. Es muy agradable.

—¡Ese te había echado el ojo! —Le encantó que se molestara. —Si le animaras dejaba a Fiona corriendo.

—Qué va. Se han enamorado.

—Nadie se enamora tan deprisa.

—¿Y Luis?

—Ese ya estaba enamorado —dijo entre dientes dejándola de piedra—. Le echó el ojo a Katey hace tiempo.

—¿Y por qué no se acercó?

—¿Será porque ella no dejaba de hablar de citas con otros tíos? Aunque no lo parezca

Luis es tímido. Si solo se ligaba enfermeras porque le acorralaban en las salas de descanso.

—Vaya... Eso sí que es una sorpresa. —Se acercó a él. —¿Y Donovan?

—¿Por Fiona? —Asintió vehemente. —No, eso no cuajaría. Donovan es un lobo solitario.

—¿Os conocéis desde hace mucho?

—A Luis le conocí en la universidad cuando estábamos de juerga. Me partieron un labio y él lo revisó. Estaba acabando la carrera y desde entonces fuimos amigos. A Donovan le conocí en una entrevista de trabajo y nos cogieron a los dos. Éramos los novatos y desde entonces inseparables. Son los mejores amigos que se pueden tener. Lo han demostrado muchas veces.

Le miró fijamente y él bebió de su copa de champán. —Mi hermana es mi mejor amiga. Lo hemos hecho todo juntas.

—Así que ahora la echarás de menos.

—Sí. —Sonrió con tristeza. —Pero...

El violinista masacró la pieza equivocándose con las notas y ella hizo una mueca de dolor. —Dios mío. Mozart le mataría por sacrílego.

Cawley entrecerró los ojos y le hizo un gesto al violinista. —¿Nos prestas el instrumento, por favor?

—Oh, no. Cawley, hace mucho que no toco.

—Dame el gusto. Tengo curiosidad.

—Por favor —dijo el violinista tendiéndoselo.

Se mordió el labio inferior levantándose y cogió el violín. —Te voy a matar —dijo haciéndole sonreír.

Se lo colocó en el hombro y tomó aire ante de poner el arco sobre las cuerdas. Su timidez la hizo sonrojarse y movió el arco algo nerviosa, pero la música y ver que sus dedos aún se movían con agilidad hizo que se fuera relajando poco a poco. Recordó como su abuelo la

escuchaba cuando practicaba y eso la hizo sumergirse en la melodía cerrando los ojos hasta que tocó la última nota. Los aplausos la hicieron abrir los ojos y vio que Cawley era uno de los tres que aplaudía. Como en los conciertos dio un paso atrás e hizo una inclinación riendo antes de darle el instrumento al hombre. —Gracias.

—Ha sido un placer, de verdad. Toca maravillosamente.

Se sentó ante Cawley que hizo una mueca. —Muy bien, nena. ¿Por qué dejaste de tocar?

Perdió algo la sonrisa. —Mi abuelo falleció. Él me llevaba a las clases y hacerlo sin él... No sé. Empezaron a interesarme otras cosas.

—Como la escritura.

—Sí, en ese momento empecé a escribir y dejé el violín a un lado. Mis padres no me presionaron, así que... —Se encogió de hombros mientras él la miraba fijamente como si intentara descubrir sus secretos. —Estaba muy triste.

—¿En qué trabajaba?

—Era escritor. Terence Renoir, ese era su seudónimo. —La sorpresa de su rostro la hizo reír. —Sí, era más importante que mi abuela, aunque para mí era Terence Haverhill o más bien mi abuelo.

—No era escritor, era un genio.

—En muchos sentidos.

—He leído todas sus novelas. Pero era muy mayor cuando murió, ¿no es cierto?

—Le sacaba a mi abuela treinta años. Y se divorciaron tres años después de casarse, aunque se amaban con locura. Nunca dejaron de quererse, pero no podían vivir juntos. Ella incluso se casó de nuevo, pero... —Suspiró recordando a su abuelo. —Ahora casi nunca habla de él. Sé que a pesar de los amoríos y otro matrimonio fracasado nunca le olvidará. —Sonrió recordándoles juntos en sus cumpleaños o en las cenas familiares. En sus miradas cómplices como si aún estuvieran juntos. —Aunque si le preguntaras a mi abuela te dirá que era demasiado intenso

para ella.

—Entonces eres clavadita a él.

Jadeó indignada y él se echó a reír. —Nena, ¿una estrella? Es un regalo un poco raro para un bebé. Creía que las estrellas se regalaban a la novia.

Levantó la barbilla. —Es un regalo muy especial. Como el bebé será especial para nosotros.

Parecía fascinado con cada una de sus palabras y se sonrojó. —Tú sí que eres especial, preciosa.

Le miró maliciosa. —¿Te estoy conquistando?

—¿Dónde estará el segundo?

La risa de Bernadette hizo sonreír a la tripulación, que se apuraron en recoger el cóctel.

La cena fue perfecta de principio a fin y cuando regresaban al camarote ella le miró de reojo. —Si quieres ir a la disco...

—Tenemos días de sobra. —La cogió por la cintura pegándola a la pared. —Ahora viene lo mejor.

—¿Mejor que ese solomillo al hojaldre que te has comido en un abrir y cerrar de ojos?

—Tengo que dejar las hamburguesas y refinarme un poco. —Se la comió con la mirada y bajó la cabeza lentamente hasta rozar sus labios antes de pasar la lengua por su labio inferior. —Chocolate...

Su aliento la alteró muchísimo y le abrazó por el cuello. —Estaba buenísimo.

—Me estoy arrepintiendo de no haber probado el jacuzzi. —La besó con ansias cuando en ese momento pasó una limpiadora. Él carraspeó enderezándose. —Buenas noches.

—Buenas noches, señor. —Algo sonrojada empujó más deprisa su carrito.

Bernie sacó su tarjeta del bolsito y abrió la puerta, pero recordó algo y susurró —¿Tienes condones?

La miró asombrado. —No fastidies.

—Me pillaste desprevenida. Y seguramente te lo pondrás siempre.

—Sí, sí, claro. —Se pasó la mano por el cabello. —Ven, nena. Los tengo en la habitación.

—Ella cerró la puerta y le siguió, pero algo en él había cambiado.

—Cawley...

—¡Joder! Tendrías que haberme avisado.

—No me lo esperaba y después... ¡Tú tampoco te acordaste!

—¡Y ahora existe la posibilidad de tener un hijo!

—Sí, un poco sí. —Él entró en la habitación más cabreado aún. —Tú también estabas allí.

No es justo que me eches toda la responsabilidad. —Cawley se quitó la chaqueta para dejarla en la silla y ella le miró incómoda. —¿Quieres que me vaya?

La fulminó con la mirada. —¡No, no quiero que te vayas!

—¡Pues tienes toda la pinta!

—¡Es que de no querer novia, me veo con el pack completo en unas horas! ¡Con niño, perro y una hipoteca enorme incluida! —Se pasó la mano por el cabello antes de quitarse la pajarita como si le ahogara, mientras Bernie sentía que se le rompía el corazón porque no estaba preparado para una relación. Él se volvió para mirarla, pero ya estaba abriendo la puerta. —¿A dónde vas?

—Creo que voy a tomarme una copa. —Forzó una sonrisa. —Todo esto es demasiado intenso para lo poco que nos conocemos. Y luego dice que la intensa soy yo —dijo saliendo de la habitación dejándole con la boca abierta.

Estaba camino del ascensor cuando la cogieron en brazos y chilló del susto antes de reconocerle. —La copa mejor nos la tomamos en la habitación.

—¡Mira, a mí no me marees!

Cawley sonrió. —¿Eso hago?

—Pues ya que lo dices...

—Lo has dicho tú.

—¡Da igual! ¿Quieres estar conmigo o no? —Esperó ansiosa su respuesta y él cerró la puerta con el pie mirándola a los ojos. —A mí me gustas... Mucho.

—Ya me había dado cuenta. —La dejó en el suelo y llevó sus manos a los tirantes de su vestido. —Y tú me gustas a mí.

Su corazón saltó en su pecho. —¿De veras?

Besó su cuello y gimió de placer cerrando los ojos. —Me gustas mucho, preciosa. —Sus labios subieron hasta el lóbulo de su oreja. —Mucho. —Apartó sus tirantes dejando caer el vestido hasta su cintura. Él miró sus pequeños pechos. —Nena, va a ser una noche muy larga — dijo con voz ronca antes de agacharse y atrapar uno de sus pezones haciéndola gritar de placer. Él sonriendo la cogió en brazos tumbándola en la cama. —Porque pienso saborearte entera.

## Capítulo 10

Era imposible que alguien del barco hubiera pasado una noche mejor que la suya, pensó cogiendo el zumo de naranja y dándole un buen sorbo. Miró hacia la puerta porque Cawley dijo que se ducharía, que enviaría unos mails y que bajaría a desayunar, así que Bernie fue a su habitación para arreglarse porque ese día visitaban Split. Se moría por conocer la ciudad con Cawley. No conocía nada de Croacia y se había informado mucho. Impaciente miró hacia la puerta y vio llegar a Harry con Fiona muy acarameladitos. —¡Buenos días pareja! —Les saludó con la mano y ellos se acercaron.

—Buenos días. —Fiona le dio un beso en la mejilla. —¿Qué tal la cena, pillina?

—Muy bien. Todo era precioso.

—Por cierto, me has plantado. —Le pidió disculpas a Harry con la mirada. —Bah, no pasa nada. La verdad es que fue una tortura levantarme. Nos acostamos a las tres.

—¿La disco estaba animada?

—¿Animada? —Su amiga se sirvió un café de la jarra. —Seguro que Katey se acostó a las seis por lo menos. Tenías que ver como baila Luis. Entre la siesta y la disco seguro que ni va a la excursión.

Desmintiendo sus palabras en ese momento entró la parejita con una sonrisa de oreja a oreja mientras hablaba con Donovan que les acompañaba. —¿Eso crees?

Saludaron y se sentaron a la mesa. Donovan suspiró. —Joder, qué resaca.

—¿Una noche dura?

—He tenido que emborracharme para aguantar su parloteo.

—Muy sensible.

Él levantó una ceja. —¿Dónde está Cawley?

—Eso me gustaría saber a mí. —Miró su reloj. —En media hora tenemos que ir a la excursión. —Sus amigos se levantaron a toda prisa para ir al buffet.

—Esto del buffet me va a hacer engordar diez kilos —dijo Fiona mientras se alejaba—. Cielo, ¿eres muy caro?

Harry se echó a reír y la besó en la sien. —A ti te torturaré gratis.

—Oye Harry, ¿y a mí? —preguntó Katey corriendo tras ellos—. ¿Cómo puedo endurecer el trasero?

Impaciente volvió a mirar la puerta. —Es mayorcito, ¿sabes? —dijo Donovan divertido antes de beber de su taza de café.

Se sonrojó. —No quiero agobiarle.

—¿No? Pues lo estás haciendo estupendamente. —Apoyó los codos sobre la mesa riendo. —Estupendamente.

—Si no hubiera hecho lo que hice no estaríamos como estamos. —Entrecerró los ojos. —¿Me has entendido?

—Perfectamente y quizás tengas razón.

—Quizás no. La tengo.

—A mí no me la pegas con esa carita de inocente. Has escuchado que mi amigo quiere casarse y mocosos, así que te has tirado en plancha a la piscina. Pues cuidado guapa, porque no tiene agua.

—¿Qué quieres decir?

La advirtió con la mirada. —Te vas a pegar una hostia de cuidado. Espero que lleves tiritas. Las vas a necesitar.

Estaba tan convencido de lo que decía que sintió miedo. Le miró fijamente esperando que dijera algo más cuando la besaron en el cuello sobresaltándola. Al ver que era Cawley forzó una sonrisa. —Me has asustado.

Se sentó a su lado. —Perdona, nena... Donovan, ¿qué tal anoche?

—Como todas más o menos —dijo con hastío mirando a su alrededor.

Los chicos se sentaron, pero Cawley no se sirvió nada de desayunar. Ah, no. Eso sí que no. Se levantó y le llenó un plato poniéndoselo delante. Él hablando con los chicos sobre la noche anterior empezó a comer distraído, pero ella no dejaba de pensar en la advertencia de Donovan. Eso unido a las palabras de Cawley la tarde anterior cuando le dijo que le haría daño la hicieron pensar en mil cosas. Al ver que Donovan no comía se levantó y cogió otro plato poniéndoselo delante. Él la miró sorprendido antes de decir —Gracias, no era necesario.

Hizo un gesto sin darle importancia y observó como todos desayunaban a toda prisa.

Cuando se levantaron Cawley y Harry hablaban de sus entrenamientos, así que se alejaron un poco. Ella se puso al lado de Donovan y le cogió por el brazo deteniéndole. —¿Cómo crees que va a hacerme daño?

Él apretó los labios. —A mí no me metas en esto.

—Ya te has metido solo, nadie te había preguntado nada.

Donovan les miró de reojo. —Joder, es mi mejor amigo. —Eso sí que la preocupó y le suplicó con la mirada. —Hasta tú te diste cuenta.

—No sé de qué hablas.

—Hablo de tu abuelita. Su actitud cambió contigo cuando se enteró de quien eras. Por Dios, las tías sois bobas. Si hasta te dijo que rica eras mucho más atractiva. Se lo pusiste en bandeja. Incluso le dijiste por cuanto había vendido. Necesita un cliente con mucho dinero para ascender en la empresa. Vicepresidente de inversiones Thompson. —Palideció al escucharle. — Un noviazgo contigo le vendría muy bien, Bernie. Eso por no decir que su padre está metido en un

lío de cuidado. Cawley se enteró hace un par de semanas de que su empresa está en concurso de acreedores y debe a los proveedores más de un millón de pavos. Están a punto de imputarle un delito de fraude. Me quedé de piedra cuando aceptó venir al crucero el día que lo propuso Luis. Ni muerto le hubiera convencido si no fuera por algo.

Dio un paso atrás impresionada. —Porque necesita una rica heredera. Todo ha sido un timo.

—Exacto. El timo más viejo del mundo. Un matrimonio por conveniencia. ¿Y cómo convencerte después de rechazarte de plano?

—Haciéndose el confundido. El que no sabe lo que quiere.

—Bingo.

Reteniendo las lágrimas preguntó —¿Por qué me lo cuentas?

—Porque yo aspiro al mismo puesto.

—Y te va ganando, ¿verdad?

Donovan se enderezó. —Sí. Pero eso cambiará porque yo sí tengo un inversor que les va a dejar con la boca abierta.

Ninguno de los dos tenía escrúpulos.

—¿Nena? —Miró sorprendida hacia la puerta y Cawley frunció el entrecejo. —¿Todo va bien?

Forzó una sonrisa disimulando que la bilis le subía por la garganta. —Claro que sí. —Se acercó a toda prisa. —¿Sabes que Donovan tuvo que emborracharse para soportar la cháchara de la rubia?

Cawley se echó a reír palmeando la espalda de su amigo. —¿Tan pesada era?

—Ni te lo puedes imaginar.

La miró de reojo advirtiéndola y ella disimulando dijo —Tengo que ir al baño.

—Sí —dijo Fiona—. No vaya a ser que luego no encontremos uno.

Las chicas se alejaron y Fiona la miró de reojo entrando en el baño antes de susurrar —  
¿Qué ocurre?

Se volvió con lágrimas en los ojos. —Todo ha sido mentira.

Ni supo cómo aguantó la excursión sin montar un numerito. De hecho sonrió cuando tenía que hacerlo, le besó si él lo hacía e intentó mostrar interés en todo lo que les explicaban. Lo peor fueron las fotos. Luis se empeñó en hacerles fotos solos en el palacio de Diocleciano. Cawley la cogió por la cintura pegándola a su torso. —¿Estás bien?

Ella le miró a los ojos acariciando su pecho por encima de la camiseta. —Sí, claro. —  
Forzó una sonrisa. —Esto es precioso.

Él acarició su sien. —Pareces triste.

—No, qué va.

—Chicos, miradme. —Ambos miraron hacia Luis que sacó un par de fotos. —Perfectos.

—¡Ahora nosotros! —dijo Katey impaciente cogiendo a su novio de la mano y tirando de él.

Cogió la cámara de la que pasaban y les sacó un par de fotos. Al devolver la cámara sonrió. —¿Después nos las pasas?

—Sí, claro. —Luis se colgó la cámara al cuello. —¿Te duele la cabeza?

—No, qué va.

—Estás algo pálida.

—Será el calor.

—Sí, hace un calor espantoso —dijo Fiona apoyándola—. A ver si paramos para beber

algo.

—Voy a ver si encuentro un puesto para comprar agua —dijo Cawley mirando a su alrededor.

—Te acompaño.

Las chicas la rodearon mientras ellos se alejaban. —Valor, amiga.

—Dios, ¿qué voy a hacer? —preguntó volviéndose e intentando no llorar.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Fiona fríamente—. Hablar con él. Tienes que descubrir si es cierto.

—¿Y crees que me va a decir la verdad?

—Todo esto me parece muy raro. No sé si ha sido esa Paris o han sido un montón de casualidades, pero todo esto empieza a atufar por todos lados —dijo Katey muy seria—. Su reacción en el aeropuerto. Los asientos en primera. La venta de la empresa de tu abuela sin que te dijieran nada. —La miró incrédula. —¿No os parecen un montón de casualidades?

A Bernie se le cortó el aliento mirando los ojos azules de su amiga. —Dios, todo ha sido una trampa desde el principio. —Sacó su móvil y furiosa llamó a su hermana.

—¿Qué tal el viaje?

—¿Qué habéis hecho? —gritó al teléfono.

—¿Bernie? ¿Estás bien?

—Has sido tú, ¿verdad? —preguntó furiosa sin darse cuenta de que lloraba porque lo que se estaba imaginando era inconcebible.

—Bernie cálmate —dijo preocupada.

—¿Que me calme? ¿Cómo lo has hecho?

—Sabía que la abuela iba a vender la empresa desde el principio. Me lo dijo unos meses antes de la boda. Ella me pidió que no te dijera nada porque con el interés que tienes en la

literatura pensaba que te sentirías rechazada y que estarías de morros hasta la firma para intentar que cambiara de opinión. Prefería que no supieras nada hasta que fuera un hecho.

Se le cortó el aliento porque eso sí que no se lo esperaba. —Dios mío.

—Y Cawley era quien iba a vender el cincuenta y un por ciento de sus acciones.

—Le conocías.

—Sí, me lo presentó en su despacho. Le cayó bien desde el principio. —Por eso había llamado bruja a su abuela, porque la conocía muy bien. Su hermana siguió hablando. —Fue una sorpresa verle en la cafetería, te lo juro. Eso fue una casualidad.

—Él me conocía. La abuela tiene fotos nuestras por todo el despacho. —Una lágrima cayó por su mejilla.

—Sí. Y al principio hubo varias veces en que temí que se acercara a saludar, pero conseguí esquivarle poniéndole mala cara. Así que se lo comenté a la abuela. Al darnos cuenta de tu interés por él... Entre las dos lo tramamos. La abuela habló con él diciéndole que tú no sabías nada de la venta y no podía justificar que él y yo nos conociéramos porque no tenemos amigos en común, así que le pidió que se mantuviera alejado por el bien del negocio.

Sintió que el mundo se tambaleaba bajo sus pies. —Todo era mentira. Donovan tenía razón. Era un timo.

—¡No lo entiendes, sabíamos que era perfecto para ti! ¡En cuanto la abuela le conoció, se dio cuenta de que era el hombre con quien necesitabas pasar tu vida! Pero durante casi un año no supimos cómo prepararlo precisamente porque no se podía acercarse a ti para no revelar la venta sin mentirte descaradamente sobre en qué trabajaba. Y de esa mentira te enterarías tarde o temprano. Teníamos que evitar eso porque podría enturbiar vuestra relación en el futuro. En cuanto se firmara, todo sería más fácil. Ya estaría cerrado el trato y ya no habría marcha atrás. Pensábamos hacer una fiesta para celebrarlo y que así os presentarais. Pero llegó lo del viaje y vimos nuestra oportunidad. Hasta la abuela se sorprendió por lo bien que te tomaste la venta de la

empresa.

—¡Solo me quiere por mi dinero! —gritó desgarrada.

—¡No! La abuela intentó tentarle con eso, pero no consiguió nada. Solo le dio algo de dinero para su padre antes del viaje porque lo necesitaba con urgencia —dijo su hermana llorando por su sufrimiento—. Pero es un préstamo. Se lo devolverá. Él no quería entrar en esto, aunque la abuela le insinuó varias veces que haríais una pareja estupenda no quería pasar por el aro. —A Bernie se le cortó el aliento sintiéndose humillada por su propia familia. —De hecho él se negó desde el principio, te lo juro. Por eso se sorprendió al verte en el aeropuerto y se puso así. Creía que le seguías.

—¡No me mientas más! —gritó perdiendo los nervios. Escuchó un sollozo de su hermana—. Solo quiere que la abuela sea su cliente en la empresa donde trabaja. Por eso estaba tan contento aquel día en el restaurante cuando decidieron el viaje, ¿verdad? Había recibido su comisión. —Se llevó la mano libre a la frente.

—Firmaron la venta de las acciones de la empresa esa mañana.

—Dios mío. —Sintiendo que le faltaba el aire sollozó. —Todo era mentira. Tú lo organizaste todo para que nos acercáramos durante el viaje.

—Una amiga de la abuela me ayudó. Es dueña del tour operador que organiza los viajes. A Paris no le fue difícil que coincidierais en el avión...

—¡Y en los hoteles! ¡Todo premeditado!

—¡Pero si está contigo es por ti! ¡Nosotros solo os aproximamos!

—¡Qué le hizo cambiar de opinión! —gritó fuera de sí.

—Tú —dijo su hermana—. Te lo juro, no hicimos nada más.

—Te conozco bien. ¡Sigues mintiendo! ¿Qué le ha ofrecido la abuela? ¿Sus millones para que juegue con ellos en bolsa? ¡La necesita para conseguir la vicepresidencia!

—Bernie, no sé de qué me hablas —dijo su hermana angustiada—. Solo sé que le prestó dinero para un problema que tenía su padre. Algo de unas deudas.

Donovan no había mentido en nada. —Solo te lo preguntaré una vez más y te juro que como no me digas la verdad no vuelvo a hablarte en la vida. —Su hermana sollozó. —¿Qué le hizo cambiar de opinión?

—Bernie...

Llorando siseó —¿Qué?

—¡No sé de qué hablas! Solo sé que llamó a la abuela desde Venecia antes de embarcar. La abuela le prometió que administraría el cincuenta por ciento de su dinero el próximo año, y según los resultados y si había boda, ya verían lo que ocurría.

Cerró los ojos porque ya había confirmado sus sospechas y dejó caer el teléfono. Fiona se agachó a cogerlo para ponérselo al oído y susurró —Ya te llamo más tarde.

Bernie se volvió para mirarla y palideció al darse cuenta de que Cawley estaba tras ella con la botella de agua en la mano. Él apretó los labios. —Te dije que te haría daño, preciosa. Tarde o temprano tenías que enterarte. La necesito y ella lo sabe. Después de conocerte no me pareció mal trato.

Le pegó un tortazo que le volvió la cara. —¿Sabes lo más penoso? Que a pesar de saber por las cientos de conversaciones que he escuchado durante el último año como eras realmente, creí que podía conseguir tu amor cuando es evidente que eres un egoísta de mierda al que solo le importa el dinero. —Sus ojos reflejaron su profundo dolor. —Hasta ese punto soy estúpida.

—Es un trato de negocios.

—¿En el que no te importa meterme en la cama con tal de conseguir lo que quieres! —gritó fuera de sí—. ¿Te hubieras acercado a mí si ella no fuera mi abuela? —Él apretó los labios y Bernie sonrió con cinismo. —No, claro que no. No pude tentarte durante un año entero, ¿verdad? Tú mismo me lo echaste en cara en el aeropuerto.

—¿Qué tengo que decir? ¿Que me atraías? ¡Tu abuela intentó convencerme varias veces sin resultado! ¡Pero es lista, sabía que yo podía sacar el mayor partido a sus acciones, por eso no me dio la patada cuando me negué en redondo! ¡Acepté su préstamo, sí! ¡No tenía otra opción! — Se le rompió el corazón mientras sus amigas jadeaban de la sorpresa. —¡Cuando te vi en el aeropuerto no me lo podía creer! ¡Supe de inmediato que ella tenía algo que ver en el asunto y como acabo de escuchar no estaba equivocado! ¡Y después de conocerte su plan no me pareció tan mal! ¡Si tuvieras una empresa en la ruina y un padre a punto de ser encausado lo entenderías! ¡Necesito las comisiones de lo que gane con sus acciones para sacar adelante a mi familia y esa puta empresa!

—Te olvidas del ascenso —dijo fríamente.

Sonrió con cinismo. —No lo olvido.

—Serás cabrón —dijo Fiona asombrada.

Él le tendió la botella de agua a Fiona que se la arrebató de la mano. Cawley dijo mirándola a los ojos —Creo que es hora de regresar al barco. Nos están esperando.

—Desaparece de mi vista —dijo Katey indignada.

Aunque su rostro no lo mostraba sus ojos la miraron preocupados. Bernie se volvió sin ser capaz de mirarle.

—¡Eh, chicos... qué pasa! —gritó Luis desde lejos—. ¡El autobús nos espera!

Fiona puso la mano en su hombro. —Cielo, tenemos que volver.

—Sí —susurró sintiendo que su corazón se retorció de dolor recordando las palabras de su abuela. Solo quiero que seas feliz. Y lo fue. Fue plenamente feliz durante unas horas. Una felicidad que era mentira de principio a fin. Se puso las gafas de sol y sus amigas que no sabían que decirle la franquearon de regreso al autobús.

—Lo siento muchísimo —dijo Fiona.

Miró el autobús y vio como Cawley al verlas llegar se subía muy tenso como si quisiera

asegurarse de que no se quedaba en tierra. Luis se acercó a ellas preocupado. —¿Qué ocurre? ¿Te encuentras peor?

—¿Tú lo sabías? —preguntó Katey muy mosqueada.

—¿El qué?

Se quedaron discutiendo ante el autobús y ellas subieron los escalones. Harry les hizo una señal, pero al ver una lágrima correr por la mejilla de Bernie se tensó levantándose. Fiona le miró. —¿Puedes sentarte con Cawley? El autobús está lleno.

—Sí, claro. ¿Está bien?

Fiona negó con la cabeza y la dejó pasar a la ventanilla. Se sentía tan humillada... No solo por el hombre al que había entregado su corazón sino por su propia familia. La habían tratado como si fuera una estúpida. Recordó la cara de Darla al decirle que Cawley le gustaba y como había sonreído como si le encantara que fuera así. Y a su abuela preguntándole en Navidad si le gustaba alguien cuando ya lo sabía todo. También recordó como su madre cuando le respondió avergonzada que no, le había guiñado un ojo a la abuela de manera cómplice.

Miró por la ventanilla y en su memoria apareció la primera vez que había visto a Cawley y lo impresionada que se quedó al verle. Tan seguro de sí mismo, tan guapo, el tipo de hombre que se fijaría en alguien como Paris y no en ella, bajita, sin curvas y tímida. Estaba claro que era una estúpida de primera que ni conocía a su familia.

Vio el barco esperándoles en alta mar y pensar que iba a pasar los próximos nueve días allí la angustiaba. Tendría que verle todos los días. Se apretó las manos con fuerza intentando controlarse cuando lo que quería era gritar de dolor y fue un verdadero alivio cuando el autobús se puso en marcha.

Llegaron al puerto y se subieron a una lancha motora que les llevaría hasta el buque. Se subió en silencio deseando llegar cuanto antes para evitar las miradas de sus amigas y de los amigos de Cawley, que estaban muy tensos guardando silencio.

Cuando se aproximaron al buque fue la primera en coger la mano de uno de los de la tripulación y saltó a la plataforma a toda prisa para subir los escalones de acero que llevaban a la puerta casi corriendo.

—¡Bernadette no corras!

Asombrada miró hacia abajo para ver que efectivamente había sido Cawley y esa falsa preocupación fue como una cuchillada en el corazón. Apretó los labios mientras una lágrima corría por su mejilla antes de volverse y entrar en el barco. Pasó el sistema de seguridad lo más aprisa que pudo y corrió hasta las escaleras esquivando a todos los que intentaban ir a los ascensores. Llegó a su habitación en silencio y cerró con llave antes de ir hacia la terraza para abrir las puertas de cristal necesitando aire. Miró la costa y sollozó. Pensó en sus amigas y en que si se quedaba les fastidiaría el viaje. Además no soportaría verle cada día hasta que esa tortura acabara. Debía cortar por lo sano. Cogió su bolso asegurándose de que tenía el pasaporte y en ese momento llamaron a la puerta sobresaltándola. Sin aliento preguntó —¿Si?

—¿Estás bien? —preguntó Fiona.

—Sí, solo quiero descansar. Necesito estar sola.

—¿Estás segura? Si hablaras de ello... —dijo Katey preocupada.

—No quiero hablar ahora, por favor.

La angustia de su voz les hizo decir —Está bien. Pero llámanos si nos necesitas. Estaremos en nuestras habitaciones.

Se emocionó por su preocupación. —Gracias. —Mientras se alejaban cogió un block y un boli que había sobre la cómoda y les escribió unas palabras explicándose. Arrancó la hoja y se acercó a la puerta esperando que hubiera menos movimiento en el pasillo. Un cuarto de hora después se oía menos gente y abrió la puerta mirando hacia donde estaba la habitación de Cawley. La puerta estaba cerrada. Igual hasta se estaba tomando una cerveza tranquilamente. Fue hasta el ascensor y pulsó el último piso. Sabía que estaría allí porque quedaba poco para zarpar. Cuando

llegó al puente de mando pidió ver al capitán y preocupado se acercó a ella. —¿Algún problema?

—Necesito volver a tierra. ¿Es posible?

—Pero... —Confundido preguntó —¿Estás segura?

—Sí. No he estado más segura en la vida. Debo regresar a casa cuanto antes. Es urgente.

—Extendió la mano con la nota. —¿Se la puede dar a mis amigas? No he podido avisarlas.

Él asintió y miró hacia un marinero. Le hizo un gesto para que se acercara. —Asegúrese que la señorita Haverhill llega a puerto.

—Sí, capitán. Venga conmigo, por favor.

—Gracias.

Él asintió, pero preocupado la cogió del brazo antes de que se alejara. —¿Seguro que estás convencida de lo que haces?

Forzó una sonrisa. —Dile a Paris que no pudo ser.

—Lo va a sentir muchísimo, te lo aseguro.

—Buen viaje, capitán.

—Te deseo lo mismo. Lo deseo de veras.

Asintió siguiendo al marinero. No fue difícil salir del barco. Dejó la tarjeta de la habitación en la recepción cinco minutos después y la acompañaron a la escalera donde el último barco regresaba a puerto. Mirando el buque mientras se alejaba supo que había hecho lo correcto. Era hora de olvidar a Cawley para siempre.

## Capítulo 11

Su teléfono sonó y ella cogió el móvil jurando por lo bajo porque estaba en lo mejor de la escena. Al ver que era su hermana descolgó a regañadientes. —¿Si?

Darla suspiró. —¿Todavía estás enfadada? Han pasado más de seis meses. Nunca habíamos estado enfadadas tanto tiempo.

—Claro, porque siempre te perdono a las horas —dijo con ironía—. Así que todo esto tiene que ser una novedad para ti.

Su hermana se quedó en silencio unos segundos. —¿Vas a venir para la fiesta del bebé? Será una semana antes de nuestro cumpleaños. —Bernie se mordió el labio inferior levantándose para mirar por la ventana. Estaba lloviendo en Venecia y el agua cubría las calles. —Por favor...

—Darla no me ruegues.

—Sé que hicimos mal. —Su hermana sollozó.

—Se lo dije a la abuela cuando vino hace cuatro meses. Necesito tiempo.

—¿Tiempo para qué? Solo queríamos lo mejor para ti.

Apretó los labios porque no lo entendían, ninguno lo entendía porque decían que había sido por su bien. —¿Cómo te sentirías tú si supieras que David no te ha querido nunca y que nunca te querrá porque lo único que le interesa es el dinero de la abuela? ¿Cómo te sentirías si yo lo supiera y te lo hubiera ocultado? Es más, que ayudara a que él te engañara y todo porque considero que es por tu bien.

—Lo siento —balbuceó su hermana—. Te juro que lo siento.

—Ya le he dicho a mamá que no sé si iré para el cumpleaños. —Se acarició su vientre

sintiendo a su hija. Una hija que nadie conocía. —Tengo que pensar en ello aún.

—Está bien. —Su hermana sorbió por la nariz. —No viniste en Navidades... —dijo con pena antes de quedarse en silencio varios segundos—. Le veo a menudo, ¿sabes?

—¿A quién?

—A Cawley.

Se le cortó el aliento tensándose porque hacía tiempo que no sabía nada de él. Su abuela no le había vuelto a mencionar después de decirle sus razones para actuar así y eso que la llamaba por teléfono cada semana para asegurarse de que estaba bien. En realidad la llamaba buscando su perdón, pero después de tantos meses Bernie sabía que su relación con su familia jamás iba a ser la misma.

Su hermana interrumpió sus pensamientos al darse cuenta de que no decía nada. —Sigue yendo al restaurante con los chicos. Me preguntó por ti. Que se había preocupado hasta que se enteró por la tripulación de que habías abandonado el barco.

Al parecer ahora ya no disimulaban que eran amiguitos. —¿Qué creyó, que me había tirado por la borda? —preguntó irónica.

—Sí, eso pensaron. De hecho lo pensaron todos hasta que hablaron con el capitán y les dio la nota.

Se quedó sin aliento. —¿De veras? Fiona no me dijo nada.

—No quería que te sintieras mal por ellos también después de lo que había ocurrido —susurró su hermana—. No tenía que habértelo dicho.

Se pasó la mano por la frente. —No, no pasa nada. Jamás quise que pensaran... No quería que se sintieran mal. Solo quería irme.

—Lo saben. Me preguntó dónde estabas.

Frunció el ceño. —¿Para qué? ¿Curiosidad morbosa?

—Le dije que estabas en Venecia. No es un secreto, ¿verdad?

—No, Darla —dijo con burla—. ¡No es un secreto, pero no tengo ni puta idea de por qué se lo tienes que contar a él!

—Porque parecía que le importaba.

—¡No le importa una mierda! ¡Contento debería estar de que la abuela haya confiado en él para que administre sus acciones! ¡Aunque da igual que se lo hayas dicho porque seguro que se lo había dicho la abuela! ¡De hecho estoy segura de que ya lo sabía y es otra de vuestras tretas para sacarme de quicio! —gritó furiosa.

—¿Por eso no vuelves? ¿Porque la abuela ha confiado en él?

Incrédula se giró yendo hacia su sillón. —Mira, tengo que terminar un capítulo y no tengo tiempo para discutir contigo.

—Te lee, ¿sabes? —Se quedó de piedra. —Se ha alegrado mucho del éxito de tu página web. Lee cada capítulo que publicas.

Eso sí que no se lo esperaba. —¿Qué pasa, que la abuela le ha propuesto otro trato y se está preparando para abordarme? ¡Y tú les apoyas de nuevo por lo que me estás contando! ¡Mira, dejadme en paz! —gritó colgando el teléfono. En cuanto lo hizo se sintió fatal por tratar así a su hermana, pero se sentía tan frustrada con ellos... Tan decepcionada... Y encima la mala era ella. Se echó a llorar y tiró el teléfono sobre la mesa antes de cubrirse la cara con las manos.

Cuando había bajado del barco decidió regresar a Venecia. Allí alquiló una habitación en una casa de huéspedes y durante días se dedicó a pasear. No llamó a nadie, no quería ver a nadie ni hablar con su familia, así que su teléfono estuvo apagado durante dos semanas. Pero una tarde sentada en la plaza de San Marcos tomando un refresco recordó que tenía que llamar a su jefe para decirle que no volvía. Cuando regresó a casa lo encendió y vio los cientos de mensajes y llamadas que tenía en el teléfono. A algunos números ni los conocía. Se dijo que ya era hora de hablar con alguien y explicarse, así que a la primera que llamó fue a su madre. Fue la única que se disculpó

en cuanto descolgó. Después mientras ambas lloraban hablaron extensamente de todo lo ocurrido y la entendió. Le rogó que regresara a casa, pero no estaba preparada para volver y le dijo que se quedaría en Venecia un tiempo. Que no quería hablar con nadie. Pero aunque la entendía se chivó a toda su familia y uno por uno hasta David la empezaron a llamar. Su padre le ordenó que regresara a casa de inmediato si no quería que se presentara en Venecia. Su abuela hizo exactamente lo mismo después de decir que era una desagradecida cuando le había buscado un novio de primera clase. Su hermana variaba. Unas veces se enfadaba y otras lloraba pidiéndole perdón. Dependía del día y de cómo tuviera las hormonas. La única que fue hasta allí fue su abuela. Un día abrió la puerta para ir a hacer la compra y allí estaba con su traje de Chanel y su cabello castaño impecablemente peinado a la altura de la barbilla. Ambas se miraron a los ojos y los de su abuela decían claramente que iba a la guerra.

—¿Puedo pasar?

—¿Es que nunca puedes respetar mis deseos?

—¿Ahora vas a sacar los trapos sucios del pasado?

Apretó los labios haciéndose a un lado y Darla Haverhill entró en su habitación frunciendo su naricilla como cuando algo no le gustaba nada. —Puedes permitirte algo mejor.

—Estoy bien aquí. —Cerró la puerta y se giró. —Ve al grano, abuela. Tengo cosas que hacer.

Darla apretó los labios dejando el bolso sobre la mesa. —Vaya, veo que te has endurecido.

—Al parecer no lo suficiente. —Se la quedó mirando fríamente y su abuela la miró como si no la conociera. —¿A qué has venido?

—Estaba preocupada por ti.

—No te preocupó unir mi vida a un sinvergüenza.

—Te gustaba antes de que yo hiciera nada. ¡Y prácticamente lo hiciste tú todo! ¡He

hablado con tus amigas!

—¿Eso es lo que mantiene tu conciencia tranquila? Me alegro mucho.

Darla apretó los labios. —¿Y piensas quedarte aquí?

—Sí, al menos durante un tiempo.

—¡Apartada de todos!

—Necesito estar sola.

—¡Para castigarnos!

La miró incrédula. —No, abuela. ¡Para intentar comprender como una persona que supuestamente me quiere, no protege mis sentimientos de alguien que solo quiere aprovecharse de mí!

—¡Cambió de parecer!

—¡Con un objetivo claro! ¡Tu dinero! ¡Sin ese factor jamás me hubiera dado una oportunidad! ¿Sabes cómo me siento?

—Herida. Eso puede verlo cualquiera.

Tragó saliva no queriendo llorar. —Es mejor que te vayas.

—¿Me estás echando? —preguntó alucinada.

—Sí.

—Niña desagradecida. —Ofendidísima cogió su bolso. —¡Solo lo hice por ti! ¡Por hacerte feliz!

—Entonces no tenías que haber intervenido. No todo gira alrededor de Darla Haverhill.

—¿No todo gira a mi alrededor? ¡Pues devuélveme el dinero que te di para esta vida tan bohemia que tienes!

Sabía que era otra manera de presión para que regresara a casa. —Te hice la transferencia hace dos semanas. Igual deberías hablar con Cawley que es quien administra tus finanzas.

Se le cortó el aliento. —¿Cómo te has enterado?

—Me lo ha dicho mamá.

Levantó la barbilla orgullosa. —Es muy bueno en su trabajo.

—No lo dudo. Ahora por favor quiero que te vayas de mi casa.

Su abuela fue hasta la puerta muy tensa y cuando llegó a ella se detuvo con la mano en el pomo. —Yo solo quería que fueras feliz. Durante meses vi una luz en tus ojos que antes no estaba ahí y durante esos meses no moviste un solo dedo por conocerle. Quería darte una oportunidad para que se enamorara de ti. —Salió de su habitación y Bernie con un nudo en la garganta miró la puerta cerrada durante varios minutos. Puede que no quisieran hacerle daño, puede que lo hicieran por su bien, pero lo que habían conseguido fue hacerla sufrir más que en toda su vida. Sentada ante su escritorio recordó como se había llevado la mano al vientre aún plano sabiendo que ese dolor no lo olvidaría nunca.

Una mano tocó su hombro sobresaltándola y miró tras ella para encontrarse a Paolo. —Oh, ¿ya estás aquí?

El hombre que había sido amante de su abuela apretó los labios. —¿Te han llamado de nuevo?

Chasqueó la lengua pasándose las manos por las mejillas. —Mi hermana.

Suspiró sentándose en la esquina del escritorio. —¿No se dan por vencidos?

—Al parecer no. —Miró la pantalla. —Ya te he pasado eso al ordenador. ¿Quieres verlo?

—No cambies de tema, cara.

Miró sus ojos verdes y su triste sonrisa. —Es que siempre es lo mismo y estoy harta del tema.

—Lo entiendo. ¿Qué quería ahora?

—Que vaya a la fiesta por el nacimiento del niño. Es una semana antes de nuestro

cumpleaños.

—No puedes esconderte más.

—No me escondo.

—Tu abuela me ha llamado.

Exasperada se levantó. —¿Y qué quiere ahora?

—Ha amenazado con quemarme la casa. Dice que hasta ha contratado a alguien. —

Reprimió la risa.

—Joder, ¿mi madre se ha chivado de que me he mudado?

—Al parecer sí. Le he dicho que eres la mejor ayudante que he tenido y que no te cambio ni por mil casas, pero le da igual. —De repente entrecerró los ojos. —No habla en serio, ¿verdad? ¡Es un palacio del siglo dieciséis!

—Solo quiere intimidarte.

Suspiró del alivio, pero no se quedó a gusto. —¿Dónde se comprarán esos detectores de humo?

—Paolo, no va a quemarte la casa.

—Darla tiene muy mala leche. Una vez me retrasé en darle un capítulo y me ató a la cama.

—Eso era porque quería una excusa para hacerte el amor.

—Cierto. —Soltó una risita. —Es muy apasionada.

—Oh, por Dios... —Se tapó los oídos mientras él se reía.

—Muy bien, no hablo más de nuestras andanzas sexuales.

—Gracias.

Él miró su vientre. —Dentro de poco no podrás subirte a un avión.

—¿Y?

—Cara, querrás dar a luz a tu bambina rodeada de los tuyos. —Apretó los labios volviéndose y él sonrió con tristeza. —¿Tienes miedo de decírselo?

—No. Me da igual lo que digan.

—¿Y lo que hagan?

—Eso me preocupa más.

—Darla sacará su artillería pesada, ya lo sabes. ¿Pero no te has endurecido lo suficiente en estos meses como para enfrentarte a todos?

Le miró de soslayo. —¿Lo he hecho?

—Oh, sí. La Bernadette que conozco ahora no tiene nada que ver con aquella chiquilla tímida que apenas abría la boca. Ahora eres una mujer y tienes algo muy importante por lo que luchar. Por tu independencia y por tu niña. Nadie puede obligarte a nada que tú no quieras. —Acarició su espalda. —Nadie.

Miró por la ventana. —Quieres que vuelva. Te ha convencido.

—No me ha convencido. Pienso en ti. Has lamido tus heridas, pero si eres adulta y has madurado, si quieres demostrarles a todos que no te vas a dejar pisar por nadie, este no es tu lugar. Debes regresar a casa.

La verdad es que les echaba muchísimo de menos. Sobre todo a su madre y a su hermana. Pero incomprensiblemente también a la meticona de su abuela. Porque a pesar de lo que le habían hecho, sabía que la querían. Suspiró pensando en su hermana. Sí, echaba de menos a su mejor amiga. A la persona que había compartido cada cosa de su vida desde su nacimiento y se había perdido su embarazo y ella el suyo.

—Piénsalo, ¿vale? —Paolo sonrió.

—¿Por qué eres tan bueno conmigo?

Paolo la abrazó y la besó en la coronilla. —Todo el mundo debería ser así contigo y odio

que ese hombre te haya hecho daño. —Emocionada se echó a llorar sobre su pecho y él la abrazó hasta que se calmó un poco. —¿Sabes? Tengo que ir a Nueva York.

Se apartó para mirarle a los ojos. —¿Si?

—En dos semanas para algo de una productora que quiere los derechos de mi último libro. Puedo acompañarte si quieres...

Sonrió con tristeza. —No tienes que hacerlo. Y tú ni muerto dejarías que adaptaran una de tus novelas. Lo has dicho mil veces. —Acarició su mejilla. —Pero gracias. Esto tengo que hacerlo sola.

—Esta siempre será tu casa, lo sabes.

—Te quiero.

—Y yo a ti, cara.

Madre mía, qué vuelo había tenido. Agotada tiró de su maleta hasta la salida acordándose de todos los muertos de su vecino de asiento. A ella le había tocado pasillo y el muy mamón se había levantado veinte veces durante la noche para ir al baño. No había podido pegar ojo y para colmo le había tirado encima el café. Menos mal que ya estaba frío, pero ella no tenía con qué cambiarse, así que iba con su jersey beige con una mancha enorme en todo el pecho. Encima apestaba a café. Con una cara de cabreo que no podía con ella cruzó la salida de pasajeros y caminó sin perder el tiempo hasta la salida del aeropuerto, sin darse cuenta de que toda su familia apiñada ante la puerta con una pancarta enorme dejaba caer la mandíbula del asombro por su vientre.

Su hermana fue la primera en reaccionar y preguntó dudosa —¿Bernie?

Distraída miró sobre su hombro abriendo los ojos como platos al verlos allí a todos. Incluso a la abuela que tenía la boca abierta mirando su barriga. Mierda. Y ella que quería decirlo

suavemente. Iba a matar a Paolo.

—¡Bernadette Catherine Haverhill! ¡Dime que tienes gases por el vuelo!

Se puso como un tomate por el grito de su madre que dio un paso hacia ella sin salir de su asombro. Carraspeó mirando a su alrededor para ver que medio aeropuerto les miraba.

—Ya te decía yo que esta niña se había vuelto muy rebelde —dijo su padre como si fuera a ponerle un correctivo—. ¡Hija, esto sí que no me lo esperaba! Ya hablaremos en casa. —Como un tomate observó como su padre iba hacia la salida cabreadísimo mientras David reprimía la risa. —¡Voy a por el coche!

—Estás embarazada —dijo su hermana alucinada—. ¡Y no me lo habías dicho!

—¡Ni a mí! —exclamó su madre como si fuera un sacrilegio.

—En menudo lío te has metido, jovencita —apostilló su abuela antes de sonreír de oreja a oreja—. Ahora eres mía.

—¡Ja! —Tiró de su maleta hacia fuera del aeropuerto y todos corrieron tras ella.

—¿Como que ja? —preguntó la abuela indignada—. ¡Te vas a casar!

—Abuela no empieces que coge el primer vuelo de vuelta —dijo Darla asustada—. Yo te apoyo.

—Y yo y yo —dijo su madre a toda prisa—. Papá va a ser más difícil de convencer. Tiene un cabreo...

Se volvió molesta. —Escuchad bien lo que voy a decir. ¡Mi vida es mía! Yo decido sobre ella, no vosotras. Y si mi embarazo le molesta a papá lo siento mucho, pero está aquí y aquí se va a quedar.

—Claro —dijeron todas a la vez mientras David reía por lo bajo. Su mujer le dio un codazo para que se callara.

Bernie entrecerró los ojos mirándolas una por una. —No me agobiéis, os lo advierto.

Las tres negaron con la cabeza y levantó la barbilla sin confiar en ellas del todo. Un vehículo se detuvo tras ella y se volvió para ver un coche que no conocía. Su padre salió dando un portazo y lo rodeó cogiendo la maleta mientras le miraba el vientre y gruñía. La metió en el portaequipajes y David iba a decir algo, pero Darla le dio un codazo.

—¿Es vuestro coche nuevo?

—Sí, ¿te gusta? Tiene mucho espacio para el niño. —David abrió la puerta. —Siete plazas.

—Sí que tiene espacio.

Se subió acariciándose el vientre y suspiró agotada, pero todas pelearon por sentarse a su lado y al final ganó la abuela y su madre.

Su hermana puso mala cara. —Pues me siento delante.

—Eso, las embarazadas delante —dijo su abuela antes de girar la cabeza hacia ella—. ¿De cuánto estás?

—De mucho. David, ¿no subes?

—Es que tu madre no me ha dejado adelantar su asiento para sentarme detrás.

Ronna gruñó saliendo del coche como si fuera un pesado y David se sonrojó subiéndose a toda prisa. Su madre tiró de la puerta cerrándola de golpe y David gimió por lo bajo.

—¿Y qué es? —Su hermana miró hacia atrás mientras su padre gruñía de nuevo sacando el coche. —¿Niño o niña?

—Niña.

—Oh, Barry... una niñita —dijo su madre.

—Parece que te hace más ilusión que cuando te dije que era niño —dijo Darla molesta.

—Es que así tenemos de los dos.

Esa respuesta pareció complacer a su hermana que sonrió. —¿Cuándo sales de cuentas?

—A primeros de mayo.

—Clavado —dijo David por lo bajo y ella miró hacia atrás fulminándole con la mirada—.

Que se me ha olvidado clavar un tablón en casa...

—Ya. ¿Ahora eres un manitas y haces obras en casa? Si no sabes ni poner una bombilla.

—Sí que sé.

—Ignórale —dijo su madre—. ¿Es de Cawley?

Aunque intentara disimularlo la miró de una manera que si le dijera que sí le daba la alegría de su vida y miles de pensamientos agolparon su mente, pero sobre todo la mirada de su abuela antes de decirle que ya era suya y que se tenía que casar. —No.

Todos en el coche jadearon de la sorpresa. —¿Y de quién es? —gritó su padre.

—Cariño, va a ser mejor que lleves tú el coche —dijo Darla preocupada a su marido.

—¡No! No nos detendremos hasta llegar a casa. —Su padre la miró por el espejo retrovisor fulminándola con sus ojos verdes. —Y ya puedes tener una buena explicación a eso, hija... A eso y a mil cosas más. —Ella chasqueó la lengua dejándoles de piedra. —Ronna tu hija me está retando.

—¿También es hija tuya! —La miró fijamente. —Bernadette... ¿Quién es el padre?

—¿Qué más da si no le conocéis?

—¡Porque quiero conocerle! ¡Por eso!

—¿No es de Cawley? —preguntó Darla asombrada mientras su abuela sentada a su lado no se creía una palabra.

—Estaba cabreada, ¿vale? Y como dice la abuela no hay como un italiano para dejarte nueva.

—¿Ves lo que tu madre les enseña a nuestras hijas? ¿Ves?

De repente su hermana sonrió. —Está mintiendo.

La fulminó con la mirada. —No miento.

—Es imposible que con el disgusto que tenías y con lo enamorada que estabas, te hayas acostado con otro. Nos mientes para que no te presionemos con que se lo cuentes a Cawley.

—¡Cierra la boca!

—¿Ves? No sabes mentir. No lo has hecho bien en tu vida.

—Entonces cuando te diga que te voy a partir las piernas, ¿me creerás?

Darla sonrió triunfante al igual que su abuela. —Lo sabía—dijo esta satisfecha.

—¡Quién me mandaría a mí irme de Venecia! ¡Con lo tranquila que estaba!

Su hermana la miró dolida y al girar la cabeza vio que a su madre no le había caído muy bien ese comentario. El gruñido de su padre le indicó que a él tampoco le había sentado bien y se arrepintió de sus palabras. El denso silencio que se hizo en el coche ayudó a que se reconcomiera por dentro. Ya sabía que pasaría eso. Una cosa era gritarles por teléfono y otra era ver la reacción que tenían sus palabras. Ahora seguro que era más mala todavía. Miró a su abuela que sonreía más que satisfecha. —¿Y tu limusina?

—Se la ha llevado Cawley a una comida de negocios.

Que hablara de él como si nada la repateó por dentro y sonrió con ironía. —Vaya, ¿todavía no ha conseguido que le compres una?

—Si sigue multiplicando mi dinero como hasta ahora, le compraré hasta el piso en Park Avenue.

—Seguro que está de lo más contento.

—Pues sí. Mi chico está encantado.

Su chico. Esas palabras fueron como una cuchillada en el estómago. —Me alegro mucho.  
—Miró por la ventanilla y Ronna preocupada le dio un codazo a su madre.

—Por cierto, esta noche viene a cenar a casa. Espero que te cambies el jersey.

Se tensó con fuerza mientras el resto de los ocupantes del coche gemían y David dijo por lo bajo —Esta salta del coche en marcha.

Giró la cabeza lentamente para mirar a su abuela. —¿Va a cenar dónde?

—En casa. Tu madre le invitó hace una semana y como no habías avisado de tu llegada... —dijo con inocencia—. Ahora no estaría bien que la anulara.

Su madre gimió. —Iba a hacerlo, pero...

—¿Le invitas a cenar a casa? —gritó furiosa.

—La semana pasada tu abuela dio una fiesta y estaba invitado. —Abrió los ojos como platos. —Te juro que ni sé cómo pasó. —De repente señaló a su padre. —Fue él.

Su padre carraspeó incómodo. —¡Quería enterarme bien de lo que había pasado!

—¿Es que no me expliqué con claridad? Papá para el coche.

—Oh, no. Ni hablar. Tú te vienes a casa. Si hay que anularlo se anula y punto. —Su madre forzó una sonrisa que la hacía parecer una loca. —Le llamo en cuanto lleguemos a casa.

No se fiaba. —No, llámale ahora.

—Está en una reunión —protestó su abuela.

—¡Me da igual! ¡O le llamas ahora o en cuanto lleguemos a Manhattan me bajo en el primer semáforo! ¿Cómo tengo que decir que no quiero verle más?

—¿Eso lo has dicho alguna vez? —preguntó Darla con el ceño fruncido pensando en ello —. Que yo recuerde...

—¡Corta el rollo! —Miró a su madre. —Llámale.

—Vale, ahora le llamo. —Alargó la mano y su abuela la miró como si no entendiera palabra. —Dame tu móvil. Yo no tengo su teléfono.

—Me lo he dejado en casa.

—¡Venga ya, abuela!

—¡Mamá! ¡Dame el móvil!

Darla gruñó sacando su móvil de su bolso de seis mil dólares y Bernie levantó una ceja mientras lo desbloqueaba a regañadientes. —Es que de verdad, esta niña...

Ronna le arrebató el teléfono y se lo puso a la oreja. Su corazón empezó a acelerarse y al cabo de unos segundos su madre soltó una risita. —No, no soy Darla. —Asombrada vio como soltaba otra risita estúpida mientras David chasqueaba la lengua. —Sí. ¿Has reconocido mi voz? Vaya buena memoria que tienes. —¡Estaba encantada! Aquello era el colmo. —Pues verás, te llamo porque la niña ha vuelto a casa y... —Asintió. —Sí, sí, Bernadette. Acaba de llegar a Nueva York. ¿Que cómo está? —Se le cortó el aliento mientras su madre la miraba y hacía una mueca como si estuviera hecha un desastre. —Agotada del viaje. Así que necesita descansar. Mucho. Entenderás que no se va a hacer la cena esta noche... —No sabía lo que le estaba diciendo, pero todo aquello no le gustaba un pelo, así que se acercó por encima de su abuela para intentar escuchar.

—¡Niña, que me aplastas con ese bombo que tienes!

Jadeó antes de teparle la boca y la miró como si quisiera matarla. —Estoy a esto de dejar de hablarte de por vida.

Su abuela sonrió bajo su mano. Sí que era una bruja, sí.

—Que comprensivo eres. Igual otro día... —La miró a los ojos con sorpresa. —¿Qué quieres hablar con ella? —Bernie negó con la cabeza vehemente. —No sé si será posible. Debes entender las circunstancias... Sí, sí, claro. Muy bien. —Colgó el teléfono y forzó una sonrisa. Bernie suspiró del alivio sentándose en su sitio. —Viene a cenar.

La miró asombrada. —¿Cómo que viene a cenar?

—No sé qué ha pasado. —Entrecerró los ojos. —¿Le he invitado otra vez?

—No —respondió todo el coche.

—Pues se ha invitado solo. Ha dicho algo de hablar contigo y se ha despedido diciendo

hasta la cena de esta noche.

—¡Bueno, esto es el colmo! —Indignada cogió el teléfono. —Abuela desbloquea esto que este se va a enterar.

—¿Por qué no se lo dices a la cara? ¿O te da miedo hablar con el padre de tu hija?

Juró por lo bajo antes de mirarla. —¡No tengo nada que hablar con él! ¡Y no es el padre de mi hija!

Su abuela le cogió el teléfono. —Entonces si no tienes nada que decirle no tienes por qué llamarle. Es la casa de tu madre y ella invita a quien le da la gana.

—¡Papá, para el coche!

—¡Estoy en la autopista!

—Si creéis que vais a manipularme de nuevo, estáis muy equivocados.

—Entonces, ¿qué más da que le veas o no? ¿No quieres mostrar que le odias, que le desprecias y que te gustaría que un tren le pasara por encima? Pues puedes hacerlo esta noche.

Entrecerró los ojos pensando en ello. —Pues tienes razón.

Todos disimularon su sonrisa y ella entrecerró los ojos porque no conocían a la nueva Bernadette. Pero la iban a conocer muy pronto.

## Capítulo 12

Sentada en el sofá de casa de sus padres comía a dos carrillos un sándwich que ella misma se había hecho porque estaba muerta de hambre y sabía que si esperaba a la cena no probaría bocado.

—¿Está bueno? —preguntó su madre sentada a su lado antes de alargar la mano para coger un mechón de su cabello y pasárselo tras la oreja. Ella asintió con la boca llena. —¿Y qué piensas hacer ahora?

Se encogió de hombros como si le diera igual antes de tragar. Su abuela sentada en el sofá de enfrente entrecerró los ojos como si esa contestación no le hubiera gustado un pelo.

—¿Vas a seguir con la página web? —Su hermana cogió una limonada que le tendió su marido.

—Sí.

—¿Y vas a buscar piso? —Su madre la miró insegura. —Puedes quedarte aquí. Necesitarás ayuda con el bebé y eso.

Negó con la cabeza. —Ya he alquilado un piso. —Eso sí que les dejó de piedra. —Mañana recojo la llave. Necesito comprar muebles.

—¿Un piso en Manhattan?

—Sí, hermanita... Un piso en Manhattan. En el Soho.

—¿Y con qué dinero lo vas a pagar? —preguntó su abuela maliciosa.

—Pues con el adelanto que me ha dado la editorial por mi libro. Van a recopilar los capítulos de mi página web y solo tengo que escribir el final.

Su padre al lado de la chimenea carraspeó. —¿Editorial? ¿Qué editorial?

—¡Eso me gustaría saber a mí! —gritó su abuela furiosísima—. ¿Te has ido a la competencia?

—Tú ya no eres del gremio, abuela. —Sonrió con burla.

—¡Tonterías! ¡Aún me temen como a la peste! ¡Si yo digo que algo es bueno, es bueno y todos lo saben! ¿Quién se ha atrevido a ofrecerte algo? ¡A ti! ¡A mi nieta!

—Pues no te lo voy a decir que me lo fastidias. —Se metió el último pedazo en la boca y sonriendo masticó sintiendo una satisfacción enorme.

—Es estupendo que quieran publicarte, cielo —dijo su madre.

Su padre gruñó, pero asintió dándole la razón. —Lo que tú querías.

Sonrió y cogió el vaso que tenía sobre la mesa de centro para beber con ganas y cuando terminó se levantó. —Bueno, voy a darme una ducha. Luego seguís el interrogatorio.

—Hija, quiero hablar contigo. —Su padre le hizo un gesto con la cabeza y ella no tuvo más remedio que seguirle. Miró a su hermana que le hizo un gesto con la mano para que no le diera importancia. Era la bronca de rigor y parecía que tendría que pasar por eso.

Entró en el despacho y cerró la puerta. Su padre al lado de la ventana se volvió y la miró de arriba abajo antes de que sus ojos llegaran a los suyos. Se le cortó el aliento al ver su emoción y cuando abrió los brazos Bernadette se tiró a él abrazándolo. Suspiró sobre su pecho cuando la besó en la sien. —Mi niña, estoy tan orgulloso de ti.

Sollozó sobre su pecho. —Papá, lo siento.

—No tienes nada que sentir. —La apartó para cogerla por las mejillas. —Escúchame bien. No se van a dar por vencidas, ¿sabes?

—Sí.

—Tienes que ser más lista que ellas.

—Has fingido.

—Es que sino no me cuentan nada. Me mantuvieron en la inopia hasta que desapareciste y ahí tu madre tuvo que contármelo todo. Hubiera ido a buscarte a Venecia en cuanto me enteré de dónde estabas, pero entonces escuché hablar a tu abuela con tu madre. A pesar del daño que te habían hecho con sus conspiraciones seguían maquinando. Así que decidí no ir porque sabía que intentarían utilizarme para traerte y ellas no quisieron presionarme porque se imaginaban que antes de una semana estarías de vuelta. Hago que estoy de su parte para enterarme de todo. Pero les diste la sorpresa de su vida cuando no volviste. Imposible de nuestra Bernadette —dijo imitando a la abuela—. Volverá con el rabo entre las piernas y se casará con mi chico. Ya verás como sí. Eso dijo. Imagínate cuando dos meses después aún estabas allí tan ricamente. Estaba que se subía por las paredes. Por eso fue a verte. Para traerte de vuelta. Pero cuando regresó sin ti estaba preocupadísima. Dijo que ya no eras la misma. Que eras dura y había una grieta entre vosotras que habían provocado ellas. Creían que te habían perdido. Así que mamá le ordenó que te dejara en paz o que no le hablaría más. Que ella no quería perderte y que al menos podía hablar contigo por teléfono. —Los ojos de Bernie se llenaron de lágrimas de nuevo. —Pero sé que solo buscaban que te ablandaras como has hecho siempre. —Su padre acarició su mejilla borrando sus lágrimas. —Y ahora estás aquí de nuevo. Pero no se rendirán, hija. Como no se rindieron en emparejar a Darla con David.

Palideció dando un paso atrás. —¿Qué? Pero si David la conoció en el gimnasio.

—No seas ingenua, hija. ¿Crees que tu abuela iba a dejar algo tan importante como el futuro marido de tu hermana en manos del azar? Ella lo organizó todo.

Negó con la cabeza impresionada. —Tienes que estar equivocado. Fue una casualidad. Le cayó la toalla y él...

—Él era un abogado que conoció en una cena benéfica. Le echó el ojo en cuanto le vio y ya conoces a tu abuela. Es encantadora cuando le conviene. Le contó a David que tenía una nieta preciosa que no tenía novio porque era muy tímida. Hasta le enseñó la foto que lleva en la cartera

de cuando se graduó. Con Darla no le fue difícil. A David le gustó de inmediato.

—No puede ser.

—Le dijo que no organizaría una cita a ciegas con ella porque eso la predispondría en su contra. Simplemente le dio el nombre de su gimnasio y la hora a la que Darla suele ir. Todo lo demás surgió solo. Me enteré en el día de la boda. David y ella se felicitaban por lo bien que había ido todo mientras brindaban con una copa de champán.

No se lo podía creer. —¿Darla sabe esto?

—Qué va.

—¿Qué le dio a cambio?

—Le ofreció su propio bufete. —Sintió que se mareaba.

—Dios mío...

—Pero en el momento de cobrar él se sintió mal. Creyó que podría perder a Darla si algún día llegaba a enterarse, así que se negó a coger cualquier cosa que proviniera de la abuela.

—Necesito sentarme —dijo sin aliento.

Su padre la sujetó del brazo ayudándola a llegar al sofá de cuero. —¿Hija?

—Estoy bien. —Se pasó la mano por la frente antes de levantar la vista hacia él. —¿Qué te dio a ti?

Sonrió divertido. —A mí intentó pagarme para que me alejara de su querida y única hija. Me ofreció un millón. Al ver que no lo conseguía, me ofreció el millón y una consulta en Los Ángeles.

—Para que te alejaras de ella todo lo posible.

—Exacto.

—¿Se lo contaste a mamá?

—Por supuesto. Desde el principio.

—¿Y por qué no se lo has contado a Darla?

Él suspiró alejándose hacia la ventana para mirar al exterior. —Es que es tan feliz... Cómo robarle esa felicidad a un hijo solo por decir la verdad. David la ama, lo sé. Se sentiría muy dolida... —Negó con la cabeza. —No, ella no tenía que saberlo. David está arrepentido y al no decirle nada tomé la decisión correcta.

—¿Por qué me lo dices a mí? —Su padre la miró con pena. —Ya veo. Cawley es distinto.

—David nunca ha hecho daño a tu hermana, al contrario que ese... —Tomó aire intentando controlarse. —He hablado con Fiona. Me lo ha contado todo, por eso dejé que tu madre lo invitara a la cena. Quería conocer su versión, aunque estoy seguro de que tu amiga y su novio no se han callado nada.

—Dios mío... —Muerta de la vergüenza agachó la mirada.

Su padre se acercó de inmediato acuclillándose ante ella y cogió sus manos. —No te avergüences. Le amas. ¿Crees que me voy a escandalizar porque enamorada te hayas acostado con él? No tienes que avergonzarte de nada. —Sus preciosos ojos ya no podían detener las lágrimas. —Son ellos quien tienen que avergonzarse. Sobre todo ese... —Tomó aire intentando contenerse antes de mirar hacia la puerta. —Creo que están escuchando —dijo más bajo.

Asombrada miró hacia allí para ver una sombra en la rendija de la puerta. Increíble. Tenían que darse prisa. —¿Por qué mamá la ayuda? Nunca está de acuerdo con nada de lo que hace. Ella siempre ha llevado la vida que ha querido. ¿Por qué deja que nos manipule?

—Porque puede que tu abuela sea una metomentodo, pero la mayoría de las veces tiene razón. Darla no hubiera terminado arquitectura. Jamás le interesó hasta que conoció a aquel chico que estudiaba esa carrera en la universidad. ¿Lo recuerdas?

Se le cortó el aliento. Fue en el último curso del instituto. Se volvió loca por él en una fiesta y le pareció guapísimo. Fue ahí donde empezó a interesarse por la arquitectura, pero Bernie siempre pensó que su interés era real y que aún lo recordara le daba la razón. —No, ella quería...

—El año anterior quería ser médico como yo y el anterior quería estudiar historia. Jamás ha tenido un interés real por una carrera y la abuela sabía que ibais a tener que administrar sus bienes en el futuro, por eso la presionó para que estudiara económicas. Y debes reconocer que no le ha ido mal. Es la asistente de uno de los hombres más importantes de la ciudad. Y David es perfecto para ella. Eso sin mencionar que la editorial hubiera sido una carga enorme para vosotras en el futuro. Nunca me han parecido mal sus decisiones hasta ahora. Ni siquiera que llevarais el apellido de tu madre. Sabía que os abriría muchas puertas y no hay que engañarse, en esta vida eso es importante.

Le miró a los ojos sabiendo que ese tema le molestaba aunque no quisiera reconocerlo. Pero había claudicado por no buscar una disputa familiar con la abuela y con su madre, que jamás había dejado de usar su apellido de soltera tan orgullosa que estaba de su padre. Decidió centrarse en su tema. —¿Qué piensas de él?

—Hasta hace unas horas que era un cabrón y un oportunista —dijo muy serio—. Y ahora que sé que estás embarazada mi opinión es bastante peor.

Se sonrojó agachando la mirada. —Lo siento, papá.

—No te disculpes por enamorarte. Tú no has hecho nada malo. Siempre has sido una hija maravillosa y esto no va a cambiar mi opinión de ti. Estoy enfadado conmigo mismo por no haber detenido esto antes. —Sonrió con tristeza. —Pero cuando me enteré ya era demasiado tarde.

—¿Qué voy a hacer? —Echó un vistazo a la puerta y vio que había otra sombra más. — Están las tres en mi contra.

—Hagas lo que hagas no digas a Darla lo que te he contado. Sentirá que su sueño es una mentira. Ya la conoces. —Asintió sabiendo que tenía razón. Por nada del mundo haría daño a su hermana y si tenía que llevarse eso a la tumba lo haría. Y más sabiendo que David lo había rechazado todo. —Yo te apoyaré en todo lo que decidas. Pero antes de seguir adelante contéstame a algo. ¿Le amas?

Angustiada le miró a los ojos. —He intentado olvidarle, pero no sé qué me pasa.

Él miró su vientre con tristeza. —Hija, no vas a olvidarle jamás. Tendrás a tu hija que te lo recordará cada día de tu vida. —Una lágrima rodó por su mejilla. —Pero eso no dice que aún le ames. —Bernie no supo que contestar. Durante el último año y medio cada vez que se levantaba lo primero que pasaba por su memoria era Cawley. Al principio era la ilusión por verle y desde que se había enterado de todo se preguntaba si pensaba en ella alguna vez. Estaba claro que al menos estaba obsesionada. Pero cómo no iba a obsesionarse cuando le había roto la vida. —Entiendo. — Su padre se incorporó mirándola con pena.

—Es que no sé... —Sollozó tapándose el rostro mientras miles de pensamientos acudían a su mente.

—Estás cansada del viaje. ¿Por qué no te acuestas un rato?

Le miró sorprendida. —¿Y la cena?

—Aún quedan un par de horas. —Sonrió con ironía. —Tranquila, que no van a dejar que te la pierdas.

Gruñó pasándose las manos por las mejillas y se levantó. —Gracias papá.

—¿Por qué, cielo?

—Por decirme la verdad. —Le abrazó con fuerza. —Aunque ya sabía que era una manipuladora me alegro de saber lo de Darla.

—Tranquila, que no tienes la exclusividad de sus tejemanejes. Te lo digo yo que llevo sufriendolos desde que me atreví a poner los ojos en tu madre.

Rio por lo bajo antes de besarle en la mejilla para apartarse. Se limpió la cara yendo de puntillas hasta la puerta y le miró maliciosa antes de abrir de golpe. Allí estaban las tres. Su madre y su hermana se sonrojaron, pero su abuela tenía los ojos entrecerrados como si supiera algo. —¿De qué hablabais? —preguntó sin rodeos.

—Eso no te importa

Salió pasando ante ellas y su hermana se acercó a toda prisa. —No estaba escuchando.

—Sí, tú sigue mintiendo.

Darla se sonrojó aún más. —No miento. No se oía nada.

—¡Pero lo intentaste!

—Antes me lo contabas todo y ahora...

Se volvió en las escaleras y la miró fríamente. —Antes tú también a mí.

Se acercó arrepentida mientras David muy serio observaba desde la puerta del salón. —  
Lo siento. Pero creía que era lo mejor.

—Ya hemos hablado mil veces de esto. —Exasperada subió las escaleras. —Estoy cansada y me voy a echar un rato.

—Pero... —Darla se sobresaltó al escuchar el portazo de su habitación y preocupada miró a su marido mientras se apretaba las manos. —Me odia —dijo angustiada.

David sonrió acercándose. —¿Cómo va a odiarte? Te quiere más que a nadie.

Sus preciosos ojos color miel se llenaron de lágrimas y negó con la cabeza. —No, lo he estropeado todo. Me odia, lo sé.

—No digas tonterías —replicó su abuela tras ella—. Solo está enfadada.

Se volvió furiosa. —¡No digo tonterías! ¡La conozco muy bien y se ha separado de mí! ¡Ya no me quiere a su lado!

Su abuela apretó los labios. —Es Bernadette. No dejaría de quererte ni aunque le arrancaras un brazo. Es más, se lo arrancaría ella misma si con eso te ayudara. Está dolida, eso es todo.

Roma se puso al lado de su hija muy tensa por el dolor de las mellizas. —Pues a ver cómo arreglas esto, madre. Porque quiero a mi hija de vuelta.

Sintió que acariciaban su cabeza y se despertó sobresaltada para ver a su madre sentada a su lado con una triste sonrisa en la cara. —Siento despertarte, pero si te dejo dormir más... No es bueno. Ya lo sabes.

Agotada recordó que ya no estaba en Venecia y suspiró pasándose la mano por los ojos. — Lo sé.

—¿Tienes hambre?

Estaba muerta de hambre. Pero no era raro porque si antes comía mucho ahora devoraba todo lo que se ponía a su alcance y cuando las tripas gruñeron su madre sonrió. —Yo también tenía hambre a todas horas cuando estaba embarazada.

—Eran dos. Lo veo más lógico —dijo exasperada sentándose y apartando la colcha de seda.

—Te has hecho las revisiones, ¿verdad?

—Sí, mamá... Me he hecho todo lo que hacía falta —dijo de malos modos levantándose.

Su madre la observó ir hasta el baño apretándose las manos. —Jamás hubiera hecho algo que te hubiera hecho daño a propósito.

Se detuvo en seco y la miró incrédula. —¡Es que seguís haciéndolo, mamá! ¡No os detenéis! ¡Te quejas de la abuela, pero tú eres igual!

Jadeó indignada. —¡Retira eso!

—¡No pienso retirar nada! ¿Acaso no va a venir a cenar?

Ronna se sonrojó ligeramente. —Bueno... Se ha invitado solo.

Entró en el baño cerrando de un portazo. Con ganas de pegar cuatro gritos de la impotencia se bajó las braguitas y se sentó en la taza del wáter para oír al otro lado. —Hija, tarde o temprano tendrás que hablar con él.

—¡El bebé no es suyo!

—No te pongas rebelde que la tenemos. —Puso los ojos en blanco tirando del papel higiénico. —¡Mi hija no hace esas cosas!

—¡Será que no me conoces!

La puerta se abrió de golpe y sonriendo con descaro tiró de la cadena viendo que se empezaba a cabrear. —¿Acaso he dicho yo que es suyo?

—No, pero tú no eres así.

—¿Así cómo? —Haciéndose la tonta fue hasta la maleta que tenía al pie de la cama. —¿Liberada? ¡Pues sí! ¡Estoy muy liberada! ¡Y ya era hora! —Su madre jadeó asombrada viéndola sacar unos vaqueros premamá. —¡Ya era hora de que dirigiera mi vida, de que me acostara con quien me diera la gana y que viviera un poco! ¡Y lo hice! En Venecia me desmelené un poco, ¿qué pasa?

—¡Mis hijas no se desmelenan, jovencita!

Se puso un jersey rosa muy amplio y se calzó unas zapatillas de deporte reteniendo la risa por la cara de horror de su madre. —Claro, somos buenas chicas que siempre hacen lo que se espera de ellas. ¡Pues eso se acabó! Vete haciéndote a la idea. —Se enfrentó a ella. —Da igual que venga a la cena. Da igual que intentéis metérmelo por los ojos. Cawley ha sido una anécdota en mi vida que pienso dejar atrás después de haber aprendido la lección. Y te aseguro que la he aprendido, madre. He aprendido varias. La primera a no fiarme de mi instinto, porque debe estar averiado para pensar que un hombre como él, con las conversaciones que he escuchado a lo largo de ese año, era de fiar. Y lo segundo que he aprendido, es que mi familia tampoco es de fiar porque me traicionarían con tal de conseguir lo que se proponen.

Su madre perdió todo el color de la cara. —No digas eso, lo hicimos por tu bien.

—Para que fuera feliz.

—¡Exacto!

—¿Acaso soy feliz ahora? —Su madre palideció. —Es increíble que a pesar de ver el resultado de vuestras maquinaciones sigáis insistiendo. ¡No os importa que haya estado meses alejada de vosotras! ¡Lo único que queréis es seguir intentándolo, porque si yo siguiera sola, eso significaría que habríais metido la pata desde el principio y vosotras jamás reconoceríais que estabais equivocadas! ¡Eres igual que la abuela!

—¡Menuda mentira! ¡Yo reconozco si me equivoco! ¡Te pedí perdón!

—¡Pero sigues insistiendo, madre!

—Es que es muy mono. ¡Y me cae bien!

—Pues es una pena que estés ya casada. Seguro que la abuela haría un trato muy ventajoso para él.

Salió de la habitación dejándola con la palabra en la boca, pero Romna reaccionó enseguida corriendo tras ella. —¡Y soy mamá! ¿Qué es eso de madre? Va a tener razón tu padre. ¡Estás muy rebelde!

—Será la adolescencia. —Se detuvo en seco al ver que Cawley estaba en la puerta de entrada dándole el abrigo a su abuela que sonreía encantada. Él sonriendo levantó la vista y sus ojos se encontraron. La recorrió algo por la espina dorsal que la enderezó y le miró fríamente.

Cawley sonrió irónico. —Vaya, vaya... —Sus ojos recorrieron su figura y al llegar a su vientre esos ojos grises que no podía olvidar brillaron como si hubiera ganado una batalla. —La hija pródiga ha vuelto a casa.

Sonrió con ironía y acarició su vientre. —Cawley, ¿qué tal por las altas esferas? ¿Has encontrado otra heredera que te ayude a trepar en tu trabajo?

Cawley se tensó. —Soy capaz de hacerlo por mí mismo.

Se echó a reír sorprendiendo a todos y a la que más a la abuela, que había esperado lloros, recriminaciones y gritos. Pero para cínica y mentirosa ella. —Vamos, que nos conocemos... —Se acercó con una sonrisa en el rostro mirando su impecable traje gris hecho a medida. —Vaya, ¿de

Londres? Al parecer te va muy bien, ¿no es cierto?

—No puedo quejarme.

—¿Y tu padre? Debe estar encantado con no haber ido a la cárcel.

Cawley se tensó aún más. —Está muy bien, gracias. Disfrutando de su jubilación.

Se echó a reír. —Me alegro mucho. Mamá, ¿pasamos a la mesa? —Se acercó y susurró —  
Es que estoy muerta de hambre. El embarazo, ya sabes.

—Sobre eso...

—¿Quieres saber si es tuyo? —Hizo una mueca. —Me alegra mucho decirte que no.

Todos jadearon menos su padre que les observaba muy tenso desde la puerta del salón.

—Mientes —siseó él.

Le miró sorprendida. —¿Cómo voy a mentir con algo así? Además miento fatal, que te lo diga mi hermana.

En ese momento hasta Darla dudó. —Pues...

—¿Ves?

—Es mejor que pasemos a la mesa —dijo su padre muy tenso.

—Sí, por supuesto. —Ronna ni sabía qué decir. —¿Cawley?

Nadie se movió de su sitio esperando su siguiente paso y divertida caminó como si nada hasta el comedor. Sin esperar a nadie fue hasta la mesa pulcramente decorada y se sentó en su sitio de siempre. —Mmm, mamá estos entrantes tienen una pinta estupenda. —Se echó a reír. —Aunque no los has hecho tú, claro. Oh... —Se levantó dejándolos a todos con la palabra en la boca y corrió hasta la cocina. Allí estaba Anne que le guiñó un ojo en cuanto la vio. Se echó a reír abrazando a la mujer que conocía desde niña. —Cuando llegué no te vi.

—Estaba en la compra. Quería hacerte lasaña.

Se apartó para mirarla bien y Anne chasqueó la lengua al ver su vientre. —Estás preciosa.

—Tú tienes una cana más.

Anne se echó a reír abrazándola de nuevo y le susurró —No te equivoques, cielo. Te juegas tu futuro y no se encuentra el amor de tu vida así como así. El orgullo a veces provoca más dolor que el daño que puedan hacernos. Sé orgullosa pero también piensa con el corazón.

Se le cortó el aliento apartándose porque eso no se lo esperaba. Anne nunca se pronunciaba sobre nada de lo que ocurría en la familia. Y que le dijera eso la dejaba de piedra. Hasta el ama de llaves opinaba sobre su vida. Y por sus palabras estaba claro que ella le perdonaría después de hacerle sufrir un poco.

La puerta de la cocina se abrió y su hermana forzó una sonrisa. —Te esperan en la mesa para empezar.

—Vaya prisa... Pero qué se le va a hacer. Al parecer tengo que pasar por esto. Por lo menos cenaré bien. —Gimió de la alegría. —Lasaña. Cómo la echaba de menos.

Siguió a su hermana, pero antes de salir miró hacia Anne que levantó la barbilla para que hiciera lo mismo. Puso los ojos en blanco antes de volver al comedor y sonrió al ver que ya se habían sentado. Su padre en la cabecera como siempre, su madre a su derecha y frente a ella su abuela y después su hermana con David. Por supuesto Cawley se había sentado al lado de su madre que era su sitio dejando el sitio continuo vacío. Con descaro rodeó la mesa y se sentó como si le importara un pito. Cogió la copa de agua que ya estaba llena y bebió con ganas mientras se mascaba la tensión. Se miraban los unos a los otros y su padre carraspeó. —Cawley, no es que quiera ser grosero, pero...

—¿Qué tal las acciones, guapetón? ¿Soy más rica que ayer? —preguntó su abuela con descaro cortando en seco a su padre.

—Abuela, mi padre estaba hablando.

Darla jadeó porque nunca la había replicado en público. —¿Perdón?

—Papá estaba hablando. Igual si escucharas lo que los demás tienen que decir no tomarías

conclusiones precipitadas.

David silbó por lo bajo mientras su abuela se envaraba. —Después de un año no me pareció precipitado. Todo lo contrario. Para bien o para mal era una pérdida de tiempo.

Se echó a reír. —Muy cierto. Una pérdida de tiempo total.

—No lo creo —dijo Cawley cada vez más tenso—. Y supongo que tu padre se pregunta qué hago aquí.

—Exacto.

—Tengo que hablar con Bernadette y me gustaría hacerlo en privado si puede ser.

—¿En privado? —Se echó a reír con ganas. —Si lo saben todo. ¿Ahora quieres privacidad? Cuando te ofreciste a mi abuela después de haberme probado en Venecia, ¿considerabas que eso era privacidad? Tienes un concepto de lo que es ser discreto muy confuso.

—Nunca le dije que...

—No, claro que no. Cómo le ibas a decir: ¿Sabe? Me he acostado con su nieta y no nos ha ido mal en la cama. Creo que voy a aceptar su oferta. Total, ¿qué más da una rica heredera que otra? —Se sirvió unos canapés mientras seguía hablando dejando a todos de piedra. Se sirvió un canapé de salmón y se echó a reír. —Es un trato de lujo. Me lío con esta estúpida que está colada por mí desde hace meses y encima me llevo un dineral para ser vicepresidente. —Le miró interrogante. —Te habrán ascendido, ¿no? Eres un empleado entregado que merece ese ascenso. ¡Más que nadie, sí señor!

—Nena...

Se metió el canapé de salmón en la boca sin perderle de vista y levantó una ceja interrogante cuando no siguió hablando. Él muy tenso apretó los labios antes de decir —¿Te importa si vamos al salón y...?

—Tengo hambre —dijo con la boca llena—. Mi hija tiene que alimentarse.

—No es solo tu hija...

—Claro que es solo mía, porque a su padre no le conozco...

Su madre jadeó. —¿Qué has dicho? ¡Hija, deja de mentir!

—Mamá, fue una mala noche. Mucho alcohol, los disgustos... —Cogió otro canapé y se lo metió en la boca para masticar. —No sé cómo se llama. Cuando me desperté ya no estaba.

Su abuela y su madre se miraron con los ojos como platos y sintió una satisfacción enorme porque la trola estaba colando. —Pero eso no puede ser —dijo su madre antes de mirar a Cawley.

—¿Y cómo sabes que no es mío? —preguntó como si le estuvieran sacando una muela.

Sonrió maliciosa. —Eso se sabe. —Con descaro se metió otro canapé en la boca para decir mientras masticaba. —¿No cenas?

—Se me ha cerrado el estómago —respondió furioso.

—Vaya.

Darla la observaba sin creerse una palabra e iba a decir algo cuando Bernadette la fulminó con la mirada. Su hermana cerró la boca en el acto y eso le indicó que se había cambiado de bando. Sonrió satisfecha antes de seguir cenando tan a gusto mientras en la mesa su madre, su abuela y Cawley estaban a punto de soltar cuatro gritos.

—Vamos a ver... —siseó la abuela—. Así que estás totalmente segura.

—¿No lo ha dicho ya? —preguntó su padre molesto dejándolas de piedra—. ¿Acaso la niña te ha mentido alguna vez? Al contrario que vosotras, no creo que nadie en esta mesa pueda acusarla de ser insincera.

A eso nadie pudo decir ni pío y muy tensos esperaron la reacción de Cawley mientras Bernie seguía comiendo a dos carrillos como si nada. Él no dejaba de mirarla fijamente y algo en su mirada empezó a ponerla nerviosa. Parecía decidido y no saber qué truculento plan tenía ahora entre manos, era para poner nerviosa a la más templada. Vio que nadie cenaba. —¿No cenáis?

Anne se disgustará.

—¡Es que no me puedo creer que hayas hecho esto! —gritó su abuela sobresaltándola porque no se lo esperaba.

—Darla... —la advirtió Cawley.

Ignorándole se levantó furiosa. —¿Cómo se te ocurre? ¿Con un desconocido? ¿Es que estás loca?

—¿Qué puedo decir? Estaba borrachísima. —Se encogió de hombros como si le diera igual y su hermana reprimió una sonrisa. La miró con ganas de matarla porque por su culpa iban a dudar, pero estaban tan centrados en ella que ni se fijaron.

—¡Borrachísima! ¡Si nunca bebes!

—Ahora sí que no —dijo con ganas de reírse porque parecía que quería saltar sobre la mesa para agarrarla de los pelos por destruir sus planes.

Cawley se levantó y ella le miró con otro canapé en la mano. —¿Te vas? Bueno, adiós.

—¿Puedes venir conmigo, por favor?

—Uy, que educado de repente... —Hizo una mueca a David que rio por lo bajo—Ya te dicho que tengo que cenar. —Se metió un canapé en la boca retándole con la mirada y él impotente apretó las mandíbulas con fuerza. Estaba segura de que si no fuera porque su familia estaba allí la obligaría a acompañarle. No había más que ver su cara. Miró a David y este sonrió cayéndole mil veces mejor que antes si eso era posible. —Bueno, cuñadito... Qué sorpresas nos da la vida, ¿verdad? —David perdió la sonrisa poco a poco mirando sus ojos. —Es que crees que conoces a alguien y pum, de repente algo que no nos esperábamos de él nos estalla en la cara.

Incómodo miró a su abuela de reojo. —No sé de qué hablas.

—Hablo de la situación en la que nos encontramos. ¿De qué voy a hablar? —El alivio que le recorrió casi la hace reír.

—Sí, sí, claro. Para ti todo esto ha tenido que ser...

—¿No encuentras la palabra?

—Pues no, la verdad. En este momento me he quedado en blanco. —Metió el dedo por el cuello de la camisa antes de beber su copa de vino de golpe.

—¿Quieres dejar de echárnoslo en cara? —preguntó su abuela indignadísima—. ¡Lo hicimos por tu bien!

—¿Y él era mi bien? —Señaló con el pulgar hacia atrás y le escuchó gruñir de nuevo. De repente salió volando y gritó del susto para encontrarse en sus brazos. Su madre con sorna cogió la bandeja de los canapés y se la puso sobre la barriga.

—¡Ya está bien! —El golpe de su padre sobre la mesa dejó a todos con la boca abierta incluida a ella pues jamás le había visto así. Se levantó lentamente sin quitarle la vista de encima a Cawley. —Déjala en la silla.

—No quiero ser grosero y menos en tu casa, pero llevo meses queriendo hablar con ella y nadie me lo va a impedir, Barry.

David se levantó en ese momento al igual que su hermana y Ronna asombrada dijo — Abuela, arregla esto.

—¿Queréis calmaros? —Su abuela parecía al borde del ataque.

—¡Déjala en la silla! —gritó su hermana indignada.

—¡Basta! —La abuela se levantó. —Solo quiere arreglarlo, Barry.

—Mí hija no quiere arreglar nada —dijo fríamente—. Por una vez deberías respetar sus deseos. Te has equivocado.

—¡Yo no me equivoco nunca!

En ese momento Cawley salió con ella del comedor y alucinada cogió la bandeja que se bamboleaba sobre su barriga. Para su sorpresa la metió en el despacho y cerró con el pie mientras

se escuchaban gritos en el comedor. Seguramente su abuela se había interpuesto entre su padre y la puerta. La dejó sobre una silla y a toda prisa cerró la puerta con llave. Con los ojos como platos con la bandeja en las manos vio que se acercaba a ella y se sentaba en la silla de al lado frente a la mesa de su padre. Cawley apretó los labios y cogió la bandeja para dejarla sobre unos papeles. —Nena... —Atónita vio que parecía nervioso. —Joder, ni sé por dónde empezar. —Cogió sus manos, pero ella las soltó como si le asqueara su contacto. Él apretó los labios y más aún cuando los gritos se acercaron. —No voy a justificarme, porque no tiene justificación lo que hemos hecho contigo. —Se le cortó el aliento porque parecía sincero. —Solo quiero contarte mis razones. Mi padre...

—No quiero que me lo cuentes.

—Joder, Bernadette... Sé que no lo justifica.

—¡Exacto! ¡Nada puede justificar algo así! —dijo con desprecio—. Eres un vendido y me das asco.

Cawley palideció por sus palabras y mirando sus ojos se levantó lentamente mientras el corazón de Bernie se retorció de dolor. —Sé que no vas a perdonarme, pero eso no impide que te pida disculpas.

—¿Por qué? ¿Por desvirgarme sabiendo que era un engaño cuando estaba enamorada de ti o por ser un cabrón sin sentimientos?

Apretó los puños de la impotencia. —Por todo.

Con desdén siseó —Como has dicho no te perdono. Ni lo haré nunca.

Él miró su vientre y asintió antes de salir del despacho. Casi se choca con su padre que iba a golpear la puerta en ese momento y el corazón de Bernie dejó de latir justo en el instante en que le vio desaparecer de su vida.

La abuela entró en el despacho con la cara desencajada. —¿Qué has hecho? —Al ver que no le contestaba gritó —¿Estás loca? ¿Qué has hecho?

—¡Métete en tus asuntos! —gritó antes de echarse a llorar.

—¡Acabas de cometer el peor error de tu vida!

## Capítulo 13

Sentada ante la pantalla de su ordenador movió el ratón de un lado a otro aburridísima. Miró el móvil que tenía sobre la mesa y suspiró porque no tenía ningún mensaje. Era lo malo de trabajar sola. Casi en todo el día no veía a nadie a no ser que fuera a casa de sus padres o de su hermana. Al ver la fecha en el calendario hizo una mueca. Mañana cumpliría veintisiete años. Mejor se iba a dar un paseo que empezaba a deprimirse. Cogió una chaqueta del perchero blanco que estaba al lado de la puerta y salió a toda prisa queriendo tomar el aire. Su fantástico loft en el Soho empezaba a agobiarla. Habían pasado dos semanas desde que vivía allí y ya se le caía la casa encima. Era irónico porque era la vida que siempre había soñado. Una casa como esa... Su trabajo en el que al fin tenía éxito... Todo como siempre había querido. Y ahora que lo tenía tampoco era feliz.

Caminó por las calles mirando los escaparates y cogió un café descafeinado en un Starbucks. Estaba ante una tienda mirando unos collares hechos a mano cuando se sintió observada. Miró hacia atrás pero solo había un hombre que no conocía cerca de la farola. Miró al otro lado de la calle, pero nada le llamó la atención. Con desconfianza miró al hombre, pero este parecía que no había reparado en ella. Es más, en ese momento salió una mujer de la tienda de al lado y este sonrió antes de que le besara en los labios. Sintiéndose estúpida miró los collares de nuevo. —Está claro que tanta soledad te está volviendo un poco loca. —Caminó calle abajo y al mirar el reloj vio que quedaba una hora para que las chicas salieran a comer. Decidió darles una sorpresa. Iría a buscar a Darla a la puerta de su empresa, así que fue hasta la boca del metro.

Estaba pasando la tarjeta cuando sintió esa sensación de nuevo y miró hacia atrás, pero aparte del trasiego normal no había nada extraño. Frunciendo el ceño pasó el tornó y fue hasta la

parada que llevaba a Downtown. En ese momento llegó el tren y se subió sentándose en los asientos que estaban contra la pared. Un hombre mayor se sentó a su lado y ella sonrió antes de sacar su móvil de su bolso para comprobar si tenía algún mensaje. Las chicas creían que estaba trabajando porque tenía que entregar el último capítulo del que no había escrito ni una sola palabra. Le daba que su editor iba a estar muy contento con ella cuando se enterara. Suspirando pensó en sus amigas. Se habían reunido en su piso dos días después de mudarse y habían cenado juntas. Sonrió sin poder evitarlo porque todo había cambiado mucho. Ahora ella estaba embarazada y ellas seguían con los chicos, con los que les iba muy bien. Se notaba que estaban muy enamoradas y Fiona la sorprendió diciendo que estaba comprometida. Harry se lo había pedido ese fin de semana después de obligarla a correr diez kilómetros. Rio por lo bajo porque estaba orgullosa de sí misma. Para no hacer ejercicio en su vida no estaba mal.

—¿Espera un mensaje?

Sorprendida miró al caballero que estaba a su lado. Iba muy bien vestido y parecía un hombre de posición. Al darse cuenta de que miraba el móvil entre sus manos sonrió. —No. Es la costumbre, supongo.

—Seguro que su marido siempre está pendiente de usted.

Perdió algo la sonrisa. —No tengo marido.

—Su novio entonces.

—Tampoco tengo de eso. —Metió el móvil en el bolso algo incómoda.

La miró fijamente y algo en sus ojos la puso en guardia porque la observaba como si quisiera leer en su interior. —¿Quién eres? —le espetó.

—¿Perdón?

—¿Te envía mi abuela?

Levantó las cejas de una manera que le resultó familiar y enderezó la espalda. —Vaya, vaya... Esto no me lo esperaba, señor Rodway. ¿Cómo está su hijo? Lo pregunto por cortesía

porque me importa una mierda.

—Eres muy lista.

—Reconozco que verle aquí me ha sorprendido un poco. Aunque no sé de qué me extraño después de todo lo ocurrido. ¿Quería algo?

—Quería conocer a la mujer por la que mi hijo es infeliz. —Se le cortó el aliento. —Y veo que tú tampoco es que reboses felicidad.

—Veo la mano de mi abuela en esta inesperada visita —dijo con ironía—. Disculpe, señor Rodway, pero yo ya no voy a participar en esto. —Se levantó y fue hasta la puerta para salir en la siguiente parada.

—Él te quiere. —Incrédula le miró a los ojos. —Jamás he visto a mi hijo así —dijo sin levantarse no queriendo acosarla—. Puede que haya metido la pata, puede que no hiciera las cosas bien, pero te quiere. No sé cómo ha pasado, pero se enamoró de ti, Bernadette. Y no hay día en que no se arrepienta de haberte tratado como lo hizo.

Sin darse cuenta de que se habían abierto las puertas ni de que tenía los ojos llenos de lágrimas, tampoco fue consciente de cómo la gente salía y entraba en el tren. Solo intentaba asimilar lo que ese hombre le estaba contando. —Solo quiere...

Él se levantó y se acercó a ella. —¿Podemos hablar cinco minutos? Los dos solos. Prometo no insistir. Solo quiero contarte algo.

—Si es lo de las deudas, ya lo sé.

Él forzó una sonrisa. —No es eso. Y me gustaría que supieras que nunca he hablado con tu abuela.

Le miró sorprendida, pero parecía sincero. —Otro metomentodo.

Para su sorpresa se echó a reír. —Sí, aunque mi hijo raramente me hace caso. —Las puertas se abrieron de nuevo. —Cinco minutos, por favor.

La verdad es que con la educación que se lo pedía era difícil negarse. Además, se moría de curiosidad. Sorbió por la nariz y salió del tren con él detrás. Sorprendentemente estaban en su parada en Rector Street y caminó con él a su lado hasta la primera cafetería que encontraron. Se sentó ante él y se miraron en silencio hasta que un camarero se acercó.

—Un café descafeinado, por favor.

—Lo mismo —dijo el señor Rodway.

Cuando se alejó él sonrió. —Gracias por escucharme. Sé que en estos momentos esto es abrumador para ti.

Agachó la mirada y vio que se apretaba las manos. Intentó relajarse. —No es nada.

—Tú crees que mi hijo se comportó así contigo por dinero y quiero que sepas que eso no es del todo cierto.

Le miró con desconfianza y él sonrió. —Entiendo que pienses así. —Se quedó en silencio unos segundos. —Tengo una casa preciosa en la setenta y cuatro oeste. —Ella levantó las cejas como si le importara un pito y él sonrió más ampliamente. —Entiendo que esto te parezca absurdo, pero esa casa es muy importante para Cawley. En realidad, será suya en el futuro. Su abuela siempre quiso que fuera así y aunque mi padre me la legó a mí, quiero cumplir los deseos de mi madre.

—¿Por qué me cuenta esto?

—Porque cometí un error hace unos años que nos ha llevado a esta situación. Mi empresa es de importación y exportación. Iba muy bien hasta la crisis de hace diez años, ¿sabes?

—Todos sufrieron mucho en ese momento.

—Empecé a perder clientes y otras empresas me comieron el terreno. Cawley no quiso trabajar en la empresa porque es muy listo y lo veía venir. Pero no sabía algo...

—Pidió una hipoteca sobre la casa para saldar deudas.

Asintió y sonrió al camarero que le puso el café delante. —Gracias. —Ella sonrió impaciente. —Tienes razón. Lo hice a sus espaldas y al principio salí a flote. Confiaba en pagar la hipoteca sobre la casa sin que se enterara, pero estos dos últimos años han sido devastadores. Las deudas se acumulaban y solo cuando llegaron las demandas por impagos fue cuando se lo conté a mi familia.

—¿Me está diciendo que se comportó así para no perder una casa? —Cogió el bolso dispuesta a irse, pero él la cogió de la mano deteniéndola.

—No solo por eso. Por supuesto que yo terminara en la cárcel tuvo mucho que ver. Y perder la empresa que sustenta a trescientas personas también. Pero la casa... En realidad era suya, ¿entiendes? Siempre ha sido así. Aunque los abuelos no lo habían dejado por escrito todo el mundo lo sabía. Y ver que la perdía por mi culpa fue lo que más le cabreó. Puede que sea otra razón para que consideres que es un egoísta, pero es algo sentimental, es algo suyo. Y yo lo había dañado. —Apretó los labios. —Cawley es muy protector con lo que ama. Y posesivo. Si quiere algo, lucha hasta dejarse la piel para conseguirlo. No tenía tiempo. En un mes nos quitaban la casa para subasta porque el banco había ejecutado la hipoteca, así que cuando tu abuela le ofreció el dinero lo aceptó porque no tenía más opciones.

—Menudo santo. ¿Algo más que pueda interesarme?

Él apretó los labios. —Veo que te ha molestado.

—Eso no le exonera de nada. Había aceptado el dinero antes del viaje.

—Claro que sí. Como te he dicho no tenía opción.

—Exacto. Eso no justifica su comportamiento posterior.

—Exactamente. —De repente él sonrió. —Tu abuela tiene muy buen ojo.

—¿Perdón?

—¿Crees que conociendo a mi hijo le hubiera dejado escapar de administrar sus acciones? Es muy bueno en su trabajo. —Ella entrecerró los ojos. —Vamos, eso ya estaba decidido. Aunque

él no estuviera seguro, había conseguido más por las acciones de la editorial de lo que valían. Tu abuela no es tonta. ¿Crees que le hubiera dado sus ganancias, las ganancias de toda una vida, a alguien que no fuera excepcional por mucho que fuera el marido de su nieta?

—Por eso le eligió a él.

—Y por eso se las hubiera dado igual y lo sabían aunque esas palabras nunca se hubieran dicho en voz alta. —A Bernie se le cortó el aliento. —Tú ya no formabas parte de la ecuación cuando se firmó la venta de las acciones. Mi hijo ya se había ganado el puesto.

—Pero él no lo sabía.

—Lo intuía. Cuando llamó a tu abuela en Venecia ya se había acostado contigo. No sabía si tu abuela se echaría atrás porque hacía tiempo que no hablaban de ti.

Le miró impresionada. —Necesitaba saber si tenía otro candidato y si todo lo del viaje era cosa suya. Quería saber si la abuela había cambiado de opinión sobre nuestra relación o estaba más decidida que nunca.

—Necesitaba tantearla. Tu abuela no deja nada al azar. Cawley sabía que lo del viaje era cosa suya. Como lo de los asientos. Mi hijo es de todo menos tonto. Y se dio cuenta enseguida que tú eras demasiado inocente para organizarlo todo. Solo quería confirmarlo y la satisfacción de tu abuela por la llamada le dio la respuesta.

—Señor Rodway, esta conversación no lleva a ningún sitio. ¡Todos me traicionaron!

—Llámame Clint.

—¡Y no soy una inocente!

La miró fijamente. —En ciertos aspectos sí que lo eres. Aunque ya sé que le has intentado colar una mentira a mi hijo sobre mi futura nieta.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¡Yo no le he intentado colar nada!

—¿No? ¿Es suya o no?

Entrecerró los ojos. —Ya veo. Te ha enviado él para averiguarlo. Pero ya he dicho...

Él se echó a reír. —Hacéis una pareja perfecta.

—¡Menuda mentira! —exclamó aunque se sonrojó de gusto—. Es un borde de cuidado.

Clint se echó a reír a carcajadas. —Veo que ha desplegado todo su encanto contigo.

Sonrió sin poder evitarlo. —Y un cínico.

—Sí, desgraciadamente lo es. Pero a pesar de eso le amas.

Agachó la mirada sintiendo un nudo en la garganta y cogió su bolso para levantarse. —  
Tengo que irme.

—Bernadette... —Se detuvo sin volverse. —Si se acostó contigo fue porque no pudo evitarlo. A pesar de las maquinaciones de tu abuela, a pesar de haberte rechazado antes, en ese momento no te rechazó porque te necesitaba. Piensa en ello, ¿quieres? Si fuera ese egoísta que tienes en mente, ¿por qué no abordarte mucho antes? ¿Por qué esperar?

Se volvió para mirarle. —El viaje.

—Exacto. Conocerme lo cambió todo. Se dio cuenta de que esa chica que veía en la comida todos los días era algo más que una muchacha tímida y no lo suficientemente interesante como para aceptar la oferta de tu abuela. Se dio cuenta de que se había equivocado porque le abriste los ojos.

Su hermana había dicho lo mismo. Tú lo has cambiado. Todo lo has hecho tú. Su corazón saltó en su pecho, pero el miedo a sufrir de nuevo por hacerse ilusiones le hizo dar un paso atrás. Clint sonrió con tristeza. —Gracias por escucharme. Ha sido un gusto conocerte.

—Adiós. —Salió de la cafetería a toda prisa y casi se choca con un carrito de bebé donde iba una niña preciosa de rizos negros. —Lo siento.

La madre sonrió sin darle importancia antes de alejarse sin que ella pudiera dejar de mirar a la niña que chilló de la alegría alargando los bracitos hacia su madre. Sin darse cuenta caminó

tras ella y cruzó la calle mirando a la niña cuando alguien se puso ante ella. Sorprendida levantó la vista para ver a su hermana que preocupada la cogió de la mano tirando de ella al otro extremo de la acera. —¿Qué ocurre? Estás pálida.

—¿He cometido un error? —preguntó angustiada.

Darla sonrió sabiendo perfectamente a que se refería. —¿Por qué no lo averiguas tú misma? —Le indicó con la cabeza y ella vio la cafetería donde siempre comían. —Viene casi todos los días por si comes con nosotras. Así que no tardará en llegar.

Negó con la cabeza dando un paso atrás sin saber si estaba preparada para eso, pero Darla la cogió por la mano. —Este es el momento en que tienes que ser valiente. Si quieres respuestas, las tienes ahí. No huyas por miedo a que vuelva a hacerte daño. No es el momento de ser cobarde, Bernie. Hay mucho en juego. Tu felicidad.

La miró angustiada. —No soy para él. Él mismo me lo dijo. Me siento ridícula. Como si estuviera mendigando que me quisiera.

—No digas eso —dijo con pena—. Tú no has hecho nada malo. Si alguien tiene que avergonzarse somos nosotros y él.

—No ha luchado por mí. —Una lágrima corrió por su mejilla. —No me ha buscado, no me ha llamado... No quiere estar conmigo. Yo fui al crucero, me expuse por él.

Su hermana emocionada dio un paso hacia ella. —Quizás no quiere hacerte más daño. —Negó con la cabeza y se volvió corriendo para cruzar el paso de peatones. —¡Bernie, no te vayas!

Corrió hasta la boca del metro y bajó los escalones sujetándose el vientre. Cuando llegó a su parada se sentó en uno de los bancos a esperar. Se limpió las lágrimas cuando unas mujeres la miraron con curiosidad. Avergonzada bajó la vista intentando encontrar los pañuelos en el bolso.

—¿Ha vuelto la timidez? —Se le cortó el aliento. —Nena, pues ahora no puedes beber. —Se sentó a su lado y ella levantó la vista hacia él. Ver su sonrisa hizo que su corazón saltara de felicidad en su pecho. —Te he visto y no he podido evitarlo. —Estiró las piernas cruzando los

tobillos mirándola de arriba abajo como si quisiera devorarla allí mismo y se sintió tan especial que antes de darse cuenta se puso a llorar a moco tendido. Cawley se tensó preocupado. —Cielo, si quieres me voy.

Empezó a llorar más fuerte buscando los pañuelos en el bolso de manera frenética y él se acercó a ella. —Nena, ¿qué ocurre?

—No los encuentro. —Sorbió por la nariz y sacó la cartera y el móvil poniéndoselos a él sobre las piernas.

—¿Qué no encuentras?

Su voz y su aliento rozando su mejilla la estremecieron y le miró a los ojos medio hipnotizada. —Estás aquí.

Cawley sonrió y acarició su mejilla apartando un mechón de su cabello. —Si tú quisieras estaría siempre a tu lado.

—¿De veras? —Sorbió por la nariz. —¡Gracias a mi abuela! —le gritó a la cara.

Él carraspeó. —Nena... si quieres discutir esto... ¿Qué tal si vamos a mi casa?

—¡Sí, para terminar en la cama!

Cawley reprimió la risa. —Si te empeñas. Yo estoy dispuesto a todo.

—Eso ya ha quedado claro. —Se levantó furiosa.

Él se levantó y la cogió por la muñeca. —¡Pues sí! ¡Ahora estoy dispuesto a todo porque me acabo de dar cuenta de que no me has olvidado! ¡Me necesitas como yo te necesito a ti porque en estos malditos meses no has salido de mis pensamientos! ¡Y te juro que me voy a dejar la vida para solucionar esto! —Sin aliento Bernie vio como cogía su bolso y metía dentro su móvil y su cartera. —¡Así que espérame en casa! —La cogió por la nuca y la besó como si quisiera fundirse con ella. Cuando se apartó de ella atontada se tambaleó a la derecha y él sujetándola por la cintura dijo con la voz ronca —Nena, acabo de recordar... Te juro que te acompañaría, pero tengo una reunión en una hora que es vital para la venta de la empresa de mi padre.

Todavía sin saber lo que había pasado dijo —Ajá...

Él sonrió aliviado. —¿Todo bien? —La besó suavemente en los labios antes de subir por sus mejillas borrando sus lágrimas. —Te juro que no te arrepentirás, nena.

¿Que no se arrepentiría? Lo decía como si hubieran vuelto. Asombrada vio como daba un paso atrás sonriendo de lo más satisfecho. —Te veo en cuanto pueda. Tres horas como mucho.

—Ajá...

Él sonrió y en ese momento llegó el tren. Entró en él mirándole sobre su hombro y vio como metía las manos en los bolsillos del pantalón observándola tan contento que la mosqueó. Se sentó en uno de los asientos sin dejar de mirarle y el tren empezó a andar perdiéndole de vista. Miró al frente aún en shock y el pánico la invadió. ¿Qué había hecho? Frunció el ceño. ¿Ella? Ella no había hecho nada. Había sido él. Como cuando se había autoinvitado a la cena. Qué bien comprendía ahora a su madre. Era tan sibilino como su abuela. Gimió pasándose la mano por la frente sintiendo que estaba hecha un lío. Ese beso... Le había dicho que la necesitaba. ¿La necesitaba? ¿Para qué?

Pensando en ello llegó a su parada antes de darse cuenta y salió del tren analizando cada palabra que le había dicho. La necesitaba como ella a él. Dios, y sí que le necesitaba. Tanto que hasta soñaba con él y con esas horas que habían pasado juntos. Estaba llegando a su casa cuando supo que solo podía hablar con una persona sobre eso. Sacó su móvil y marcó el número para decir en cuanto contestó —¿Katey? Necesito el número de Donovan.

## Capítulo 14

El amigo de Cawley llamó a la puerta una hora después y preocupada le abrió a toda prisa. Él la miró de arriba abajo y sonrió irónico. —Al parecer tiene puntería. ¿Quién lo diría cuando jugando al baloncesto es un paquete?

—¿Quién te dice que es suyo?

—Sí, ya sé que es lo que vas diciendo. ¿Un italiano? Muy borracha tendrías que estar. — Entró en la casa y levantó las cejas al ver la cama y la mesa con el ordenador y la silla. — ¿Minimalista?

—Me acabo de mudar, gracioso. Siéntate en la silla.

Él se abrió la chaqueta del traje y movió la silla para sentarse frente a ella que se sentó en la cama. —¿Y bien? ¿Qué hago aquí? —Apoyó los codos sobre las rodillas mirándola fijamente.

—Considerando que en nuestra última conversación estabas bastante acertado en tus conclusiones...

—Conclusiones, tú lo has dicho. Hasta aquel momento solo hablamos de ti en el aeropuerto. Todo lo que te conté fueron mis conclusiones por lo que creía que sabía y lo que había visto. Él jamás me contó nada.

Asintió porque lo suponía. Hasta ese momento nunca había sido importante para él. —Solo te voy a hacer una pregunta y conociéndote sé que serás brutalmente sincero.

—Haber hablado contigo casi me cuesta mi amistad con él. Nos vio hablar en el desayuno y después montaste aquel drama tan peliculero.

—Tú tan sensible como siempre.

—Así que se cabreó conmigo. Aunque aparentó que le importaba una mierda que te enteraras, le dejaste hecho polvo. —Miró a su alrededor mientras a ella se le cortaba el aliento. —¿Tienes una cerveza? Hoy he tenido un día horrible.

—¡Donovan céntrate!

Él chasqueó la lengua yendo hacia la nevera y gimió al ver las cervezas que tenía allí para su padre cuando la visitaba. —Eres la mejor... —Tiró la chapa al fregadero y le dio un buen trago.

—¿Lo soy? —preguntó esperanzada.

Donovan tragó sin quitarle ojo y volvió hasta la silla. —¿Quieres saber si te quiere a ti o al dinero de tu abuela?

—Sí. —Muy nerviosa se apretó las manos.

—Hace meses hubiera dicho que el dinero de tu abuela. De hecho es lo que te dije.

—¿Ha cambiado algo?

—¿Por qué me lo preguntas? ¿Aún le quieres?

—¡No lo sé! ¡Contéstame! —Donovan miró su vientre. —¡No! ¡No me mientas por la niña! ¡Dime la verdad!

—Entonces es suya. Joder... Está claro que la sinceridad en las relaciones no existe.

—¡Pues demuéstrame lo sincero que eres! ¿Me quiere o no?

—El día en que desapareciste en el barco se partió la mano golpeando una pared al creer que te habías tirado. Estaba destrozado.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Podían ser remordimientos.

—Cuando se enteró de que estabas en Venecia se subió a un avión para ir hasta allí.

—¿Qué?

—Estuvo allí. Te vio salir del edificio donde vivías. Pero no se acercó porque estabas rota de dolor. Sabía que te había hecho mucho daño y que él era el responsable. Solo quería

asegurarse de que estabas bien. Me dijo que subirse en ese avión de vuelta fue lo más difícil que había hecho nunca.

Sintiendo un nudo en la garganta susurró —Te vuelvo a repetir que podían ser remordimientos.

—Podría pensar eso. De hecho lo pensé, pero que no se haya acostado con otra en meses me indica otra cosa.

—¿Qué?

—Tu abuela no dejaba de decirle que no se preocupara. Que volverías. Y él te ha esperado. Mucho tengo que querer a una tía para renunciar al sexo. —Bebió de su boquilla de nuevo mientras ella pensaba en lo que le acababa de decir. —¿Ahora puedo irme?

—¡No! ¡Espera!

Donovan hizo una mueca. —Tía, que estoy sin comer.

—¡Pues hazte un sándwich! Tengo que pensar.

—¿Sabes que eres una pésima anfitriona? —preguntó divertido antes de ir hacia la nevera. Al ver su contenido dijo —Estás embarazada, deberías cuidar más tu alimentación.

—Tengo el congelador lleno de comida —dijo distraída.

Con curiosidad él abrió el congelador y sacó varios paquetes. —¿Esto es lasaña? —Se encogió de hombros como si le diera igual y metió el recipiente en el microondas. Miró el ordenador. —¿Cómo va ese libro?

Le miró sorprendida. —¿Cómo sabes lo del libro?

—Joder, porque Cawley no deja de hablar de ello. Casi me ha obligado a leer los capítulos. No matarás al prota, ¿verdad? Me llevaría un chasco. Ahora hacen eso mucho y me jode...

—¿Has leído los capítulos? —preguntó sin aliento.

—Él me los recomendó de manera machacante. Los libros también. Los tres, pero esos no son de mi rollo. —Abrió los cajones y sacó un tenedor. —Pero a él le encantaron los tres. Dice que tienes el talento de tu abuelo. Si eso no es amor... porque el de las sombras era un auténtico callo. —Al ver su cara de pasmo carraspeó antes de añadir—Con perdón.

Chilló sobresaltándole y se acercó corriendo para abrazarle antes de darle un beso en los morros. —Gracias, gracias.

Un portazo la hizo volverse para ver que Cawley tenía una cara de cabreo que no podía con ella. —Nena, se te olvida cerrar las puertas —dijo mirando a Donovan como si quisiera matarle—. ¿Qué haces aquí?

—Me han invitado a comer.

—¿No me digas?

—Sí, quería hablar con él.

—¿Con él? ¿Quieres hablar con él y no conmigo? —preguntó fuera de sí.

—Cielo, ¿estás celoso? —Sonrió como una loca. —Se está calentando la lasaña y...

—¿Qué coño está pasando aquí!

—Creo que es mejor que coma en la cafetería.

Él le señaló amenazante con el dedo. —¡Tú no te mueves de aquí hasta que sepa qué haces en casa de mi mujer! —Bernadette se sonrojó de gusto y se acarició el vientre. Entonces Cawley dio un paso atrás. —Joder, es suya ¿verdad?

—¿Qué?

—¡La niña es suya!

—¡No! —gritaron los dos antes de mirarse con un gesto de asco—. Oye no hace falta que pongas esa cara —dijeron a la vez.

—¡En Venecia buscabas su habitación!

Madre, qué lío. Bernie dio un paso hacia él. —Cielo, todo esto te está confundiendo. —Y no le extrañaba nada, la verdad. Miró de reojo a Donovan antes de decir —Es hija tuya.

Donovan negó con la cabeza. —¡Está loca!

Cawley con ganas de matar se tiró sobre su amigo. —¡Tuya no! ¡Tuya! —gritó viendo que aquello se salía de madre.

—¿Qué? —preguntó como si estuviera asombrado aún agarrándole por las solapas del traje.

—¡Tío, suelta que esta tela cuesta una fortuna, joder!

Cawley le soltó de golpe. —Vamos a ver, nena... ¿Es mía?

Le miró arrepentida. —Sí. Te dije que no porque estaba enfadada. —El alivio en su rostro la hizo emocionarse y se abanicó la cara. —No sé qué me pasa. Llora por todo.

—Eso son las hormonas. —Miraron a Donovan que estaba comiendo un pedazo de pan de molde. —Mejor me voy.

—¿Qué haces aquí?

—Tu mujer quería preguntarme si la quieres. —Sonrió divertido. —¿Por qué no se lo dices de una vez para que no tenga que llamar a tus amigos para enterarse?

Bernie se sonrojó con fuerza y más cuando Cawley la miró fijamente provocándole un vuelco al corazón. —Sí, creo que es hora de que hablemos.

Donovan salió del piso y el click de la puerta la incomodó porque ahora estaba sola con él. Se sentó en la cama porque hasta le temblaban las piernas.

—Le has besado.

—¿Me quieres?

—¿Que si te quiero? Dime lo que necesitas, preciosa, y lo haré para que te sientas segura de lo que siento por ti. —Se acercó y se acuclilló ante ella acariciando sus muslos como si

necesitara tocarla. —¿Quieres que deje de llevar las acciones de tu abuela? Ahora que vendemos lo que queda de la empresa puedo hacer frente a su préstamo. Se lo devolveré. Si quieres vivir en Venecia puedo trabajar online. Yo solo quiero estar a tu lado. Dime qué quieres y lo haré, pero me niego a perderte. ¿Me darás una oportunidad, nena? Por favor dime que sí.

—La vais a vender...

—Mi padre se ha dado cuenta que ya no puede seguir adelante y no pienso vivir endeudado media vida por su capricho. Le aconsejé que vendiera y afortunadamente me ha hecho caso.

—Me alegro por ti.

Él apretó los labios. —No me has contestado. Sé que te hice daño. Que cuando descubriste lo que había pasado, fui muy frío e hiriente. Pero es que sabía que te perdía y no quería mostrar que estaba asustado, preciosa.

—¿Asustado?

Miró sus manos y las cogió con delicadeza como si temiera que las apartara. — ¿Recuerdas nuestra cena romántica, nena? Te conozco mucho más de lo que imaginas. Vi tu foto en la primera visita a su despacho y ella se dio cuenta. Estabas al borde de un acantilado en Italia y tu cabello volaba por el viento. Enseguida empezó a hablarme de ti y me di cuenta de sus intenciones de inmediato. Pero no quería mezclar los negocios y una relación. Si salía mal me jugaba mucho porque la necesitaba. Necesitaba sus acciones para ascender, así que me hice el loco como si no lo hubiera entendido bien. Cuando conocí a tu hermana y os vi en la cafetería iba a acercarme solo por la curiosidad de conocerte. Después de todo lo que me había contado tu abuela casi ni pude evitarlo. Pero me di cuenta enseguida de que tu hermana no quería que me aproximara y no lo hice. Tu abuela me dijo que no sabías nada de la venta de la editorial y también insinuó que puede que en el futuro llegáramos a algo. Eso sería muy ventajoso para mí porque alguien tendría que administrar sus acciones y llevar sus negocios. Temiendo que lo

nuestro saliera mal y todo se fuera a la mierda, confié en mis habilidades y le dije que a mí no me interesaba ese trato. Y para que todo resultara como yo quería trabajé como un cabrón y así ganarme su respeto profesional sin recurrir a esas cosas. Me negué a sus planes, te lo juro. Por eso simulé que no me gustabas.

—¿Simulaste?

Él apretó los labios. —No te voy a decir que te amaba en ese momento porque sería mentira. Llamaste mi atención y más cuando tu abuela te puso en bandeja. Y lo demuestra que seguía yendo a la cafetería cada día cuando lo más sencillo hubiera sido alejarme cuanto antes para que a tu abuela le quedara claro el mensaje. —Él apretó los labios agachando la mirada. —Joder, eso me hace parecer culpable desde el principio, ¿verdad?

Sin aliento susurró —Continúa.

Cawley la miró esperanzado. —Llegó el día de la firma y tu abuela todavía no me había dicho que yo me haría cargo de invertir su dinero, lo que me dejaba en la cuerda floja en mi empresa. Temí no haberla impresionado lo suficiente y para colmo unas semanas antes del viaje me entero de las deudas de mi padre y tuve que humillarme en aceptar el ofrecimiento de tu abuela. Todo empezó a complicarse y mientras firmaba el cheque me insinuó de nuevo que estaría contentísima de que fuera su nieto político. Sabía que a ti te gustaba, pero yo no quería atarme todavía. Joder, ni quería caer tan bajo. Y entonces te veo en el aeropuerto. Supe que era cosa suya y que quería cerrar el trato por completo. Me estaba indicando que no me daría las acciones a no ser que pasara por el aro. Por eso estaba furioso y lo pagué contigo enfrentándome a ti en aquella tienda. Me di cuenta enseguida que no tenías nada que ver. Te avergonzaste por que hubiera notado tu interés. Supe que eras inocente desde ese momento, pero... —Apretó sus manos como si temiera que se alejara. —Joder nena, sé que me pasé. Fui grosero y un pésimo compañero de viaje, pero me sorprendías a cada momento. Eras divertida, inteligente y me volvías loco con esos pantalones tan ajustados... —Bernie se sonrojó de gusto. —Pero lo que más me sorprendió fueron los celos que sentí cuando hablaste con Harry. Incluso cuando hablaste con Luis, lo que me dejó en

shock. Así que hice la tontería de la azafata. Me acababa de despertar casi abrazándote y no quería que pensaras que iba a sucumbir a tus deseos, porque si estabas allí es que querías cazarme.

—Pues sí.

Él sonrió. —Lo intenté, preciosa. Te juro que intenté mantenerte alejada. Pero viniste a mi habitación con aquel camisón tan corto... No me lo podía creer cuando te veo a cuatro patas ante la puerta.

Se sonrojó. —Creías que había perdido un tornillo.

—Se me pasó por la cabeza, la verdad. Pero eras una loca de lo más atractiva. —Su corazón dio un vuelco. —Y volviste a tomarme por sorpresa. Joder, ni sabía qué decirte. Eras virgen y te aseguro que eso no me lo esperaba en absoluto.

—Pero luego te diste cuenta de que habías metido la pata.

Él apretó los labios y mirándola a los ojos asintió. —Si se lo contabas a tu abuela, ya podía olvidarme de todo. Había jugado contigo y no me lo perdonaría nunca.

—Así que tenías que continuar. Ya no había vuelta atrás —dijo asustada por si eso era lo que estaba pasando en ese momento.

—Lo siento, preciosa. Sé que fui un cabrón. Pero tenía la sensación de que te enterarías de todo tarde o temprano y cuando al fin estalló ni sabía qué decirte. Vi tu dolor en ese momento y supe que acababa de perderlo todo. Pero te juro por lo más sagrado, que si me dolió perder algo, fue perderte a ti. En ese momento me di cuenta de que había cometido el peor error de mi vida al no ser sincero contigo y ya no podía arreglarlo. —Apretó sus manos. —Joder, cuando Fiona aporreó mi puerta preguntando si estabas en mi camarote... Te juro que no he pasado más miedo en mi vida. Creía que... —Su voz se rompió y la miró a los ojos para ver que estaba llorando. —Nena, no llores.

—Fuiste a Venecia.

—Tenía que asegurarme de que estabas bien. Y me encontré con una mujer rota. Habías adelgazado y ya no tenías ese brillo en la mirada. Te vi tan sola que fui consciente de lo que había provocado.

—No todo fue culpa tuya. Mi abuela... —En ese momento sonó su móvil y apretó los labios. —Es ella. Me llama todos los días a esta hora para que deje el ordenador y duerma la siesta.

Él suspiró incorporándose y fue hasta la mesilla de noche para ver la foto de su abuela en el teléfono. Se lo acercó y ella contestó sin dejar de mirarle —Hola, abu.

—¡A dormir!

Sonrió sin poder evitarlo. —Ahora estoy ocupada.

—Me da igual. —Cawley la cogió en brazos sorprendiéndola y la tumbó en la cama. —¿Qué puede ser más importante que descansar para tener una hija bien hermosa?

Él hizo una mueca quitándole las zapatillas de deporte. —Intento arreglar las cosas con el padre de mi niña.

—¿El italiano está ahí? —preguntó indignada haciéndoles sonreír.

—Abu, te llamo luego. —Colgó antes de que pudiera replicar.

Él se sentó a su lado y cogió el móvil poniéndolo sobre la mesilla de noche. —Estará aquí en diez minutos.

—Seguramente.

Se la comió con los ojos. —Nena, todavía no me has contestado. Sé que no confías en mí. Pero haré lo que sea para que me perdones.

—¿Lo que sea?

Él se acercó hasta sus labios deseando besarla. —Tú pide por esa preciosa boquita.

—Tienes que irte.

Eso le detuvo en seco y la miró tan decepcionado que le rompió el corazón. —Entiendo.

Preocupada se sentó. —No, no lo entiendes.

—Nena, no hace falta que te expliques. Lo entiendo. —Forzó una sonrisa levantándose. — Es que pensé que aún sentías algo por mí.

—¡Tengo que terminar el capítulo! ¡Y se me acaba de ocurrir algo perfecto! —Sonrió de oreja a oreja levantándose y dándole un beso en los morros antes de casi correr hasta el ordenador mientras él no salía de su asombro. —El final que necesitaba. ¡Al fin!

—¡Bernadette, que nos estábamos reconciliando!

—Sí, cariño. Después. Tú tenías esa reunión tan importante y yo no dije nada. Vuelve en unas horas. —Levantó la mano con los dedos bien separados. —Cinco horas y soy toda tuya.

—¡Llevo esperando meses!

Asombrada levantó la vista. —¿Estás hablando de sexo? ¡Va a venir mi abuela! — Entrecerró los ojos. —¿Por qué no la interceptas y vais a dar un paseíto? Ah, y sí que te quiero. ¿Cómo no voy a perdonarte? Pero déjame un ratito que me ha venido la inspiración y... —dijo distraída ya tecleando a toda prisa.

Cawley sonrió. —Yo también te quiero, nena.

A Bernie le dio un vuelco el corazón y levantó la vista hasta sus ojos. —¿Qué has dicho?

—Te quiero. —Se acercó a ella y se acuclilló girando su silla para que le mirara de frente. —Desde el mismo momento en que te sentaste a mi lado en ese avión cambiaste mi vida. Y tenías razón, te tenía miedo. Pero por mucho que me dijera que tú no eras para mí, ya no has salido de mis pensamientos y no quiero que los abandones nunca.

—Es lo más bonito que he escuchado jamás. Te amo. —Se acercó para besar sus labios.

Sonó el timbre de la puerta y ambos rieron. —Vaya, sí que es rápida. Preciosa, vas a tener que escribir más tarde. ¿Preparada para discutir con tu abuela cuándo nos casamos?

Sus preciosos ojos color miel brillaron de la alegría. —¿Le decimos que nos vamos a las Vegas? Eso la pondrá frenética.

—Ahora estoy en tu equipo, mi amor.

## Epílogo

Cerró la tapa del ordenador y se mordió el labio inferior al ver a Cawley en la cama profundamente dormido. Estaba de lo más sexy con su torso desnudo y ese brazo por encima de su cabeza. Se levantó para ir de puntillas hasta él y se subió a la cama muy despacio para que no se enterara de que hacía horas que estaba despierta. Cawley la cogió por la cintura sorprendiéndola y la giró tumbándola de espaldas. —Eres muy inquieta, señora Rodway. Esas ganas de escribir de repente no dejan de sorprenderme. ¿Es porque eres un genio como dice el Times?

Ella se echó a reír. —¿Te he despertado?

—Te he escuchado teclear desde hace dos horas, pero no quería interrumpirte —dijo con la voz ronca—. Pero ahora tengo toda tu atención. Feliz cumpleaños.

—Mmm. —Besó sus labios suavemente. —Gracias. ¿Dónde está mi regalo?

Él rio por lo bajo apartándose para mirar su rostro. —¿Tu regalo? Primero dame tú el mío.

Sus preciosos ojos brillaron de la alegría. —¿Lo sabes?

—Tu abuela, tu madre y tu hermana me llamaron ayer para felicitar me.

Chasqueó la lengua. —En esta familia no se pueden tener secretos. Ya las pillaré.

Cawley se echó a reír y acarició su vientre aún plano. —Espero que sea otra niña.

—¿Otra? Cariño ya tenemos dos. —Acarició su cuello mirándole con amor. —Yo quiero un niño y que sea tan guapo como su padre.

La miró de tal manera que le cortó el aliento. —Te amo tanto, preciosa... Solo puedo dar gracias porque me perdonaste en su momento.

—Lo hice por puro egoísmo. Para que mi corazón vuele el resto de mi vida.

Él hizo una mueca. —Cómo se nota que eres escritora. Siempre me superas con esas frases tan románticas.

Se echó a reír a carcajadas y Cawley atrapó sus labios. La puerta se abrió de golpe sobresaltándoles y su hija de cuatro años entró en la habitación como una exhalación mientras sus rizos rubios se movían de un lado a otro. —¡Es el cumple de mamá!

Cawley sonrió. —¿Dónde está su regalo?

La niña arrugó su naricilla y en ese momento entró su hija de dos años en pañales y con su mantita en la mano mirándolo todo con sus preciosos ojos grises como platos. —Pero bueno, ¿quién te ha sacado de la cuna?

—Yo —dijo la pequeña Darla—. Papá, ¿dónde está? ¿Dónde está? —Empezó a dar saltitos emocionada y su padre se echó a reír levantándose y cogiéndola en brazos mientras Bernadette cogía a June. Besó a su niña en los mofletes y al volverse vio que padre e hija le mostraban un sobre sonriendo de oreja a oreja.

—¿Qué es eso?

—¡Tu regalo mamá!

Se acercó divertida y cogió el sobre volviéndolo antes de levantar una ceja. —¿Un sobre?

—Nena, ábrelo.

—Después de la batidora del primer año juntos todo puede superarlo.

Cawley se echó a reír. —Es que las estrellas ya estaban todas cogidas.

—Muy gracioso. Lo hiciste a propósito para cabrearme.

Se acercó y la cogió con el brazo libre por la cintura. —Luego te lo compensé. —La besó en los labios antes de echarse a reír. —Pusiste una cara...

Miró a su hija emocionada. —¿Lo abrimos?

—¡Sí, mami! ¡Este te va a gustar!

Abrió el sobre y vio una tarjeta. Se quedó sin palabras al ver lo que era. —¿Un crucero de casados?

—El primer crucero de todas las parejas que salieron de los viajes en estos últimos cinco años. Tenemos que ir. Somos los primeros que nos casamos. Me lo dijo Paris en nuestra boda. Los chicos también van. Pero mi regalo no es ese...

—Ah, pensaba... porque si van todos...

Cawley cogió la tarjeta de entre sus dedos y le dio la vuelta. Había encargado la suite de lujo con un balcón enorme desde el que se veían las estrellas. Le miró a los ojos. —Es perfecto.

—No podía regalarte una estrella porque no sería suficiente para expresar lo que siento a tu lado. Así que al menos durante diez días todas serán solo para ti.

Emocionada se acercó y le besó en los labios. —Eso ha sido muy romántico, marido. Y me encanta. Te quiero.

—¿Tortitas? —preguntó Darla con cara de inocente.

Se echaron a reír. —Tortitas.

—Pues vamos a ello. —Cawley levantó a su hija haciéndola reír. —Pinche, ¿está preparada?

—¡Preparada!

Les observó mientras salían de la habitación sintiéndose plenamente feliz. Fue hasta su mesa y dejó la tarjeta al lado del ordenador antes de coger el teléfono y pulsar hasta encontrar el número que quería.

—Hola, cielo. Feliz cumpleaños.

—Gracias, abu.

—¿Todo bien? ¿Qué te ha regalado?

—Lo que te habrá chivado Paris.

La abuela se echó a reír. —¿Y te ha gustado?

—Muchísimo. Gracias abuela.

—¿Por qué, mi niña?

—Por cuidar de mí —respondió emocionada—. Por empeñarte en que fuera feliz.

—¿Y lo eres?

—Sí. —Miró hacia la puerta. —Inmensamente.

—No hay recompensa mejor.

—Te quiero.

—Yo también te quiero, mi niña. Disfruta de tu día.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon.

Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1- Vilox (Fantasía)
- 2- Brujas Valerie (Fantasía)
- 3- Brujas Tessa (Fantasía)
- 4- Elizabeth Bilford (Serie época)
- 5- Planes de Boda (Serie oficina)
- 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7- La consentida de la reina (Serie época)
- 8- Inseguro amor (Serie oficina)

- 9- Hasta mi último aliento
- 10- Demándame si puedes
- 11- Condenada por tu amor (Serie época)
- 12- El amor no se compra
- 13- Peligroso amor
- 14- Una bala al corazón
- 15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
- 16- Te casarás conmigo
- 17- Huir del amor (Serie oficina)
- 18- Insufrible amor
- 19- A tu lado puedo ser feliz
- 20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
- 21- No me amas como quiero (Serie época)
- 22- Amor por destino
- 23- Para siempre, mi amor.
- 24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
- 25- Mi mariposa (Fantasía)
- 26- Esa no soy yo
- 27- Confía en el amor
- 28- Te odiaré toda la vida
- 29- Juramento de amor (Serie época)
- 30- Otra vida contigo
- 31- Dejaré de esconderme
- 32- La culpa es tuya
- 33- Mi torturador (Serie oficina)
- 34- Me faltabas tú
- 35- Negociemos (Serie oficina)

- 36- El heredero (Serie época)
- 37- Un amor que sorprende
- 38- La caza (Fantasía)
- 39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40- No busco marido
- 41- Diseña mi amor
- 42- Tú eres mi estrella
- 43- No te dejaría escapar
- 44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
- 45- ¿Nunca? Jamás
- 46- Busca la felicidad
- 47- Cuéntame más (Serie Australia)
- 48- La joya del Yukón
- 49- Confía en mí (Serie época)
- 50- Mi matrioska
- 51- Nadie nos separará jamás
- 52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)
- 53- Mi acosadora
- 54- La portavoz
- 55- Mi refugio
- 56- Todo por la familia
- 57- Te avergüenzas de mí
- 58- Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59- ¿Qué haría sin ti?
- 60- Sólo mía
- 61- Madre de mentira
- 62- Entrega certificada

- 63- Tú me haces feliz (Serie época)
- 64- Lo nuestro es único
- 65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66- Dueña de tu sangre (Fantasía)
- 67- Por una mentira
- 68- Vuelve
- 69- La Reina de mi corazón
- 70- No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71- Estaré ahí
- 72- Dime que me perdonas
- 73- Me das la felicidad
- 74- Firma aquí
- 75- Vilox II (Fantasía)
- 76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77- Una noticia estupenda.
- 78- Lucharé por los dos.
- 79- Lady Johanna. (Serie Época)
- 80- Podrías hacerlo mejor.
- 81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82- Todo por ti.
- 83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84- Sin mentiras
- 85- No más secretos (Serie fantasía)
- 86- El hombre perfecto
- 87- Mi sombra (Serie medieval)
- 88- Vuelves loco mi corazón
- 89- Me lo has dado todo

- 90- Por encima de todo
- 91- Lady Corianne (Serie época)
- 92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93- Róbame el corazón
- 94- Lo sé, mi amor
- 95- Barreras del pasado
- 96- Cada día más
- 97- Miedo a perderte
- 98- No te merezco (Serie época)
- 99- Protégeme (Serie oficina)
- 100- No puedo fiarme de ti.
- 101- Las pruebas del amor
- 102- Vilox III (Fantasía)
- 103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104- Retráctate (Serie Texas)
- 105- Por orgullo
- 106- Lady Emily (Serie época)
- 107- A sus órdenes
- 108- Un buen negocio (Serie oficina)
- 109- Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110- Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111- Yo lo quiero todo
- 112- La elegida (Fantasía medieval)
- 113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114- Con solo una mirada (Serie época)
- 115- La aventura de mi vida
- 116- Tú eres mi sueño

- 117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119- Sólo con estar a mi lado
- 120- Tienes que entenderlo
- 121- No puedo pedir más (Serie oficina)
- 122- Desterrada (Serie vikingos)
- 123- Tu corazón te lo dirá
- 124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
- 125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
- 126- Dragón Dorado (Serie época)
- 127- No cambies por mí, amor
- 128- Ódiame mañana
- 129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
- 130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
- 131- No quiero amarte (Serie época)
- 132- El juego del amor.
- 133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
- 134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)
- 135- Deja de huir, mi amor (Serie época)
- 136- Por nuestro bien.
- 137- Eres parte de mí (Serie oficina)
- 138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)
- 139- Renunciaré a ti.
- 140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)
- 141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.
- 142- Era el destino, jefe (Serie oficina)
- 143- Lady Elyse (Serie época)

- 144- Nada me importa más que tú.
- 145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)
- 146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)
- 147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)
- 148- ¿Cómo te atreves a volver?
- 149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)
- 150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)
- 151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)
- 152- Tú no eres para mí

#### Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna

3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte

También puedes seguirla en Facebook y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.